



Arquidiócesis de Bogotá

El paradigma de evangelización en la arquidiócesis de Bogotá

Documento No. 5 **Fundamentos teológicos y pastorales**

LA IGLESIA EN LA CIUDAD



PLAN DE EVANGELIZACIÓN
ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Arquidiócesis de Bogotá

El paradigma de evangelización en la arquidiócesis de Bogotá


Documento No. 5 **Fundamentos teológicos y pastorales**

«Ustedes son la
sal de la tierra.
Ustedes son la
luz del mundo»
Mat 5, 13

LA IGLESIA EN LA CIUDAD



PLAN DE EVANGELIZACIÓN
ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



© Arquidiócesis de Bogotá, 2014
Plan de Evangelización

Documento No. 5
EL PARADIGMA DE EVANGELIZACIÓN
EN LA ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ
Fundamentos teológicos y pastorales

Portada: Cúpula de la Catedral Primada

Texto:
Vicaría de Evangelización.
Observatorio Arquidiocesano de Evangelización
Arquidiócesis de Bogotá

Fotografías:
Juan Carlos Ramos Hendez

Diseño, diagramación:
Juan Carlos Ramos Hendez
www.voxstudio.org

Impresión:
ISPA. Instituto San Pablo Apóstol
www.ispaeducación.edu.co

©Todos los derechos reservados



Arquidiócesis de Bogotá

El paradigma de evangelización en la arquidiócesis de Bogotá

Documento No. 5 **Fundamentos teológicos y pastorales**

LA IGLESIA EN LA CIUDAD



PLAN DE EVANGELIZACIÓN
ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Vivámoslo juntos

INTRODUCCION...9

EL PARADIGMA DE EVANGELIZACIÓN EN LA
ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ ...11

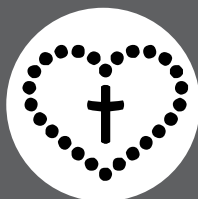
CONTEN



I. LOS HECHOS SIGNIFICATIVOS DEL CONTEXTO SOCIOCULTURAL QUE NOS INTERPELAN...13

1. MIRADA DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS
SOBRE EL CONTEXTO: EL DISCERNIMIENTO
EVANGÉLICO...14

2. LOS HECHOS SIGNIFICATIVOS QUE INTERPELAN
NUESTRA ACCIÓN EVANGELIZADORA...17



II. EL CORAZÓN DEL PARADIGMA...32

1. ENCUENTRO, AMOR Y SEGUIMIENTO DE
JESUCRISTO...32

2. VIVIR EN JESUCRISTO RELACIONES DE
COMUNIÓN...40

3. PARTICIPACIÓN, CON CRISTO, EN LA
TRANSFORMACIÓN EVANGÉLICA DEL SER
HUMANO Y DE LA HISTORIA...48

NIDO



III. LLAMADOS, POR LA PALABRA DE DIOS, A SER SAL Y LUZ EN MEDIO DEL MUNDO...58



1. LA PALABRA QUE NOS INTERPELA Y NOS ILUMINA EL CAMINO...59

2. LA PALABRA INTERPELA NUESTRO CONTEXTO ECLESIAL ARQUIDIOCESANO ACTUAL...62

3. LA PALABRA NOS LLAMA A LA TRANSFORMACIÓN MISIONERA DE LA IGLESIA...70

4. LA TRANSFORMACIÓN MISIONERA Y LA SUPERACIÓN DEL MODELO DE PASTORAL DE CONSERVACIÓN...72

5. LA PALABRA NOS LLAMA A SERVIR AL PROYECTO DE DIOS DESDE LA TRANSFORMACIÓN DE LA CIUDAD ACTUAL...73

6. LAS ACTITUDES Y EL ESTILO EVANGELIZADOR ACORDES AL LLAMADO A LA TRANSFORMACIÓN MISIONERA DE LA IGLESIA...77



IV. DINAMISMOS DEL PARADIGMA MISIONERO DE EVANGELIZACIÓN...102

**1. SALIR AL ENCUENTRO DE DIOS QUE VIVE EN LA
REGIÓN CAPITAL...103**

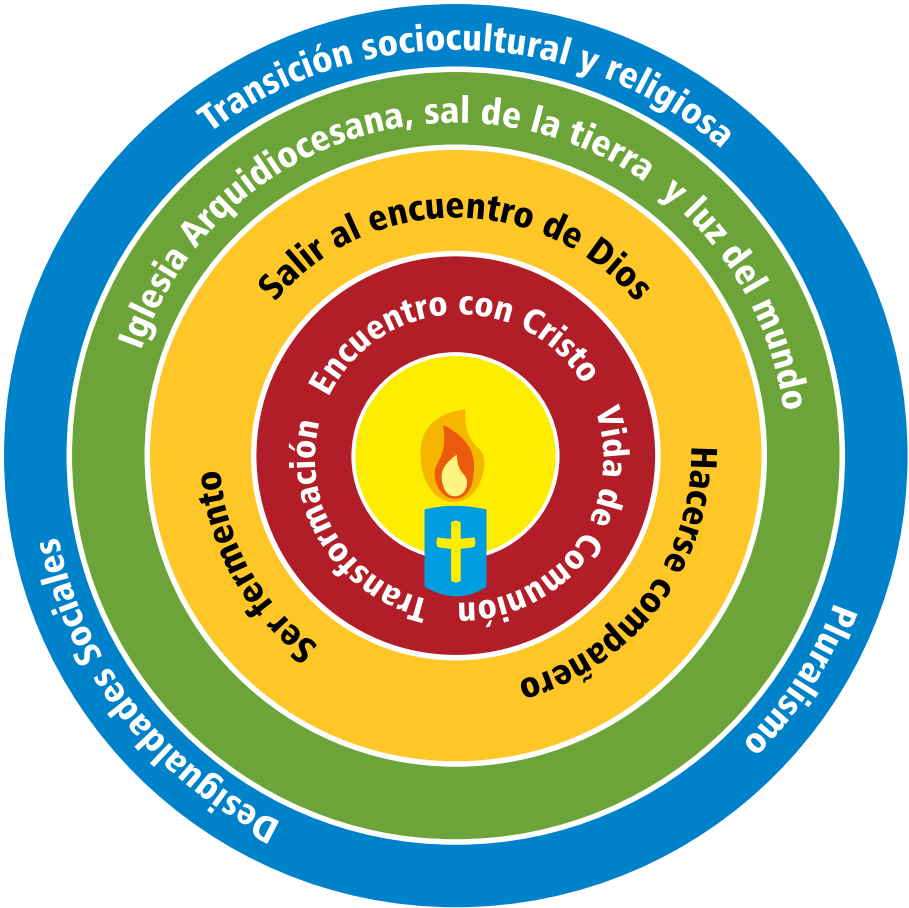
**2. HACERNOS COMPAÑEROS DE CAMINO PARA
CUIDAR Y ANUNCIAR...106**

**3. FERMENTAR LA SOCIEDAD POR LA COMUNIÓN Y
EL SERVICIO...109**

EN EL UMBRAL DE LA ESPERANZA...113

NOTAS...115.

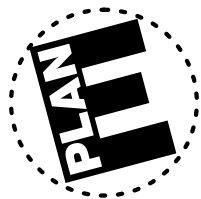
BIBLIOGRAFÍA...123



**PARADIGMA DE EVANGELIZACIÓN
EN LA ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ**

SIGLAS

AG	Concilio Vaticano II, <i>Decreto Ad Gentes</i> . Sobre la actividad misionera, 1965
CA	Juan Pablo II, Carta Encíclica <i>Centesimus Annus</i> , 1991
CFL	Juan Pablo II, Exhortación Apostólica <i>Christi fideles laici</i> , 1988
DP	III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Documento de Puebla, 1979
DA	V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Documento de Aparecida, 2007.
DCE	Benedicto XVI, Carta Encíclica <i>Deus Caritas Est</i> , 2005
DGC	Congregación para el Clero, <i>Directorio General de Catequesis</i> , 1997.
EG	Francisco, Exhortación Apostólica <i>Evangelii Gaudium</i> , 2013
EN	Pablo VI, Exhortación Apostólica <i>Evangelii nuntiandi</i> , 1975
FR	Juan Pablo II, Carta Encíclica <i>Fides et Ratio</i> , 1998
GG	Arquidiócesis de Bogotá, <i>El Gran Giro: Orientaciones generales</i> , 2014
GS	Concilio Vaticano II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual <i>Gaudium et Spes</i> , 1965
LG	Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia, <i>Lumen Gentium</i> , 1964
LF	Francisco, Carta Encíclica <i>Lumen Fidei</i> , 2013
MND	Juan Pablo II, Carta Apostólica <i>Mane nobiscum Domine</i> , 2004
NMI	Juan Pablo II, Carta Apostólica <i>Novo Millennio Ineunte</i> , 2001
PE	Arquidiócesis de Bogotá, <i>Plan de Evangelización</i> , 2013
RH	Juan Pablo II, Encíclica <i>Redemptor hominis</i> , 1979
RMI	Juan Pablo II, Encíclica <i>Redemptoris missio</i> , 1990



INTRODUCCIÓN

1. A la luz de la Palabra del Señor, y como fruto de un camino de discernimiento comunitario, presentamos los rasgos de un modo de ser Iglesia y de evangelizar que consideramos como la voluntad de Dios que nos une y compromete en la construcción de un futuro diferente para nuestra Iglesia arquidiocesana. Se trata de un nuevo modelo o paradigma que integra los deseos de superación de la situación presente y que nos da el horizonte para repensar y relanzar con fidelidad y con audacia nuestra misión en las nuevas circunstancias de nuestra sociedad, inspirando un verdadero camino de conversión personal, comunitaria y pastoral. Paradigma que, en este momento jubilar de los 450 años de nuestra arquidiócesis, sea el motor que nos lleve hacia delante y que abra nuestras vidas y nuestros corazones para vivir la novedad que Jesucristo Resucitado es capaz de crear en nosotros por la fuerza de su Espíritu.

Se trata de un modo de ser Iglesia Particular, que se ubica en la línea de las enseñanzas eclesiológicas de la Sagrada Escritura y del Concilio Vaticano II y su desarrollo posterior, y busca responder a los acontecimientos o signos de los tiempos discernidos e identificados en nuestra ciudad-región.

” No es un documento doctrinal como tal, sino una visión panorámica de todos los elementos que componen el nuevo paradigma de la evangelización en la arquidiócesis de Bogotá. Por lo tanto, describe un modo diferente de ser de nuestra Iglesia local.

No es un documento doctrinal como tal, sino una visión panorámica de todos los elementos que componen el nuevo paradigma de la evangelización en la arquidiócesis de Bogotá. Por lo tanto, describe un modo diferente de ser de nuestra Iglesia local y que queremos que inspire, oriente y proyecte la práctica evangelizadora arquidiocesana desde nuestro presente hacia un futuro posible más conforme con la voluntad de Dios y como anticipo de su consumación definitiva en la Jerusalén Celestial.

Al elaborar este documento se hizo un esfuerzo sincero porque fuera lo más claro e inspirador posible. No obstante ello, no lo dice todo, ni pretende decirlo todo. Por lo mismo es también un documento abierto e inacabado; presenta y contiene un horizonte siempre abierto, en construcción; pues su propósito es mantener, entre nosotros, la dinámica sinodal (caminar juntos), característica de la Iglesia como Pueblo de Dios, así como la pedagogía de nuestro recordado Sínodo arquidiocesano. Por eso, no puede ser leído, ni trabajado como un recetario, ni como una cartilla que contiene una respuesta fácil e inmediata para todo. Acercarse

pedagógicamente al documento nos introducirá en un diálogo, y nos exigirá abrir la mente y el corazón para que, desde lo dicho y escrito en él, sepamos además leer y encontrar aquello que el Espíritu dice, ya no en palabras, a su Iglesia. Será necesario, entonces, ser dóciles al Espíritu de Dios: “El viento sopla donde quiere: tú oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con todo el que ha nacido del Espíritu”. (Juan 3,8).

EN EL CONTEXTO DE CAMBIO DE PARADIGMAS

2. Asistimos al surgimiento de nuevas realidades antropológicas y socio-culturales que requieren ser descritas y comprendidas de otra manera. Han cambiado los modos como el hombre vive, conoce, piensa, se relaciona y se autopercibe. Los cambios socio-históricos pueden explicarse desde la perspectiva del cambio de paradigmas. Ante las nuevas realidades, los antiguos modos y esquemas de pensamiento explicativos de la realidad resultan insuficientes. Surgen, entonces, nuevos esfuerzos por ver y comprender la realidad que aparece con visos nuevos; de esta manera, se habla de nuevos paradigmas.

El término “paradigma” ha cobrado gran importancia en la reciente historia de la ciencia. La ciencia entra con fuerza en el concepto de “paradigma” gracias a la obra de Thomas Kuhn quien lo adopta como piedra angular en la comprensión de los cambios y las revoluciones científicas.¹ También, se ha empleado el término “paradigma” en la clasificación de formas culturales

y en la comprensión de las épocas históricas.²

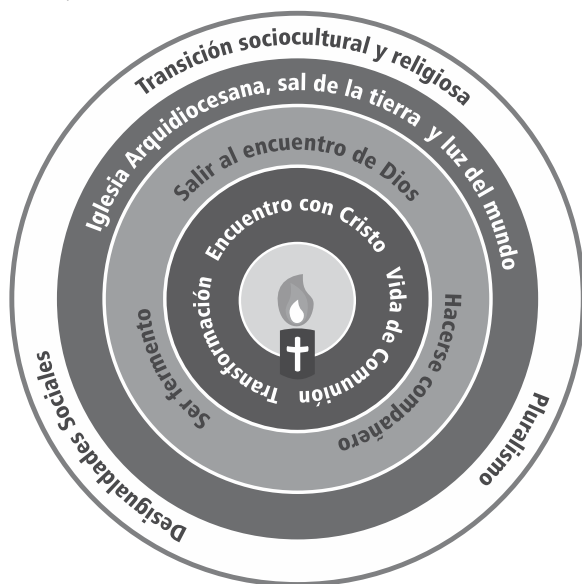
La teología ha asumido, en sentido amplio, el término “paradigma” entendiéndolo como «una constelación general, un patrón básico, un esquema fundamental, un modelo global, según la cual la teología se percibe a sí misma, a las personas, la sociedad, el mundo y, sobre todo, su relación con Dios».³

Se da un cambio de paradigma cuando hay una irrupción de muchas señales innovadoras, muchos factores y elementos de los que el paradigma en curso ya no da cuenta. Esas señales aparecen, a veces, aisladamente como precursoras, revelan ciertas arritmias en el funcionamiento del paradigma vigente. Grupos críticos captan una tendencia general percibida por las grandes masas. Se procesa un cambio fundamental, duradero, ampliamente aceptado en la percepción de las cosas.⁴

Desde esta perspectiva, reconocemos cómo la arquidiócesis de Bogotá, desde hace varios años, ha reconocido el riesgo de marchar de forma paralela a la vida de los hombres y mujeres de la ciudad región. Por eso, desde el Sínodo arquidiocesano de Bogotá, después de un largo proceso de discernimiento, identificó e interpretó problemáticas (urbanas y eclesiales), definió resoluciones e indicó caminos para llevarlas a cabo.

Ahora, después de más de 15 años, construye y desarrolla el nuevo plan de evangelización y da el paso a definir un nuevo paradigma desde dónde pensar su identidad y proyectar su misión.⁵

EL PARADIGMA DE EVANGELIZACIÓN EN LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Paradigma de evangelización en la arquidiócesis de Bogotá

3. La evangelización, en cuanto continuación de la misión de Cristo en la historia, tiene un único programa: que Jesucristo sea encontrado, conocido, amado y seguido, para vivir en Él relaciones de comunión y, desde Él, transformar la historia hasta la venida de la Jerusalén Celestial; así nos lo recordó Juan Pablo II.⁶ Sin embargo, este único programa, en cada Iglesia Particular -como lo es la arquidiócesis de Bogotá- debe asumir un rostro concreto, unos parámetros específicos y unos dinamismos propios, de acuerdo con las condiciones históricas y culturales del lugar y como fruto de un discernimiento pastoral.⁷ Éste es el objetivo que ha orientado el proceso de construcción de nuestro nuevo plan de evangelización, ayudándonos a reconocer esos rasgos concretos, esos dinamismos que deben caracterizar nuestra misión evangelizadora en las condiciones que vive actualmente nuestra sociedad: pluralismo, transición cultural y desigualdades sociales.

Ese conjunto de elementos y dinamismos que se han discernido, que se correlacionan entre sí y que deben caracterizar la evangelización en la arquidiócesis de Bogotá es lo que llamamos el nuevo “paradigma misionero de evangelización”⁸; y sus componentes son: a) los hechos significativos de la realidad que más nos condicionan e interpelan: las desigualdades sociales, la transición

”

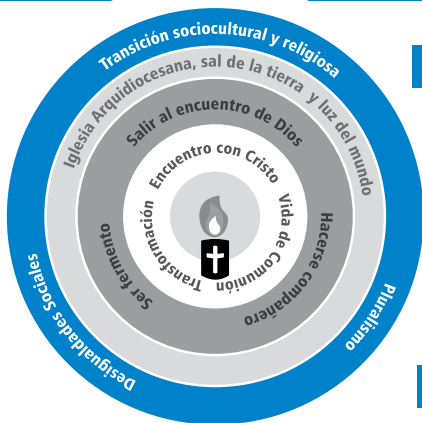
El término “paradigma” ha cobrado gran importancia en la reciente historia de la ciencia. La ciencia entra con fuerza en el concepto de “paradigma” gracias a la obra de Thomas Kunh quien lo adopta como piedra angular en la comprensión de los cambios y las revoluciones científicas.

socio-cultural y religiosa, y el pluralismo; **b)** la Palabra de Dios que nos ilumina y nos llama a ser una Iglesia sal de la tierra y luz del mundo en medio de estas circunstancias de la región capital; **c)** los dinamismos que deben caracterizar toda la actividad evangelizadora para responder a los desafíos que nos pone el contexto y el llamado a una conversión pastoral decididamente misionera: salir, hacernos compañeros de camino y fermentar; y **d)** el corazón o fundamento del paradigma que se encuentra en la experiencia personal y comunitaria de encuentro y seguimiento de Jesucristo, que lleva a la vivencia de relaciones de comunión con todos, y al compromiso por la transformación evangélica de la historia hasta la llegada de la plenitud de los planes de Dios; experiencia de fe, esperanza y caridad, que busca comunicarse a todos, por desborde de gratitud y de alegría.

No se trata sólo de unos elementos puntuales, de estrategias, actitudes o buenos consejos, sino de un conjunto de componentes que nos aportan un marco de análisis e interpretación de lo que hoy comprendemos por evangelizar la región capital de Bogotá o, dicho de otra manera, lo que estamos llamados a vivir como discípulos misioneros en la región capital actual. Y, muy especialmente, configuran –desde sus fundamentos bíblicos, teológicos y pastorales– la espiritualidad que debe inspirar y acompañar toda nuestra labor evangelizadora para que sea encarnada y nos capacite para conducir la historia con Cristo hacia la plenitud del Reino de la Vida, en el contexto de nuestra región capital.

”...esperamos impregnar y renovar todo lo que ya estamos haciendo con un nuevo espíritu misionero; esperamos tener un horizonte distinto para plantear y crear nuevos proyectos evangelizadores que nos hagan ser una “Iglesia en salida”.

A partir de la apropiación de este paradigma, y, particularmente, de los dinamismos discernidos, esperamos tener otra mirada sobre nosotros mismos y sobre nuestra condición misionera y ciudadana como fieles cristianos; esperamos impregnar y renovar todo lo que ya estamos haciendo con un nuevo espíritu misionero; esperamos tener un horizonte distinto para plantear y crear nuevos proyectos evangelizadores que nos hagan ser una “Iglesia en salida” y nos encaminen con un estilo propio hacia el futuro que anhelamos con esperanza. Pero, sobre todo, esperamos identificarnos más con Nuestro Señor Jesucristo, con su corazón misericordioso y misionero, para brillar y dar sabor en medio de nuestra región capital, como Buena Nueva, Sal y Luz, que inspira y hace posible una nueva forma de vivir y un compromiso misionero renovado por el Reino de Dios. Esto es lo que expresamos bajo el título de “*nuevo paradigma misionero arquidiocesano de evangelización*” y que buscamos asimilar, con prioridad, en los primeros años de implementación del plan.



I. LOS HECHOS SIGNIFICATIVOS DEL CONTEXTO SOCIOCULTURAL QUE NOS INTERPELAN

«Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras (...) La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva!» EG 278

4. «La arquidiócesis de Bogotá, existe para evangelizar, su vocación propia es la evangelización; evangelizar, fue la razón de su creación hace 450 años y es la fuente de su mayor alegría y la manifestación de su belleza. La fidelidad a esta vocación recibida del mismo Señor Jesucristo, le ha exigido a lo largo de sus 450 años de existencia discernir los signos de la presencia y de los planes de Dios en medio de las circunstancias históricas por las que ha pasado nuestra región capital para ser signo e instrumento del Reinado de Dios que ha conducido la historia hacia la plenitud de la vida»⁹

«Ha sido un largo caminar, a lo largo del cual el Señor ha ido realizando una verdadera historia de salvación. Al frente de esta porción del Pueblo de Dios, el Señor ha puesto a 40 arzobispos. Cada uno de ellos, animado por el Espíritu, ha guiado a la comunidad archi-

diocesana para que, en cada momento particular, esta pueda responder a los retos que le plantea la sociedad. De esta manera, la arquidiócesis ha acompañado la historia de esta región del país y, en cierto sentido, de toda Colombia, iluminándola con el Evangelio de salvación, mostrándole los caminos de la justicia y de la paz, abriéndole perspectivas de fraternidad y solidaridad, como fermento de cambio en una ciudad que debe todos los días renovarse, respondiendo a su vocación de ser figura de la ciudad de Dios definitiva hacia la cual nos encaminamos». ¹⁰

Hoy, en el proceso de construcción de nuestro nuevo plan de evangelización, hemos vuelto nuestra mirada hacia el tiempo presente, hacia sus transformaciones sociales y culturales, y hemos podido identificar los hechos significativos que nos interpelan y en los cuales, de acuerdo con el discernimiento evangélico realizado, percibimos un llamado del Señor a nuestra libertad responsable, como discípulos misioneros que somos, y a toda la comunidad eclesial. Este ejercicio de discernimiento evangélico del contexto y los hechos significativos que hemos identificado deben ser objeto permanente de nuestra reflexión.

1. MIRADA DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS SOBRE EL CONTEXTO: EL DISCERNIMIENTO EVANGÉLICO

5. Ante el reto enorme de discernir acerca de nuestro contexto, la primera pregunta sobre el enfoque, sobre la

opción de discernimiento o de análisis que hemos de asumir, nos conduce a la propuesta del Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, que él mismo sigue para discernir la realidad del mundo actual: «Hoy suele hablarse de un “exceso de diagnóstico” que no siempre está acompañado de propuestas superadoras y realmente aplicables. Por otra parte, tampoco nos serviría una mirada sociológica, que podría tener pretensiones de abarcar toda la realidad con su metodología de una manera supuestamente neutra y aséptica. Lo que quiero ofrecer va más bien en la línea de un discernimiento evangélico. Es la mirada del discípulo misionero que se “alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo”». ¹¹

Es necesario, por lo tanto, reconocer la ciudad región desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas”. ¹²

En medio de la ciudad, hemos de descubrir actuales las palabras con las cuales Jesús comenzó su acción evangelizadora: «Se ha cumplido el tiempo, el Reino de Dios está cerca: conviértanse y crean en el Evangelio» (Mc. 1, 15). La convicción de fe sobre la presencia amorosa, liberadora, misericordiosa, del Señor Jesucristo y de su Espíritu en medio de nuestro complejo espacio vital mueve nuestros corazones para que, como miembros de la arquidiócesis de Bogotá, seamos discípulos misioneros al servicio del Reino. «En ella, descubrimos cómo el Señor de la historia ha actuado en el pasado, actúa hoy en nuestro momento y seguirá actuando para llevarnos, guiados de su

mano, hacia la meta que Él mismo nos ha revelado en Cristo, Nuestro Señor, y que vivimos ya en forma anticipada en cada momento de nuestra existencia personal y comunitaria».¹³

La ciudad es lugar de la presencia salvífica del Señor, quien va expandiendo su proyecto del Reino, que no es otro que la “Ciudad Santa, la nueva Jerusalén”, que baja de lo alto, que es «la tienda de campaña que Dios ha instalado entre los hombres. Acampará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ha desaparecido» (Ap. 21, 2- 4).¹⁴ Es un proyecto que descubre su plena realización en el futuro, pero ya está aconteciendo entre nosotros como un anticipo que despierta nuestra esperanza y nos da las razones para afrontar el tiempo presente y los desafíos que nos propone. «Dios vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada, sino descubierta, develada».¹⁵

Con esa mirada de discípulos misioneros, hemos de ver el contexto que la arquidiócesis de Bogotá comparte con las otras tres Diócesis Urbanas – Fontibón, Engativá y Soacha- y con las demás Diócesis de la Provincia Eclesiástica, especialmente Facatativá y Zipaquirá.¹⁶

La arquidiócesis es una porción territorial de Bogotá, Distrito Capital, rodeada por la realidad de once municipios del oriente, con quienes conforma

una región, que más allá de ser una yuxtaposición de lo urbano de la ciudad capital y de lo rural de los municipios que la rodean, es el escenario complejo de interacciones sociales y culturales que el crecimiento urbano suscita en la región. Es una unidad enriquecida por la diversidad, con características cada vez más urbanas en términos de nuevas culturas que se gestan, se imponen y se arraigan con nuevos lenguajes y nuevas simbologías; complejas transformaciones socioeconómicas, culturales, políticas y religiosas, que hacen impacto en todas las dimensiones de la vida y fenómenos sociales, que la desafían e interpelan permanentemente y que pueden ser analizados a través de los contrastes que produce: tradición–modernidad, arraigo–desarraigo, globalidad–particularidad, inclusión–exclusión, personalización–despersonalización, lenguaje secular–lenguaje religioso, homogeneidad–pluralidad, cultura urbana–pluriculturalismo.¹⁷

Bogotá es lugar común de arraigo y peregrinación de miles de personas, provenientes del resto del país y del mundo, quienes en medio de todo tipo de situaciones, encuentran en ella su territorio físico, humano y social, así como su lugar para la experiencia de fe.

Conocer y discernir permanentemente nuestra ciudad región, sus sujetos, sus lógicas, sus dinámicas, sus procesos de construcción, con una mirada de discípulos misioneros, en la línea del discernimiento evangélico propuesta por el Papa Francisco¹⁸, será un desafío permanente para poder inculcar el Evangelio y la vida de la comunidad eclesial y para lograr que en medio de

estas complejas realidades, en medio de las luces y las sombras que producen, se reconozca y acoja el reinado de Dios presente y actuante en la vida de las personas.

El discernimiento evangélico fue el proceso que siguió la Iglesia Arquidiocesana cuando volvió sus ojos «a través del prisma del Sínodo, a su propia realidad»¹⁹ y es el proceso de discernimiento que, «alimentado con la luz y la fuerza del Espíritu Santo»²⁰, desde la etapa de consultas hasta hoy, ha permitido configurar desde esa mirada del contexto, el nuevo paradigma misionero de evangelización que «nos pone en ruta hacia el escenario futuro que queremos y anhelamos». ²¹

Esas realidades develadas y que han sido puestas de presente en los documentos preparatorios del plan de evangelización, en especial el documento 3, “Unidos y comprometidos por un ideal” ²², son, al mismo tiempo, signos de esperanza y clamores del pueblo de Dios. El Papa Francisco nos invita a seguirlas descubriendo, con una mirada pastoral, «para esclarecer aquello que pueda ser un fruto del Reino y también aquello que atenta contra el proyecto de Dios» o para considerar «los aspectos de la realidad que detienen o debilitan los dinamismos de renovación misionera de la Iglesia». ²³

Para caminar hacia ese ideal de ciudad al que queremos servir, comenzamos por reconocer en ella un lugar de evangelización, que se deja evangelizar y que al mismo tiempo nos evangeliza. No la consideramos como un simple “destinatario” de la misión, sino como

un auténtico “interlocutor”, por cuanto reconocemos la justa autonomía de la que goza –en cuanto obra y fruto del esfuerzo humano diario- pero también en cuanto –como ya lo hemos dicho- es lugar de la presencia y de la obra de la Trinidad, que debemos discernir y secundar. La ciudad tiene mucho que enseñarnos sobre el ser humano y sobre Dios mismo y, por eso, la reconocemos como nuestro interlocutor y campo del diálogo salvífico de la evangelización. El contexto tiene el poder de evangelizarnos, pues sus espacios seculares son lugar también de la epifanía de Dios, posibilidad de manifestación y encuentro salvífico con el Señor.

Más allá de los espacios tradicionalmente sagrados, Jesús pasó haciendo el bien por las casas y en las calles; y allí se encontró con Zaqueo, con algunas mujeres, con Bartimeo, con los leprosos. Hoy sabemos que Dios vive vitalmente mezclado con todos y con todo y «nos urge salir a su encuentro, para descubrirlo, para construir relaciones de cercanía, para acompañarlo en su crecimiento y encarnar el fermento de su Palabra en obras concretas». ²⁴

Se requiere entonces una mirada de fe, una superación de muchas visiones que en el fondo son una “no-mirada”, una indiferencia ante lo que realmente pasa con la vida humana alrededor; se necesita una escucha atenta a lo que la ciudad-región nos dice de Dios y a lo que Dios mismo nos dice a través de la región capital; una acción evangelizadora desde la contemplación, que se hace encuentro, acompañamiento y fermento.

La Iglesia salió al encuentro y aprendió a expresar el Evangelio en el lenguaje de cada pueblo y lo explicó con los aportes de cada cultura. Hoy, hay que aprender de la región capital sus lenguajes, sus dinámicas, sus formas de comunicación para poder inculcar el mensaje. En orden a este aprendizaje, necesitamos del aporte de quienes conocen las ciencias y las artes y asumir con actitud de discernimiento lo que nos puedan decir a propósito del contexto en el que estamos llamados a desarrollar nuestra labor evangelizadora.

2. LOS HECHOS SIGNIFICATIVOS QUE INTERPELAN NUESTRA ACCIÓN EVANGELIZADORA

6. En el ejercicio de construcción del plan de evangelización, se identificaron una serie de situaciones y realidades propias del contexto que adquirieron particular importancia. Estos hechos significativos son: la transición sociocultural y religiosa, la pluralidad cultural y las injusticias sociales, los cuales agrupan múltiples fenómenos sociales que estamos llamados a reconocer, analizar y comprender por su impacto en la vivencia actual de la fe y en la tarea evangelizadora que llevamos a cabo.

2.1 Transición sociocultural y religiosa

7. Es común, en el discernimiento teológico pastoral, afirmar que la época actual no es sólo un cambio de época, es también una época de cambios. Desde las ciencias humanas se dice que la actual sociedad se caracteriza por la dinamicidad, la heterogeneidad

y la complejidad. El cambio, en ella, ya no es una situación esporádica, sino es una constante. El cambio es rápido, permanente y afecta todas las dimensiones de la vida. No tiene una meta fija o determinada; más bien se presenta como un continuo fluir, en medio del cual hombres y mujeres deben aprender a vivir.

Esta transición sociocultural y religiosa se puede entender como el proceso en el cual diferentes visiones y paradigmas sobre el mundo de la vida conviven e interactúan simultáneamente en el espacio urbano y rural. Es posible encontrar grupos y personas con sistemas de valores y creencias diversas, propias de los distintos momentos históricos del proyecto cultural occidental.

En el mundo de la vida de muchas personas y en los proyectos de sociedad democrática, se combinan, de modo articulado para unos, y para otros de modo desarticulado y fragmentado, como una hibridación, tres tipos de mentalidades hoy imperantes: la premoderna, la moderna y la posmoderna. En algunos domina una más que otra, o en otros conviven las tres en sus diversidades y particularidades.

Por mentalidad "pre moderna" se entiende aquella que se basa en un conocimiento espontáneo sobre el mundo, en esa forma de entender la vida desde una mirada "acrítica" que acepta la realidad sin mayores juicios, y que tiene como referente social fundamental y criterio de juicio la condición trascendente y religiosa de la persona. Esta visión del mundo está basada en explicaciones metafísicas de los fenó-

menos naturales y sociales y sus expresiones se identifican por su tendencia a la normatización de las situaciones humanas y sociales y por su alto contenido de argumentos deductivos y de autoridad. Tiene también una alta estima por la tradición, la autoridad, la vida comunitaria, la vida familiar y los valores morales.

El paradigma “moderno” responde a un proyecto cultural que pone en el centro de la comprensión y relación con el mundo a la razón. Este paradigma centra su visión y su forma de asumir y relacionarse con el mundo de la vida a partir de la mirada objetiva del conocimiento científico, por lo que la explicación de los fenómenos humanos y sociales requiere de procesos de razonamiento inductivo-deductivo. La religión y los valores trascendentes dejan de ser el centro de la vida social, mientras que la autonomía de los individuos, de la vida política y de la esfera económica adquieren mayor importancia. La evolución de la ciencia y la técnica empiezan a marcar el ritmo de la vida. Las expresiones de la individualidad, de la diferencia, del pluralismo, de la emancipación, los debates y los consensos acompañan la cotidianeidad.

El paradigma “post-moderno” que, en un primer momento, surge como una crítica o un desencanto de la razón moderna, da paso al desarrollo de otras dimensiones de la vida, como lo emotivo, lo experiencial, lo sensible, lo corporal. Se desconfiaba de las grandes explicaciones de la vida y de lo institucional; se prefieren los pequeños relatos y las narraciones personales, exaltando enormemente lo subjetivo, lo fragmentado,

lo débil. Lo simbólico y lo sagrado, vivido desde la experiencia subjetiva, se resaltan por encima de lo tradicional. No se buscan, por tanto, referentes para la vida social más allá del bienestar de los individuos y sus derechos.

En esta situación de transición sociocultural la convivencia de estas tres mentalidades en una misma persona no es armónica, ni mucho menos uniforme, por el contrario, se habla de una hibridación, de un segundo mestizaje, en el cual las mentalidades permanecen simultáneas, interactúan, se confunden sin límites definidos y forman mezclas originales. Puede darse el caso de una persona que sea muy posmoderna en su sexualidad, muy moderna en su manera de concebir la educación de sus hijos y muy premoderna en la religioso. O en caso contrario, muy posmoderna en lo religioso, y premoderna en la forma de pensar y de vivir la relación de pareja, la familia y la educación de los hijos. La diversidad de situaciones es tal, que ni los procesos educativos o de cultura ciudadana pueden desconocerlos si quieren resultados significativos de cara a favorecer procesos de convivencia democrática y de participación ciudadana.

Por eso, son tres modos de ver el mundo que se desarrollan simultánea y dinámicamente en el complejo sistema de relaciones humanas presentes en una ciudad como Bogotá; se hacen presentes en sus habitantes, en su arquitectura, en sus barrios, en la cultura ciudadana, en los medios de transporte, en la educación, en los modos de ser pareja, de ser familia, de educar a los hijos, de vivir y de practicar la religión.

2.1.1 La secularización y la metamorfosis de lo sagrado

8. Por otra parte, los cambios en lo religioso se explican desde dos paradigmas sociales complementarios: el de la secularización y el de la metamorfosis de lo sagrado, cuyo elemento común es la pluralización y fragmentación de lo religioso, tal como lo reflejan estudios aplicados en distintos contextos.²⁵

Desde el paradigma de la secularización se pensó en un momento en la desaparición de lo religioso en las sociedades modernas y posmodernas, gracias a la capacidad de la ciencia y de la técnica para dar explicación al mundo y al sentido de la vida. Lo religioso debía, por tanto, desaparecer del ámbito político, económico y social, y, si acaso permanecía, debía hacerlo en el ámbito de la vida privada.

Recientemente, en una obra monumental, el filósofo canadiense Charles Taylor propuso una relectura del proceso secularizador que vive la sociedad, y más que la desaparición de lo religioso, se afirma su permanencia y transformación.²⁶

Taylor plantea tres formas de secularización y su impacto en la transformación o metamorfosis de lo sagrado: el retiro de la religión de la vida pública, el declive de la creencia y la práctica de la religión y el cambio en las condiciones de la creencia.

La primera forma de secularización consiste en comprender que la sociedad moderna se sostiene por sí misma y, por lo tanto, no necesita de una visión religiosa del mundo, ni de estructuras

eclesiásticas para su administración, regulación y gobierno. La tendencia es negar a la religión su dimensión social y pública y reducirla a la vida privada y subjetiva de cada ciudadano.

La segunda forma se refiere a una disminución y declive de la acción de creer y de la práctica de la religión. Con amplias diferencias entre contextos, se aprecia un aumento de la indiferencia, de la increencia y del ateísmo.

La tercera forma se refiere a la transformación que ha venido ocurriendo en la manera de creer, en las "condiciones de la creencia", en el horizonte en el que la búsqueda y la experiencia espiritual, moral y religiosa tienen lugar.

Ante esta apertura a expresiones diversas de la creencia, se propagan múltiples ofertas de "trascendencia" y medios para acceder a ella, ofertas que entran en competencia por atraer al "creyente/consumidor". De esta manera, se va configurando una situación de mercado religioso, en la que algunas, «guiadas más por intereses económicos, manipulan las búsquedas religiosas de las personas, con mensajes de prosperidad y éxito inmediato para todos. En muchos sentidos, la religión ha llegado a convertirse en un objeto de consumo y de comercio; situación que reconocemos aun en ciertas prácticas dentro de nuestra Iglesia Católica».²⁷ En este "mercado religioso" es el sujeto el que define en qué creer fruto de la comprensión propia de la experiencia religiosa y se configura como la última fuente de autoridad que opta o no por una u otra práctica de fe según su historia, su personalidad, sus anhelos

o el efecto terapéutico que le pueda proveer. Así, se exaltan las experiencias subjetivas, emotivas y estéticas, particularmente del llamado “estilo movimiento pentecostalista”, incluso al interior de la Iglesia Católica. Creer en algo, entonces, se configura como una opción entre muchas otras que cada uno elige y, puede ser una apuesta existencial que, en algunos casos, entra en conflicto con la “razón”.

Según Carlos Miguel Gómez,²⁸ al pluralismo de las confesiones religiosas se suman las nuevas formas de lo religioso que se pueden dar en el interior de cualquier religión: Nuevas formas que van entre el fundamentalismo ortodoxo y las prácticas difusas de la fe. El primero valora la autoridad de una religión fuerte, directiva, exclusiva para los “elegidos” o los creyentes que tienen la “fe verdadera”. Esta tendencia se basa en el literalismo de sus libros básicos y la negación de mediaciones hermenéuticas que puedan “contaminar” o sesgar la verdad en ellos contenida. Esta experiencia religiosa favorece una acalorada pasión religiosa y la creación de comunidades con carácter sectario que da seguridades y certezas a sus miembros en medio de la incertidumbre del mundo amenazante y peligroso. En el otro extremo está la práctica de religiosidades difusas caracterizadas por la desinstitucionalización, el pluralismo superficial, sin identidad, en el que cada uno tiene libertad de interpretación y subjetivismo radical, prima la emocionalidad y se prioriza la experiencia directa y la mutación en la comprensión del mundo y de la espiritualidad. Esta tendencia rechaza la

dimensión institucional de la fe al coartar la libertad del sujeto y el desarrollo individual y subjetivo de su experiencia religiosa.

Otro factor importante en estos cambios es el pluralismo religioso y la relevancia que asumen en estos campos el respeto por la libertad religiosa y la libertad de conciencia.

Bogotá y sus alrededores es testigo de estos cambios. En ella, lo religioso se expresa en forma plural y diversa, difusa y desinstitucionalizada, privada y emotiva y con el resurgir de estilos fundamentalistas e integristas. Características todas también presentes en formas desvirtuadas de entender y vivir la fe en Cristo en la Iglesia Católica.

Hoy, por tanto, podemos atrevernos a afirmar que lo religioso, aún en la misma Iglesia Católica, toma formas que contradicen el hecho cristiano y la comprensión teológica de la fe, al ser sus características el subjetivismo, la desinstitucionalización y la negación de su dimensión pública o social.

2.1.2 El nuevo sujeto emergente

9. Al cambio de época sigue la emergencia de un nuevo sujeto, es decir, de una nueva auto percepción de la persona y de una nueva manera de construir la identidad individual en relación con los demás.

Lo más profundo del cambio que estamos viviendo tiene que ver con su incidencia en la gente, en cada persona concreta, en el hombre y la mujer de carne y hueso que deben enfrentar el desafío de su realización en medio de un mundo inestable y difícil de asir.

Pese a la importancia de las claves conceptuales económicas y sociales para entender la realidad, cada vez se abre más paso la tesis de Touraine, según la cual las categorías culturales están reemplazando las categorías sociales.²⁹ A continuación, se plantearán algunas de las características del nuevo sujeto emergente, que se identifican de distintas formas en los habitantes de la región capital.

• **Un sujeto débil a causa de la fragmentación**

10. La mentalidad post-moderna, que tiene tanta influencia sobre las nuevas generaciones de colombianos, se expande desde la paradoja de exaltar la individualidad de cada ser humano, reconociendo las múltiples posibilidades para su desarrollo, pero simultáneamente sin proponer un horizonte que dé sentido de unidad a la propia vida y a la sociedad. Cada cual se construye a sí mismo transitando por caminos

donde escasean los referentes y ello alimenta la necesidad de construirse a pedazos. Los sujetos actuales se construyen a partir de los fragmentos. El problema es que la suma de las partes no constituye necesariamente un todo, sino tan solo una vida ocupada. El individuo lleva a costas el rompecabezas de su existencia y busca construirse a partir de nuevas mediaciones relacionándose de un modo diferente con los marcos colectivos, ya fueran institucionales o ideológicos.

La ausencia de proyectos unificados de vida, articulados en escalas de valores interiorizados y aceptados ha generado un espacio propicio para que sea el consumismo, promovido desde un modelo económico neoliberal dominante, la marca de los sujetos de nuestro tiempo. Esta euforia por el consumo hace que, de algún modo lo religioso –incluso lo religioso cristiano–, pueda llegar a convertirse en una parcela más

Templo de San Francisco, puerta a la carrera 7 con Av. Jiménez



de la vida y no sea el elemento estructural y unificador de la existencia.

• **Un sujeto en búsqueda de la verdad en medio de un universo plural**

11. A partir de la modernidad se ha dado un desplazamiento, en el ámbito de la concepción del conocimiento, del primado de la objetividad al de la subjetividad. Esto significó un cambio de paradigma respecto de la filosofía realista que dominó durante la baja y tarda edad media.

Con Descartes se comenzó a acentuar la responsabilidad del sujeto en la elaboración metódica del conocimiento y la autoconciencia se convirtió en el criterio fundamental de la verdad.

El positivismo fue un último tentativo por inclinar la balanza del conocimiento hacia la objetividad. Con Kant, se establece el principio de que es el sujeto cognoscente quien constituye los objetos a partir de su instrumental cognitivo, subrayando así la actividad del sujeto en el proceso del conocimiento.

El idealismo significó la inclinación total de la balanza del conocimiento hacia el sujeto comprendido como espíritu absoluto.

La desconfianza hacia los saberes científicos y objetivos, con los cuales debutó la modernidad, se agudizó mediante el pensamiento de los maestros de la sospecha, Marx, Freud y Nietzsche que pusieron en tela de juicio las pretensiones de objetividad en el logro del conocimiento.

Más recientemente la desconfianza frente al modelo ilustrado de la racio-

nalidad acentuó la crítica a la pretensión de alcanzar una visión coherente y armónica de la totalidad de la realidad. Se trata de la crítica de algunos pensadores de la post-modernidad a la búsqueda de una única verdad capaz de abarcar la totalidad de la realidad y de descifrar la clave de la historia, pretensión considerada lesiva para la convivencia e incluso generadora de violencia.

En la actualidad, tendencias nacidas en el seno de la pedagogía han comenzado a restablecer el balance entre la subjetividad y la objetividad con relación al conocimiento humano. Para la epistemología constructivista, el conocimiento no es el fruto de la sola exposición del sujeto a los objetos exteriores. Éste es más bien el fruto de la actividad reflexiva del sujeto articulándose a partir de los conocimientos anteriores y de los que están por construirse. Según la epistemología constructivista, «los saberes elaborados a partir de diversos objetos o fenómenos no son nunca completamente independientes de los instrumentos conceptuales con cuya ayuda los aprehendemos y estructuramos. No existe pues conocimiento directo e inmediato del objeto en estado puro. Todo hecho constatado es indisoluble de una interpretación, toda observación depende del cuadro de referencia del observador, toda comprensión de una situación está en función del modelo con cuya ayuda nos la representamos».³⁰

La disponibilidad ilimitada de informaciones en la red hace que el sujeto emergente se sienta cada vez más buscador de la verdad y menos receptor de unos conceptos monolíticos e

invariables. Pero, al mismo tiempo, la ausencia de referentes tradicionales sume también al sujeto emergente en una actitud de cierta indiferencia frente a la posibilidad de establecer un conocimiento sólido, especialmente en lo que tiene que ver con el sentido de la vida. Dejado simplemente a su subjetividad o a un intercambio de puntos de vista, sin la mediación del diálogo, el sujeto se pueda sentir sin los referentes y los estímulos necesarios para entender la ardua tarea de la búsqueda de la verdad.

En este cambio de época que estamos presenciando, la sociedad contemporánea desconfía de las grandes explicaciones sobre el mundo, el hombre y la sociedad que, otrora, enarbolaban y constituían las instituciones, sustentaban las decisiones y opciones y determinaban el ser y el deber ser de cada sujeto. En su lugar, aparecen las pequeñas y locales narraciones, incluso los saberes tradicionales desechados por la modernidad, que no pretenden explicar de manera totalizante, sino que van, coyunturalmente, dando razón y sentido a los sujetos y pequeñas agrupaciones en un presente que parece perpetuarse indefinidamente. En efecto, ninguna verdad parece hablar convincentemente de una utopía de futuro, o de un discurso aglutinador de los sujetos cada vez más individualistas, sino que se refiere más a la inmediatez, al presente, a lo pasajero, a lo fluctuante.

Este nuevo sujeto en su relación con el conocimiento vive, entonces, inmerso en un universo pluralista donde la sola pretensión de alcanzar una ver-

dad pareciera reñir con el respeto por las opiniones y puntos de vista de los demás. De ahí procede la actitud relativista, según la cual todo saber es provisorio y no puede ser planteado como un saber que se considere más válido que otros, sobre todo en lo relativo al sentido de la vida, a lo metafísico. Decía Juan Pablo II:

«Han surgido en el hombre contemporáneo, y no sólo entre algunos filósofos, actitudes de difusa desconfianza respecto de los grandes recursos cognoscitivos del ser humano. Con falsa modestia, se conforman con verdades parciales y provisionales, sin intentar hacer preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social»³¹

Todo esto afecta naturalmente la vivencia de la fe en una tradición religiosa como el cristianismo que se fundamenta sobre el misterio de la encarnación de la Palabra divina y que, por lo tanto, no puede renunciar al anuncio de la verdad transmitida por Jesucristo como estímulo insuperable en el camino nunca terminado de la búsqueda humana de la verdad.

Ante el relativismo imperante, es necesario estimular la sed que hay de verdad en cada ser humano y reconstruir la confianza en la posibilidad de alcanzarla progresivamente, empleando a fondo los recursos de la razón y favoreciendo el diálogo sobre los hallazgos de cada uno.

Para atraer las mentes y los corazones hacia la verdad sigue siendo urgente,

para los creyentes, el llamado al testimonio pues, como lo afirmaba Pablo VI, el mundo de hoy tiene necesidad más de testigos que de maestros, testigos que compartan la experiencia salvadora del Dios de Jesucristo y estén también dispuestos a dar razón de su fe.³²

Así mismo, es necesario contar con la conciencia actual sobre las “múltiples inteligencias” que se pueden desarrollar en el ser humano y que son importantes para lograr un interés mayor por el misterio de Cristo y una acogida del mismo que repercuta más integralmente en quien adhiere a Jesucristo por la fe.³²

«El hombre tiene necesidad de conocimiento, tiene necesidad de verdad, porque sin ella no puede subsistir, no va adelante. La fe, sin verdad, no salva, no da seguridad a nuestros pasos. Se queda en una bella fábula, proyección de nuestros deseos de felicidad, algo que nos satisface únicamente en la medida en que queremos hacernos una ilusión. O bien se reduce a un sentimiento hermoso, que consuela y entusiasma, pero dependiendo de los cambios en nuestro estado de ánimo o de la situación de los tiempos, e incapaz de dar continuidad al camino de la vida».³³

• Un sujeto hiperconsumidor

12. Otro componente que interviene en los sujetos que emergen en nuestra sociedad es la transformación del capitalismo como sistema económico y de producción de realidades, subjetividades y vínculos. Estamos presenciando grandes transformaciones en los esce-

narios laborales, en la desregulación de las relaciones, en el mercado con la emergencia de nuevos productos y mercancías nunca antes imaginadas y en el fortalecimiento de nuevos y viejos actores económicos como los productores de software o la banca. Sin embargo, uno de los cambios más sugerentes en relación con la construcción de nuevos sujetos es el consumo desde nuevos valores, sobre exaltados deseos y renovadas necesidades y simuladores de satisfacción.

Desde finales de los años setenta, según Lipovetsky³⁴, estamos presenciando y participando del tercer acto de las economías de consumo o una nueva etapa histórica de la civilización consumista: el consumo emocional. En éste, uno de los valores que marcan las decisiones de los sujetos consumidores es la búsqueda de modos de vida más fáciles, más cómodos, más libres y más hedonistas que posibilite estar mejor, valerse de lo “superfluo”, gozar y “no quedarse con las ganas”. Así, este consumo se organiza por los intereses, placeres y gustos cada vez más individualizados emergiendo el “hiperconsumo”. Si antes los productos eran consumidos para lograr un status y gozar de una categoría social, ahora se opta por cosas «que nos permitan ser más independientes y móviles, paladear sensaciones, vivir experiencias, mejorar nuestra calidad de vida, conservar la juventud y la salud»³⁵. Así, la búsqueda de la felicidad privada, por medio del consumo exacerbado, predomina en la contemporaneidad.

En efecto, los sujetos consumen objetos y servicios ya no para pertenecer

a alguna categoría social o ser admirados por otros, sino para vivir –o creer vivir– en mayor libertad, más independencia y más movilidad; para llenarse de experiencias inesperadas, extraordinarias, capaces de generar emoción, proyección, afectos y sensaciones; para mejorar la calidad de vida y conservar la juventud y la salud. Se consume “porque me lo merezco” y para estar satisfecho de uno mismo. Por esto, el sujeto se aboca a la búsqueda, a veces frenética, de las novedades del mercado para obtener los beneficios subjetivos, funcionales y emocionales que procuran. La vertiginosidad de lo nuevo implica el entusiasmo por la aventura, el deslumbramiento por la novedad y la acumulación de experiencias cada vez más placenteras que estimulan los sentidos y la sensibilidad.

Adicionalmente, las mercancías se van articulando a la composición que cada quien hace de sí mismo poblando el universo personal y familiar. De esta manera, es posible identificar la intrínseca relación que se establece entre la construcción subjetiva, la composición que hace de su cuerpo y de su identidad y la tenencia o uso de los objetos-servicios a los que se accede. En efecto, «la subjetividad del hiperconsumidor se afirma menos en la relación con el objeto que en la relación consigo mismo».³⁶

• Un sujeto afectado por el individualismo

13. El Papa Francisco hace una penetrante descripción sobre la situación del ser humano en el mundo contemporáneo.

«El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien».³⁷

En el centro de esta descripción está el tema del individualismo. Se trata de una “tristeza individualista”, fruto de que la persona humana se cierra sobre sus propios intereses.

Diversos estudiosos de la cultura actual coinciden en la consideración de este rasgo, especialmente entre los jóvenes:

«Uno de los mayores retos al que nos enfrenta la actual situación de globalización y desarraigo tecnológico desbrujulado, y socialmente incontrolado, es el de un individualismo creciente, temeroso, apocado, con la percepción en la gran mayoría de las personas de pequeñez, fragilidad, en definitiva, incertidumbre, término que probablemente define mejor el rasgo capital de los ciudadanos de la cultura occidental en la que estamos inmersos».³⁸

Según este análisis pareciera que hay una cierta relación estrecha entre la falta de arraigo y el individualismo. Diera la impresión de que el hombre, privado de un marco referencial, sin un sentido

de pertenencia vital, pudiera replegarse en sus intereses individuales y así ser fácilmente presa de la fiebre del consumismo.

Adicionalmente, los vínculos y relaciones que entablan los sujetos cada vez más individualizados, adolecen de la estabilidad y fortaleza de los estrechos lazos del pasado que se unían "para toda la vida". Las múltiples opciones para escoger, las ansias de no dejar nada por probar y experimentar dificultan que el sujeto elija y sea fiel a su opción, a su pareja, a su amistad. Las relaciones frágiles y líquidas, tal y como las describe Bauman,³⁹ predominan y develan que los compromisos definitivos ya no son tan frecuentes.

En este contexto, las instituciones tradicionales no llegan a ser para muchos fuentes generadoras de sentido y, por ello, éste se busca frecuentemente en experiencias menos formalizadas en las que lo decisivo es la praxis solidaria a través de la cual las personas se construyen en la interacción con otras y en las que los códigos son más flexibles y, por lo tanto, cada quien se siente más libre de seleccionar, escoger y transgredir valores y pautas.

• Un sujeto cibernético ⁴⁰

14. El ser humano está inmerso, ya desde hace varias décadas, en una era nueva: la de lo informático que lo está transformando de modo profundo. Así, por ejemplo, el filósofo francés Michel Serres afirma respecto de los niños y jóvenes de nuestro tiempo:

«Son formateados por los medios, por la publicidad. Estos muchachos

habitan lo virtual. Las ciencias cognitivas muestran que el uso de la tablet, la lectura o la escritura con el pulgar de mensajes, la consulta de facebook o de Wikipedia no excitan las mismas neuronas ni las mismas zonas corticales que el uso del libro, de la tiza o del cuaderno. Pueden manejar diversas informaciones a la vez. No conocen, integran o sintetizan de la misma manera que nosotros, sus ascendientes. Por el celular acceden a todas las personas, por el GPS están en todos los lugares: ellos frecuentan un espacio topológico de vecindades, mientras que nosotros vivimos en un espacio métrico, referido por las distancias. No habitan, entonces, nuestro mismo espacio».⁴¹

Con el internet asistimos a una mayor estimulación de los sentidos; los instrumentos numéricos no son exteriores al ser humano de hoy, como podían serlo el libro y el discurso verbal. Los nuevos instrumentos son cada vez más una prolongación tecnológica del sujeto. Esta mayor estimulación de los sentidos puede abrir a una búsqueda de la verdad de dimensiones cada vez más amplias y más comunitarias en razón de la interactividad. Pero, al mismo tiempo, esta posibilidad puede también engendrar un sentimiento de poder personal que conduzca a la autosuficiencia. No hay que ignorar el hecho de que la calidad profesional de muchos elementos de la red puede hacer que lo que los sujetos emergentes encuentran en las habituales mediaciones comunitarias como la familia, la escuela, el movimiento, la parroquia, les pueda resultar pobre y aburrido.

A la amplificación de los sentidos que tiende a engendrar un sentimiento de poder, corresponde paradójicamente un cruel debilitamiento debido a un claro retroceso respecto de la esfera de la intimidad. Y esto resulta más mortificante en la medida en que cada persona sabe que ella misma es responsable del develamiento de aquello que ha debido permanecer privado. Son incontables las amenazas, insultos, acosos, burlas, delaciones, venganzas. Así pues, una vez más, las nuevas tecnologías confrontan al sujeto con la dimensión ética de su ser: está sometido simultáneamente al bien y al mal, del cual él es a veces responsable y a veces víctima.

Se desarrolla también en el hombre cibernético, una hipertrofia por la necesidad de la inmediatez. Cada vez más, apenas unos segundos después de que algo ha acontecido, aparecen fotos y comentarios en Internet. De esta forma la toma de distancia y la reflexión no se aseguran. En el campo de la transmisión de la fe, esto significa positivamente que la posibilidad de encadenar las acciones eclesiales se facilita enormemente y que las informaciones y anuncios sobre los eventos o sobre los temas para la reflexión pueden circular con mayor agilidad. Pero, negativamente, esto significa que no siempre se encuentra el tiempo de reflexión para evaluar si la comunicación emitida fue importante o no, si fue justa y enriquecedora o no.

La revolución informática implica también una modificación en el plano de las relaciones, una transformación de los modos de comunicación, una evolución notoria de la red social.

El concepto de red social engloba varios actos de comunicación realizados con la ayuda de las nuevas tecnologías. Inútil recordar que el concepto de lo "social" está a veces desviado y que la inmoralidad o la amoralidad llevan, a veces, la ventaja sobre lo que podría ser una magnífica y verdadera red social al servicio del ser humano y de sus colectividades. Sin embargo, el contacto personal, la vinculación a una comunidad donde haya encuentros fuera de la mediación virtual es un ámbito decisivo para la verificación del sentido y de la autenticidad de vida que brota del mismo.

La capacidad de acoger el silencio está muy reducida en el hombre cibernético. La contemplación y la meditación son más difíciles de vivir.

La inmersión en el mundo de la cibercomunicación presenta igualmente el riesgo de la relativización. Todo tiende a ponerse en el mismo plano por el doble hecho de que los mensajes diferentes llegan por canales iguales y porque la verificación de las fuentes es rara vez emprendida y accesible. La relativización se aumenta también por la velocidad con que se suceden los mensajes y por el volumen gigantesco de información. Positivamente, la toma de conciencia del riesgo de la relativización ha conducido a búsquedas de argumentos, a organizar las informaciones, a suscitar la voluntad de no estar desinformado, manipulado o instrumentalizado.

El hombre cibernético corre el peligro de reforzar el narcisismo. En efecto, tanto en aquello que envía desde

su cuenta de *facebook* o sobre su *blog*, como en incontables juegos en consolas electrónicas, además de ser el emisor de la comunicación y de la acción, es también el objeto y el centro. En el *facebook* se reencuentra frecuentemente en la postura de periodista que se consagra un artículo a sí mismo o de psicólogo que analiza su propio caso. Todavía más, en el juego de video, él es el héroe, el guerrero y el piloto, sin ignorar que también hay juegos virtuales que permiten una confrontación.

El aspecto positivo de este elemento es el compromiso y la creatividad de la cual el sujeto puede hacer parte. En lo que concierne a los juegos, adquiere

generalmente una capacidad de reacción destacada. En *facebook* recibe también, a veces, de manera casi inmediata, las reacciones de otros que no siempre refuerzan su mensaje. Confrontado, como receptor, por los mensajes “narcicistas” de otros corresponsables, va adquiriendo cierta mirada más crítica que le sirve para sus propias producciones posteriores.

Hay, en conclusión, toda una evolución del sujeto humano que se sumerge cada vez más en el mundo informático y virtual. Se dice que, en el futuro, internet desaparecerá, ya que estará tan presente en todas las actividades del ser humano que dejará de ser considerado como un

Noche de la velitas, celebración tradicional vespersas de la Solemnidad de la Inmaculada Concepción



tiempo o una actividad particular. Todo el tiempo y en todas las actividades estaremos conectados.

2.2 Pluralismo

15. Las actuales sociedades son democráticas. La democracia no es sólo una forma de gobierno, sino que se ha hecho una forma de vida. Al ser el pluralismo una de las características de las sociedades de hoy, la democracia, como modo de vivir y de pensar y como forma de gobierno, se ha entendido como el mejor sistema de organización donde puedan convivir los diferentes de una manera pacífica, justa e incluyente.

El pluralismo es una característica propia de las sociedades contemporáneas que alcanza su mayor expresión en la vida urbana y se caracteriza por la convivencia de distintos modos de ser, vivir y expresarse de las personas presentes en un territorio. Las sociedades han dado un tránsito hacia la convivencia de diversas subjetividades, que han implicado la tolerancia hacia las búsquedas propias que se manifiestan en diversidad de gustos, formas de actuar, estilos de vestir, lenguajes y demás expresiones humanas.

Bogotá por su condición de ciudad capital no es solo el lugar de presencia de los entes centrales del Estado, sino que además es una gran urbe marcada por el pluralismo y la diversidad. En ella confluyen diversas razas, etnias, culturas y religiones. Es una ciudad habitada y construida por gentes venidas de todas las regiones del país, producto de la migración, consecuencia de la violencia o de la búsqueda de mejores oportunidades laborales o de estudio.

El pluralismo urbano se caracteriza, además, por la diversidad en posturas éticas y en los modos de entender problemas fundamentales sobre la vida y su origen, la muerte, los modos de ser hombre y de ser mujer, de ser familia, la salud y la enfermedad, el creer o el no creer en Dios y de dar sentido o no a la vida. En la ciudad, como hábitat plural y diverso, como ámbito de la democracia, toda esta diversidad de sentimientos y pareceres tiene cabida. Todos reclaman el derecho a la existencia y al respeto. Se pide que no prevalezca una mirada sobre las otras. Por eso, una de sus mayores exigencias es la inclusión. Y se rechaza cualquier forma de exclusión, de autoritarismo y dogmatismo; más aún, cuando se piensa que ningún grupo social, así sea mayoría, tiene la verdad única y definitiva para todos. La verdad, se dice, es fruto del consenso y del diálogo entre diversos. El debate ciudadano, razonado y razonable, es una de las mayores exigencias de las democracias contemporáneas. Y es un debate entre iguales, sin importar que un grupo social tenga más presencia o sea mayoría. Por eso, de las políticas públicas se pide que no se sesguen en una sola postura, sino que las incluya a todas. El riesgo de esta manera de entender lo democrático es el relativismo, algo señalado por el Papa Juan Pablo II: «Si no existe una verdad última, la cual guía y orienta la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia».⁴²

En consecuencia, valores fundamentales en la sociedad de hoy son: la tolerancia, el respeto de las diferencias, el diálogo, la regulación pacífica de los conflictos, la inclusión de las minorías (de género, de clase, de edad, de raza, de etnia, de religión), el derecho a disentir y el respeto a la libertad de conciencia.

El pluralismo en Bogotá toma otras dimensiones a las ya señaladas. Otra forma de ser plural es entender que Bogotá no es una sola ciudad, son muchas ciudades en una. Sus habitantes la viven y la construyen, de acuerdo a sus imaginarios y a las formas de habitar y de apropiarse de los territorios. Los jóvenes la habitan a su manera. Los comerciantes de otra. Los emigrantes le dan un tinte particular. Los excluidos y marginados le dan un rostro propio.

Una cosa es Bogotá en el día y otra en la noche. Una cosa es la Bogotá del sur, otra la del centro, otra la de norte. Sus centros comerciales también son distintos según su estrato y según el sector. Hasta los conjuntos residenciales y los modos de ser “comunidad” allí, varían según los estratos, el sector de la ciudad y el trabajo que realizan sus moradores. Diversas son también sus universidades, en calidad, en posturas, en saberes, en el diálogo con lo social y lo religioso.

Aunque se afirme el respeto por el diferente, no siempre ese “otro” es validado y reconocido. Se pide tolerancia, pero se mata al que piensa y es diferente. En Bogotá fácilmente se agrade por tener una camiseta diferente, por pensar diferente, por ser diferente (sexo, clase, raza). Tan diversa y plural es la ciudad de Bogotá como excluyen-

te anónima e indiferente. La anomia y la poca participación ciudadana es otra característica de sus habitantes. Se pasa de largo y sin compasión frente al sufrimiento ajeno. Bogotá es también la ciudad del consumo y desinterés por el otro.

2.3 Desigualdades sociales

16. Y como tercer hecho significativo se encuentra la realidad de injusticia social que marca las relaciones humanas y sociales en nuestra ciudad.

Bogotá ostenta el deshonroso quinto puesto dentro de las ciudades más desiguales de América Latina. Así, es posible encontrar, dentro del mismo territorio sectores de población que acumulan la mayor parte de la riqueza en contraste con los amplios sectores de la población marginados, vulnerados y excluidos de las oportunidades del desarrollo.

La marginación y la pobreza se expresan de múltiples formas: precarias condiciones de salud; alimentación pobre y desbalanceada; viviendas insalubres, sin servicios públicos dignos; sin seguridad social; con infraestructura y zonas públicas insuficientes; sufriendo el desempleo, el trabajo informal y la desregulación laboral especialmente los jóvenes; con serios problemas para movilizarse a sus sitios de trabajo o estudio; sin acceso a educación de calidad y que no posibilita el anhelado salto social o la mejora de su calidad de vida en un futuro. Esta marginación, de un número importante de población, contrasta significativamente con el derroche y exuberancia de unos pocos que disfrutaban las mayores riquezas.⁴³ Este pequeño segmento, residente en barrios elite de la ciudad y de algunos

municipios circunvecinos, cuenta con educación de calidad, salud de primera, alimentos frescos y balanceados, trabajos mucho mejor remunerados y reconocidos como valiosos por la sociedad, y con el acceso constante a demás bienes y servicios estimados y deseados.⁴⁴

La desigualdad genera un sinnúmero de problemáticas en las relaciones humanas en la región capital, pues aumenta la segregación, el desconocimiento y el prejuicio mutuo. En Colombia, y específicamente en Bogotá, esta desigualdad se hace más evidente en la estratificación de la sociedad que aumenta las injusticias y la separación entre ricos y pobres.⁴⁵ El estrato al que se “pertenece” marca quién se es, qué hace y consume, a qué problemáticas sociales se enfrenta y a qué puede acceder. Por esta razón -aunque no es la única-, algunos de los que están más excluidos podrían optar por la violencia o la delincuencia para alcanzar los derechos y posibilidades que difícilmente disfrutarían por otros medios y para satisfacer los deseos de tener, exacerbados por los medios masivos de comunicación.

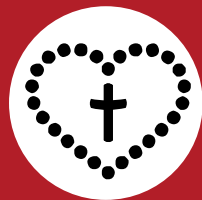
Adicionalmente, la violencia en nuestras ciudades colombianas ha tenido como combustión, desde hace treinta años, al narcotráfico. Primero, manejado por grandes capos y ahora, controlado por redes cada vez más locales, más micro, el negocio de la droga sigue dejando onerosos réditos a los mafiosos, corrompiendo las decisiones, sembrando el terror y sepultando en la drogadicción a miles de niños, jóvenes y adultos que deambulan por las calles de Bogotá. El narcotráfico, además, ha sembrado en la mente y el corazón de muchos la equivocada idea del dinero fácil y la

posibilidad de satisfacción inmediata de los deseos.

Por otro lado, la ciudad de Bogotá y algunas de las zonas rurales están siendo escenario de una creciente muestra de desigualdad causada por los procesos de desplazamiento de los más pobres de los territorios que han habitado y transformado tradicionalmente -pero ubicadas en zonas céntricas o estratégicas- para construir urbanizaciones que solo los más ricos podrán pagar.

Entre tanto, a la ciudad siguen llegando centenares de personas que, huyendo del conflicto armado, se instalan -no siempre con facilidad ni sin prejuicios por parte de sus vecinos- en los barrios más marginales ocupándose en trabajos informales, esclavizados, sin seguridad social y con ingresos por debajo de sus gastos básicos de supervivencia. Si bien las instituciones públicas se han empezado a preocupar por atender a las personas víctimas del desplazamiento forzado, aún se está lejos de garantizar sus derechos a la verdad, la justicia y la reparación.

En conclusión, estos hechos significativos, a los que nos hemos aproximado en una primera descripción, nos han interpelado en nuestra condición de ciudadanos, sobre todo, como discípulos misioneros llamados a evangelizar. Por esto, serán objeto constante de nuestra atención, de investigación y de análisis, para continuar discerniendo en ellos lo que estamos llamados a hacer en nuestra tarea evangelizadora. Son ellos los que nos irán dando claves para interpretar los caminos que debemos recorrer y la manera como debemos presentar la propuesta del Evangelio.



II. EL CORAZÓN DEL PARADIGMA

17. Al analizar los componentes de nuestro nuevo paradigma misionero de evangelización volvemos nuestra atención al núcleo fundamental de este paradigma, que se identifica con el programa único que tiene la evangelización, cualquiera sea el contexto donde se realice, y con la misma condición bautismal, origen de nuestra identidad como discípulos misioneros enviados a evangelizar. El servicio de la evangelización tiene, como lo ha comprendido más claramente la Iglesia en los últimos años, un solo programa: que Cristo sea encontrado, conocido y amado y seguido para vivir en Él relaciones de comunión y, desde Él, transformar al hombre y su historia hasta la venida del Reino celestial.⁴⁶

En este capítulo, vamos a centrar nuestra atención en cada uno de estos tres aspectos que componen el corazón del paradigma de evangelización.

1. ENCUENTRO, AMOR Y SEGUIMIENTO DE JESUCRISTO

«Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo “hablar” de Cristo, sino en cierto modo hacérselo “ver”. ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?»

Juan Pablo II, NMI 16

1.1. Encuentro, conocimiento y seguimiento de Jesucristo: fundamento permanente de la vida cristiana y de la acción evangelizadora

18. Fijar los ojos en el Señor, reconocerlo como luz del mundo e identificar su estilo evangelizador requiere de la experiencia “fundante” del encuentro con Él, a la manera de la experiencia personal que tuvieron los discípulos. El encuentro con Cristo es, en el hoy de la Iglesia latinoamericana, la invitación crucial hecha por los Obispos reunidos en Aparecida. Sin duda, el encuentro personal es la base del conocimiento y es en la permanencia con el Señor en donde radica el conocimiento del Padre: «el que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn. 14,9) y el conocimiento del hombre en su más profundo misterio (Flp. 2,7-8 y Hb. 4,15). El encuentro con Jesús durante su ministerio prepascual puso los cimientos de la experiencia del resucitado y dio fundamento el carácter comunitario de la Iglesia.

«Recomenzar desde Cristo»⁴⁷ es una invitación a volver a la fuente, al reencuentro con Él como condición irrenunciable para un cristianismo fortalecido desde sus raíces, capaz de hacer frente a los nuevos tiempos y de evangelizarlos. Además, el encuentro con el Señor hace que los discípulos, impregnados del espíritu del maestro, dediquen toda su vida al Reino de Dios, a la escucha y discernimiento de la voluntad del Padre y acojan el llamado y el envío para participar en su misión.

El encuentro con Cristo es, por otra parte, el punto de partida del seguimiento. Todas las vocaciones apostó-

licas están caracterizadas por la experiencia del encuentro. La segunda parte del capítulo primero de Juan es una amalgama de encuentros de galileos desprevenidos con Jesús, quienes además lo siguen atraídos por sus palabras, o por el señalamiento que de Él hizo el Bautista, y de encuentros entre ellos para comunicarse la alegría de haber dado con el Mesías. Del encuentro de estos hombres con Jesús, brota la experiencia del discipulado en la libertad y en el amor que permite llegar hasta la muerte. También es en el encuentro en donde hunde sus raíces la dimensión misionera del discipulado. Ambas experiencias –discipulado y misión– constituyen un binomio indisoluble que se nutre del encuentro con el Señor, con su proyecto del Reino y con los hermanos con quienes se acoge comunitariamente el envío: «vayan y hagan discípulos de todos los pueblos» (Mt. 28, 26).

El “encuentro” se hace así una categoría teológica que envuelve unas condiciones fundamentales: en primer lugar, éste nace de la voluntad amorosa del Padre de auto-comunicarse y de hacerlo en y por medio de su Hijo Jesucristo. Al encuentro con Jesucristo se llega merced al misterio de la encarnación. La Palabra hecha carne revela el misterio de la voluntad salvífica del Padre, no como una narrativa amorfa e impersonal, sino como convocación, consuelo, misericordia, dirección y esperanza futura. Por otra parte, con la Encarnación y con la Pascua, el hombre es llevado a ser hijo en el Hijo y, por tanto, coheredero en Cristo de los bienes eternos (cfr. Rom. 8, 17). Con la encarnación, la

solidaridad de Dios con la humanidad llega al punto del despojo del rango propio de la condición divina para asumir la condición de esclavo hasta acoger la muerte y muerte de cruz (cfr. Flp. 2, 6-11).

El Papa Francisco, en la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, enseña que el encuentro con Jesucristo debe constituir un anhelo permanente de todo cristiano o que, al menos, la decisión debe conducir a dejarse encontrar por Él⁴⁸; y es que el discípulo misionero no comienza a serlo por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello, una orientación decisiva.⁴⁹ Sólo en ese encuentro o reencuentro con el amor de Dios, por parte del cristiano, es que éste es rescatado del individualismo y del aislamiento.

El manantial de la acción evangelizadora brota de allí, del encuentro y la acogida del amor que devuelve el sentido de la vida. La experiencia de este encuentro se convierte entonces, como fue para San Pablo, en el argumento fundamental del apostolado desde el presupuesto básico de que no se es discípulo y misionero, sino que somos todos indisociablemente “discípulos misioneros”.⁵⁰

Ser llamado a participar en la acción evangelizadora de Jesucristo exige la identificación con Él, que es el primero y más grande evangelizador. No basta con copiar, simplemente, su estilo o método evangelizador; es necesario evangelizar desde Cristo, pasando an-

tes por su corazón, comprometiéndose con Él en unidad de sentimientos. Nos dicen los obispos en *Aparecida*: «Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu... A todos nos toca recomenzar desde Cristo».⁵¹

Y nos lo recuerda nuevamente el Papa Benedicto: «En un tiempo en el que Dios se ha vuelto para muchos el gran desconocido y Jesús solamente un gran personaje del pasado, no habrá relanzamiento de la acción misionera sin la renovación de la calidad de nuestra fe y de nuestra oración; no seremos capaces de dar respuestas adecuadas sin una nueva acogida del don de la Gracia; no sabremos conquistar a los hombres para el Evangelio a no ser que nosotros mismos seamos los primeros en volver a una profunda experiencia de Dios».⁵²

El plan de evangelización, como herramienta para impulsar la acción de los discípulos misioneros en la arquidiócesis de Bogotá, no puede prescindir de esta experiencia fundante: o todo cristiano aquí y ahora empieza por un encuentro con el amor salvífico del Padre realizado en la persona de Jesucristo muerto y resucitado o se habrá

arado en vano, aunque sea en la viña del Señor. El plan, en sí mismo, busca el «encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva»⁵³, pero con la plena conciencia de que este encuentro debe ser “personal y comunitario”.⁵⁴

1.2. El seguimiento de Jesucristo, luz del mundo y fuente de vida plena

19. En los evangelios, Jesús usó distintas imágenes de la vida cotidiana para darse a conocer e invitar a las gentes a su seguimiento; una de ellas es la imagen de la luz, que empleó en un diálogo con los fariseos: «les habló otra vez, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12). Jesús, al identificar su ser y su misión con la luz, se muestra como aquel en quien el ser humano y la creación entera encuentran sentido pleno, porque quienes creen en Él y lo siguen «tendrán la luz de la vida». El ser humano se caracteriza por estar siempre en búsqueda de realización, de sentido, de felicidad; “andar en tinieblas”, significa dar sentidos limitados o parciales a esas búsquedas; al encontrarse con Cristo y dejarse iluminar por Él, el misterio de la vida halla su más profundo sentido y belleza.⁵⁵

El ser humano, creado por Dios, poseía aquello para lo cual había sido creado: la comunión con Dios, con sus semejantes y con la naturaleza. Sin embargo, como consecuencia del pecado, perdió la gracia en la que Dios lo había creado y, así mismo, perdió de vista el sentido último de su existencia. Sin embargo, Dios, movido por su amor misericordioso, llama al hombre

a abandonar las tinieblas del pecado y a orientar su vida desde Jesucristo, su Hijo, Palabra que es luz y vida de los hombres, luz que resplandece en la oscuridad, que salva y vence las tinieblas.⁵⁶

Con esta irrupción de Dios en la historia, llegada la plenitud de los tiempos, la Palabra se hizo carne y el Dios encarnado, al poner su morada entre nosotros, «se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María se hizo verdaderamente uno de los nosotros. Semejante en todo, a nosotros, excepto en el pecado». ⁵⁷ Se hizo así partícipe de las alegrías, gozos, sufrimientos y angustias de la gente de su pueblo y de la humanidad entera.⁵⁸ Y así, por su fidelidad total al Padre, por su solidaridad con el género humano, por su Muerte y Resurrección, llega a ser para todos, fuente de Vida Verdadera y el modelo de una humanidad plena.⁵⁹

Y «a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (Jn 1,12) Dios concede al bautizado la gracia de unirse íntimamente a Cristo y lo llama a identificarse cada día más con él, en un camino de conversión permanente que lo lleve a pensar, actuar y amar como Él, siendo testigo de la Luz, como Juan el Bautista. Para hacer realidad este don, Dios concede el Espíritu Santo, que capacita al ser humano para vivir las bienaventuranzas, el mandamiento del amor y ser así sal de la tierra y luz del mundo.⁶⁰ Por esto,

*«no basta declararse cristianos para ser cristianos, y tampoco tratar de realizar obras buenas. Hace falta configurarse con Jesús, con un lento, progresivo esfuerzo de transformación del propio ser, a imagen del Señor, para que, por gracia divina, todo miembro de su Cuerpo, que es la Iglesia, muestre la necesaria semejanza con la Cabeza, Cristo Señor. Y también en este camino se parte —como nos enseñan los maestros medievales siguiendo al gran Agustín— del conocimiento de sí mismos, de la humildad de mirar con sinceridad a lo más íntimo de sí mismos».*⁶¹

Ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean e investigan de modo nuevo y desde diversas perspectivas, aun no religiosas, las cuestiones más fundamentales: «¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?»⁶² Así como existen muchos que, ante los cambios profundos y acelerados de la vida, acallan, ignoran o se hacen indiferentes ante estos mismos interrogantes. Tanto para unos como para otros, la Iglesia anuncia a Jesucristo como plenitud del ser humano, como el modelo y el criterio de toda existencia humana auténtica y realizada; no lo hace como quien posee una luz propia, sino que refleja la luz que recibe de Jesucristo; Él es, por lo tanto, su origen, su punto de referencia y el

modelo irrenunciable de su ser y de su misión.⁶³ Desde Jesucristo, la Iglesia ofrece respuesta a los interrogantes que el ser humano se plantea en cada generación.⁶⁴

Cristo es la luz de los pueblos y todos los hombres están llamados a la unión con Cristo, luz del mundo, de quien procede, por quien vive y hacia quien camina.⁶⁵ Es en Cristo en quien se cumple la voluntad del Padre, que todos tengan vida y la tengan en abundancia (Jn. 10, 10), y es en el encuentro con Él, en donde los discípulos misioneros tienen vida. El plan de evangelización, en consonancia con la enseñanza del Santo Padre y de los Obispos reunidos en Aparecida, anima el dinamismo del encuentro con un Cristo que impregna la vida humana de vida divina bajo la conciencia de que los habitantes de la ciudad región se encuentran y viven la experiencia de seguimiento no de un personaje de la historia pasada, sino del Cristo vivo presente en el hoy y el ahora de sus vidas, el Viviente que camina a su lado descubriéndoles el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta, entrando en sus casas y permaneciendo en ellas, alimentándolos con el Pan de la vida.⁶⁶ De esta manera, Cristo es fuente de vida y hace vivir comunicando la vida divina, la vida de amor trinitario en condiciones humanas a los hombres y mujeres de la ciudad, al ser humano concreto en todos sus ámbitos vitales puesto que éste fue el camino que Cristo siguió con el misterio de su encarnación.⁶⁷

1.3 La adhesión a Jesucristo y a su proyecto del Reino

20. La irrupción definitiva del amor de Dios en Jesucristo en la historia hu-

mana es presentada por el Nuevo Testamento como "Evangelio", como "Buena Noticia", como "Palabra" definitiva que descubre el sentido de la historia y como "Reino de Dios", como presencia transformadora del amor de Dios, ofrecido y comunicado en Jesucristo a todos los seres humanos y a la creación entera.

El Reino de Dios y su llegada es el centro de la vida y de la enseñanza de Jesús. Este anuncio ya había sido planteado antes por algunos profetas del judaísmo, pero desde concepciones diferentes. El último de estos fue Juan el Bautista, para quien el Reino de Dios era un juicio divino inminente y severo. El concepto que Jesús tenía del Reino de Dios era, sin embargo, radicalmente nuevo y original.

Para Jesús, el Reino es una expresión para indicar la presencia de Dios que ordena y renueva con misericordia todas las cosas, restableciendo las relaciones entre Él y los hombres y de los hombres entre sí. El Reino de Dios es algo que Jesús mismo experimenta en su propia vida: el amor misericordioso de Dios, su Padre. Las parábolas de Jesús expresan la experiencia del Reino de Dios que acontece en lo más íntimo de su ser. Dios no se manifiesta de manera estrepitosa ni espectacular, sino en las profundidades del corazón del ser humano; Dios se hace pequeño como la levadura en la masa para transformarla y el ser humano, a su vez, debe hacerse dócil a la acción de Dios para ser transformado y renovado; Dios es el bien mayor y, por la amistad con él y la colaboración en sus designios, vale la pena dejarlo todo; Dios siembra generosamente la semilla del Reino,

dotada de virtualidades fecundísimas, busca generar un proceso y espera un fruto abundante, en la medida de la acogida que se le brinde.

Para Jesús, el tiempo ha llegado a su plenitud y la presencia del Reino de Dios es inminente y, en realidad, no sólo está al alcance de la mano, sino que ya ha comenzado a manifestarse con su misma misión. Pero, al mismo tiempo, el Reino está por venir en su plenitud.

La naturaleza fundamental de ese Reinado de Dios, manifestada en el testimonio de Jesús, tal como lo expresan los relatos de los Evangelios, es la misericordia; se trata, en efecto, de un reinado de la misericordia, como nos lo señalan, de modo especial, algunas parábolas como la del Padre Misericordioso, la del Buen Samaritano, y la oveja encontrada. Jesús educa a sus discípulos en la experiencia y en la práctica de la misericordia, para hacerlos capaces de sentir como propias las necesidades de los demás, y de inclinarse ante toda miseria y dolor humano, como lo hace el Padre Celestial, asumiendo actitudes y gestos concretos de acogida y de servicio.⁶⁸

El Reino de Dios, reino de misericordia, conduce a una completa reorientación de las relaciones humanas y a un ordenamiento de la sociedad humana según el designio de Dios. Los valores que, en sintonía con la presencia amorosa de Dios, han de caracterizar las relaciones humanas pueden resumirse en: libertad, fraternidad, paz y justicia. Por esto, la opción de Jesús por los pobres y el anuncio de su bienaventuranza se convierten en una crítica profética a la sociedad de su tiempo y a toda

forma de sociedad que se construya ajena a los valores del Reino; una invitación a construir una nueva sociedad alternativa según el proyecto de Dios. Esta actitud profética debe caracterizar la vida de sus discípulos.

Jesús es el profeta del Reino de Dios, el primer evangelizador, por cuanto todo lo que Él realiza es Buena Nueva en acto, es proclamación y manifestación del Reino de Dios; no sólo lo anuncia, sino que lo inaugura e instaura por medio de su misión. Toda su misión es un servicio al Reino de Dios, esto es, a Dios mismo, que está estableciendo su presencia misericordiosa en la tierra por medio de su mensaje, de sus palabras y de sus acciones. Centrado en el Reinado de Dios, Jesús está centrado en Dios mismo, su Padre. Y del mismo modo invita a sus discípulos a hacer del Reino de Dios su centro, criterio de toda su vida, de sus decisiones y proyectos,

así como el fundamento y el horizonte de su acción evangelizadora.

Ya en la comunidad primitiva, se fue comprendiendo cómo la realidad del Reino es inseparable de la persona misma de Jesucristo. La expresión "Reino de Dios" se fue paulatinamente asociando con la persona y la obra del Señor Jesucristo hasta llegar a significar estas realidades. Así pues, los eventos de la vida de Jesucristo, particularmente su muerte y su resurrección, precisan la predicación del Reino, le confieren todo su espesor y profundidad. La interpretación de la comunidad neotestamentaria, a propósito de la obra de Jesús, se irá centrando cada vez más en la decisiva intervención de Dios en la pascua de su Hijo e irá comprendiendo, también progresivamente, que la praxis misericordiosa de Jesús era anticipo y signo del gesto supremo del amor y de la misericordia divina, que fue la entrega de Jesús hasta la muerte para el



Procesión en la Parroquia de las Nieves

perdón de los pecados. La praxis misericordiosa de Jesús revela el propósito divino de liberar al ser humano de todo aquello que lo esclaviza y oprime y, de manera especial, de la esclavitud del pecado y de la muerte. Por esto, podemos decir que «el Reino de Dios no es un concepto, una doctrina o un programa sujeto a libre elaboración, sino que es ante todo una persona que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible»⁶⁹, único Mediador de la salvación, el Liberador, el Salvador. Así, el reino anunciado por Jesucristo tiene rostro propio e identificante, el rostro de la redención, porque es Él quien lleva a plenitud todas las criaturas.⁷⁰ Esto hace que el anuncio misionero de Jesucristo, el anuncio del Reino sea imperativo, porque todos los pueblos están llamados a conocer a su Redentor.

Jesús, además de anunciar el Reino, crea una pedagogía para hacerlo efectivo: la vida de comunidad. El propósito de Jesús, al predicar el Reino de Dios, no era propiamente enseñar una doctrina abstracta ni un conjunto de verdades sobre Él mismo. Jesús era eminentemente práctico, iba directamente a la persona, invitándola a que tomara conciencia de la realidad del amor de Dios vivo en ella, sintiera esa misma realidad y la tomara en serio en sus comportamientos cotidianos; es decir, para que por su propia libertad asumiera o no una vida coherente con el Dios vivo que habita en la persona oyente. Pero el lenguaje de Jesús habría sido inoperante y vacío, si hubiera estado desvinculado de su persona y hubie-

ra sido ajeno a la experiencia de Dios en Él y a su propio comportamiento coherente con la misma.

Por eso, lo primero que hace Jesús es compartir con otros su propia experiencia de comunión con Dios Padre, dándose a sí mismo a otros y haciéndolos sus amigos, y como fruto de esta comunión se va conformando una comunidad, que es lugar de la experiencia de Dios, de su misericordia, y anuncio para otros de su presencia (Jn 15,9; 1Jn 1,1ss.). Y es en este espacio donde se consolida la experiencia del seguimiento y del discipulado. Un seguimiento que se va revelando como incondicional, por el que acabarán dejando la familia y las propias actividades para pasar a constituir la familia de Dios, en torno a Jesús (Mc 3,31-35). También, hay otros discípulos que no dejan la familia ni la profesión, pero que sí posponen todo al seguimiento de Jesús (Lc 14,25-27).⁷¹ Las comunidades de discípulos son lugares, entonces, de la experiencia del Reino, lugares para aprender a vivir de una manera alternativa de acuerdo con los valores de ese Reino.

Junto a la vida de comunidad, también Jesús asume la pedagogía del diálogo y la pregunta, de la cercanía y el encuentro con otros en su vida diaria, de la propuesta y del respeto a la libertad; la pedagogía de la denuncia profética y de la esperanza, de los gestos y de los símbolos. E invitaba a sus discípulos a hacer lo mismo.

2. VIVIR EN JESUCRISTO RELACIONES DE COMUNIÓN

«La Palabra de Dios también nos invita a reconocer que somos pueblo: “Vosotros, que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios”(1 Pe 2,10). Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo.»

Francisco, EG 268

21. Como ya se ha indicado, el encuentro con Cristo no acontece nunca de manera individualista y se orienta por entero al establecimiento de unas relaciones nuevas entre los seres humanos que son el reflejo de la comunión existente entre las personas divinas. Esta nueva comunión tiene su concreción, su germen y fermento, su expresión visible, como lo ha querido el mismo Señor, en la Iglesia que peregrina en este mundo y que ha sido llamada y enviada a ser sacramento de salvación, es decir, signo e instrumento de la unidad de los hombres con Dios y del género humano entre sí.

El plan de evangelización nos ha llamado a una renovada toma de conciencia de nuestra identidad y pertenencia eclesial, -específicamente como Iglesia local o particular que somos- y a vivir, con mayor intensidad y de manera inculturada, las riquezas que esta contiene: su relación originaria y constitutiva con la Trinidad y, por tanto, su

condición como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo, así como su vocación fundamental a ser sacramento del Reino de Dios en medio de la sociedad urbano-rural, es decir su vocación esencialmente evangelizadora.

2.1 La arquidiócesis de Bogotá como Iglesia Particular

22. La arquidiócesis de Bogotá es una porción del Pueblo de Dios, cuyo cuidado pastoral está encomendado al Arzobispo, el Cardenal Rubén Salazar Gómez, con la cooperación del presbiterio y el diaconado permanente, de manera que, unida a su pastor y congregada por él, en el Espíritu Santo, mediante el Evangelio y la Eucaristía, constituya en medio de la región capital la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica, y realice allí la misión evangelizadora que le ha sido encomendada.⁷²

Como toda Iglesia particular, la arquidiócesis de Bogotá, guarda una relación originaria con la Iglesia universal, puesto que no nace a partir de una especie de fragmentación de la Iglesia universal, ni la Iglesia universal se constituye con la simple agregación de las Iglesias particulares; sino que hay un vínculo vivo, esencial y constante que las une entre sí, en cuanto que la Iglesia universal existe y se manifiesta en las Iglesias particulares. Por esto, dice el Concilio que las Iglesias particulares están «formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y a partir de las cuales existe una sola y única Iglesia católica».⁷³

Desde el Concilio Vaticano II, hasta el magisterio del Papa Francisco⁷⁴, re-

suenan cada vez con mayor fuerza, la necesidad de que la Iglesia Particular y, en nuestro caso, la arquidiócesis, en su conjunto, sea el sujeto por antonomasia de la acción evangelizadora; pues, además de ser la actualización y concreción de la Iglesia universal, en las condiciones socio-culturales actuales, ella hace posible una acción que favorece y permite el concurso armónico de todas y cada de una de las personas, comunidades y movimientos eclesiales que la conforman, en los distintos contextos en medio de los cuales se desenvuelve la vida y la misión eclesial. Esta renovada comprensión sobre la tarea de la Iglesia particular en su conjunto –que hemos venido desarrollando dentro del proceso de planeación de la evangelización– se ha reforzado además por el reconocimiento de nuevas situaciones, contextos y sujetos con los cuales se hace necesario desplegar una acción evangelizadora, que va más allá del ámbito de las comunidades parroquiales. La movilidad de las personas dentro de la ciudad, los nuevos escenarios sociales, los medios de comunicación social y la realidad virtual, los nuevos actores sociales, los contextos académicos e investigativos, los nuevos problemas sociales de la convivencia requieren nuevas formas de presencia que exigen una acción conjunta, específica y permanente, que debe ser discernida desde el sujeto primario de la evangelización que es la Iglesia Particular en su conjunto.

2.2 La arquidiócesis de Bogotá como ícono de la Trinidad

23. La Iglesia tiene su origen en Dios mismo; ella, aunque existe en el mun-

do, no surge ni en el acuerdo de voluntades, ni en la convergencia de intereses humanos, sino que tiene su origen en la voluntad salvífica de Dios que se ha manifestado en la historia humana para hacer a los hombres partícipes del gozo de la comunión; de ahí que se hable de la Iglesia como un “misterio de comunión”, manifestado por Jesucristo bajo los signos de la historia como un don que se contempla y se recibe. Este don se manifiesta en el tiempo, y como Jesucristo, Verbo encarnado, entra en las profundidades, complejidades y contradicciones de la existencia humana, para hacerse presente en ellas y poder irradiar la luz, la fuerza, el amor y la vida de la misma Trinidad.

La Iglesia, originada en la Trinidad, se despliega en la historia humana, como un pueblo convocado por Dios llamado a vivir a imagen de la comunión interpersonal de amor que hay en la misma Trinidad.⁷⁵ Esta comunión eclesial se genera por la participación de todos los miembros de este pueblo en los mismos bienes salvíficos: en primer lugar en la misma gracia del amor de Dios, en el don de la salvación dado en Jesucristo, en el don de la vida en el Espíritu, pero también por la comunión a nivel de las mediaciones queridas por Dios para favorecer el encuentro pleno con su misterio de amor: la Palabra, los sacramentos y el servicio de los pastores.

Y esta vida de comunión de la Iglesia camina hacia la participación plena y definitiva en la vida Trinitaria, razón por la cual, mientras peregrina en la tierra, vive el anticipo de la perfecta y definitiva comunión de los hombres, entre sí y con Dios, en el cielo.

Por tanto, la arquidiócesis de Bogotá, no se entiende a sí misma, sino desde su esencial vinculación a la Trinidad, de la cual es un ícono, en virtud de su origen trinitario, de su desarrollo en el tiempo a imagen de la Trinidad y de su destino trinitario.

2.3 La arquidiócesis de Bogotá llamada a vivir la unidad como Pueblo de Dios

24. Dios ha querido, luego de la primera alianza que estableció con el pueblo de Israel, convocar un pueblo que se congregara en la unidad, no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera un nuevo pueblo de Dios, que continuando en la historia la misión salvífica de Jesucristo, actuara como germen y fermento de la obra del Reino en medio del mundo. Este pueblo tiene por cabeza al mismo Señor Jesucristo, se edifica desde la dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo, y tiene por ley el mandato del amor como Cristo nos amó. Y su finalidad es contribuir a la dilatación y extensión del Reino de Dios presente en la historia, hasta que alcance su plenitud en el final de los tiempos.⁷⁶

Hablar de la Iglesia arquidiocesana como pueblo de Dios nos recuerda la igualdad fundamental de todos sus miembros, y su igual corresponsabilidad en la edificación de la vida de comunidad de este pueblo, así como en la misión que le corresponde; sin desconocer que se trata de un pueblo estructurado de manera orgánica, al interior del cual hay funciones diversas para la edificación común.

Pero no se trata sólo de un pueblo, sino de un pueblo que le pertenece enteramente a Dios, puesto que ha sido elegido, convocado y congregado por Él para el cumplimiento de una misión salvífica. La arquidiócesis, por tanto, como pueblo de su propiedad, está llamada a mostrar, con toda su vida social y su actividad evangelizadora, su pertenencia a Dios, en medio de otros pueblos con quienes convive en esta región capital; está llamada a transparentar la luz de la vida divina, de modo semejante a como los vitrales permiten que la luz pase por ellos. Su naturaleza sacramental⁷⁷ reclama que en ella todo lo visible sea mediación de lo invisible, que todo en ella se ordene a la transparencia del Evangelio como fruto de la experiencia salvífica de Dios. Así pues, sus instituciones y estructuras pastorales, cada una de las condiciones de vida que en ella se dan (la laical, la consagrada y la de los ministros ordenados), sus enseñanzas y sus celebraciones, los gestos de servicio y solidaridad, la lucha por la justicia y la reconciliación, todo esto existe en función del Reino de Dios y para la manifestación y actualización del propósito salvífico del Padre y del poder redentor y renovador de la pascua de Cristo.

Como pueblo de Dios, la Iglesia peregrina en la historia, tiene una misión que realizar en función de la marcha de la historia humana en su conjunto y el cumplimiento de esa misión está condicionado por las contingencias históricas que ella encuentra en cada época. Ella es siempre un pueblo en camino, en continua conversión, cuya perfecta realización tendrá lugar únicamente al final de la historia,

cuando la Jerusalén celeste desciende como una novia del cielo.

El aspecto de la localización espacio-temporal no es un criterio simplemente geográfico o sociológico, pues está en íntima relación con el principio teológico fundamental de la encarnación. El pueblo de Dios penetra en los lugares del mundo, porque es realidad de salvación; su misión tiene por objeto la persona humana, pero también el ambiente, la cultura, las tradiciones, la herencia, los territorios humanos y las condiciones sociológicas en las que se desarrolla su vida.

Juan Pablo II afirmaba con claridad: «Es en las Iglesias locales que se pueden fijar los elementos concretos de un programa – objetivos y métodos de trabajo, formación de los agentes, búsqueda de los medios necesarios – que permiten al anuncio del Evangelio alcanzar a las personas en su situación concreta, modelar las comunidades y actuar en profundidad por medio del testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura».⁷⁸

Y exhortaba a que los pastores de las Iglesias Particulares, ayudados por la participación de los diversos miembros del Pueblo de Dios, trazasen las etapas de un camino futuro, sintonizando las opciones de cada comunidad diocesana con las de las Iglesias limítrofes y con las de la Iglesia Universal.

Éste es el camino que hemos venido recorriendo desde el momento en que se nos convocó a construir el nuevo plan de evangelización: un proceso comunitario de discernimiento para

identificar con claridad el modo de ser Iglesia a la cual el Señor nos llama, en fidelidad al Evangelio y a la naturaleza íntima de la Iglesia, y a las oportunidades y desafíos que encontramos en nuestra ciudad-región de Bogotá; de tal manera que la acción de cada una de las comunidades y personas que conformamos la arquidiócesis responda, en unidad y de manera más adecuada y eficaz, a las exigencias de la evangelización en el aquí y ahora de nuestra misión.

Este discernimiento eclesial nos ha permitido identificar los desafíos que como porción del pueblo de Dios, llamado a ser sujeto global de evangelización, tenemos y que hemos plasmado en lo que llamamos “el ideal que nos une y compromete”. En este ideal hemos expresado nuestro deseo y voluntad de trabajar todos y juntos, con un solo corazón y una sola alma, con unos mismos criterios, como un sujeto global, hacia el futuro, para que todos en la arquidiócesis de Bogotá seamos realmente “pueblo de Dios”, en medio del pueblo de esta región capital, el pueblo elegido y convocado para ser germen y fermento del Reinado de Dios en este contexto de profundas transformaciones, signo de esperanza de unos cielos nuevos y de una tierra nueva, desde el compromiso por la transformación evangélica de cada ser humano y en general del tejido social de nuestra ciudad y municipios.

2.4 La arquidiócesis de Bogotá llamada a vivir la organicidad como Cuerpo de Cristo

25. En el centro del ideal que nos une

y compromete está el fundamento para comenzar a perfilar el modo de ser Iglesia al cual el Señor nos llama; se trata de una Iglesia que vive y celebra su adhesión a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino, como elementos constitutivos de su vida de fe. La expresión "adhesión" proviene del lenguaje de la física y designa la propiedad de la materia por la cual se unen dos superficies de sustancias iguales o diferentes cuando entran en contacto. La adhesión a Jesucristo indica analógicamente la unión existente entre la Iglesia y Jesucristo. Una Iglesia adherida a Jesucristo es una Iglesia que permanece en él, que hunde sus raíces en Él, en la medida en que lo reconoce como su único Señor y Salvador, en la medida en que sabe que sólo Él descubre y realiza el sentido pleno de la humanidad; una Iglesia que acepta y entiende lo dicho por el mismo Jesús: «Sin mi nada podéis hacer» (Jn 15,5).

Esta adhesión es permanencia con Cristo a través de las mediaciones de la Palabra, de la liturgia y del servicio, especialmente a favor de los más necesitados. Pero, al mismo tiempo, es seguimiento de Cristo tal y como aparece sugerido en la conclusión de la sanación de Bartimeo: «Y al momento recuperó la vista y lo seguía por el camino» (Mc 10,52). Este "camino" en la lógica del desarrollo del Evangelio de Marcos es aquel sobre el cual venía conversando con sus discípulos en el ascenso a Jerusalén, el camino del don incondicional y generoso de la propia vida hasta el sacrificio, el camino del servicio especialmente a favor de los más pequeños, el camino del discipu-

lado misionero. Es el camino que Jesús abrirá para los suyos mediante su propia entrega.

Esta adhesión a la persona de Jesucristo es inseparable de la adhesión al proyecto del Reino que Jesús había hecho el centro de su predicación y a cuya instauración Jesús dedicó su vida, su oración y su misma muerte. Este proyecto del Reino es el de una humanidad nueva transformada por la acción del Espíritu Santo; un proyecto cuyo alcance es universal, aunque la comunidad de sus discípulos guarda una relación especial con éste, por cuanto lo identifica con claridad a la luz de la revelación y porque el Espíritu Santo inhabita en cada creyente y en la Iglesia toda como en un templo. Así pues, la Iglesia recibe la misión de anunciarlo, de instaurarlo y de manifestarlo a modo de un anticipo de su definitiva realización. Habida cuenta del alcance universal de este proyecto, la Iglesia se reconoce llamada a sintonizar con todo lo humano y a potenciar todo aquello que discierna como proveniente de la acción del Espíritu Santo en el mundo y, de manera muy especial, con todo aquello que pueda propender por el establecimiento de un orden social más conforme con el plan de Dios. El compromiso de la Iglesia con el Reino del amor, de la justicia y de la paz es indicativo de la autenticidad de su adhesión a Jesucristo.

Para vivir esta adhesión a Jesucristo y a su Reino el Espíritu Santo, congrega a los creyentes en un solo pueblo que vive la gracia de su elección y de la alianza con el amor misericordioso del Padre; y suscita en todos los fieles

dones y carismas que están orientados a la edificación de la Iglesia como un único cuerpo, el Cuerpo de Cristo. La comunión arquidiocesana se expresa, entonces, en la constante participación de todos sus miembros en la misión confiada por Cristo, bajo la guía de los pastores, en la corresponsabilidad orgánica y en el diálogo respetuoso, abierto y franco.

Los distintos miembros de la Iglesia arquidiocesana, aun siendo muchos, formamos “un solo cuerpo en Cristo” (Rom 12,5), formamos el Cuerpo de Cristo (1Cor 12,27). Desde la diversidad de nuestras identidades socioculturales, así como de los dones y carismas recibidos, todos los fieles estamos llamados a la unidad y a la edificación y enriquecimiento común. Pero esta unidad va más allá de una solidaridad moral, o de una buena voluntad, y encuentra su fundamento en la condición sacramental de todos los fieles; quienes como salvados y hechos hijos de Dios en Jesucristo, entran a formar parte de una gran comunidad, que como un organismo vivo se articula y funciona desde la complementariedad de sus miembros, desde la corresponsabilidad en el ejercicio de los dones y carismas recibidos del Espíritu para la edificación mutua y el servicio a la misión evangelizadora. En este cuerpo, la cabeza es Cristo, quien con su Espíritu da unidad y cohesión a todos los miembros, congregando las diversidades en torno al Señor.

Jesucristo dijo a sus discípulos: «Ustedes son la sal de la tierra y la luz del mundo». No se dirige a cada discípulo individualmente considerado, sino a

la comunidad de sus discípulos, que debe ser en su conjunto sal de la tierra y luz del mundo. Dios no ha querido salvarnos, ni enviarnos a evangelizar, como a una masa de individuos, sino incorporándonos al cuerpo de su Hijo Jesucristo. El reino que Cristo anuncia es la soberanía del amor divino y éste sólo puede ser testificado por una comunidad de amor. Esto no significa, sin embargo, que cada discípulo no tenga un compromiso misionero propio del cual no sea responsable delante de Dios, pero incluso cuando el testigo de Cristo actúa por iniciativa personal y de forma individual lo hace siempre como miembro de la Iglesia y sostenido por la comunión con todo el Cuerpo de Cristo.

La participación es fruto de la comunión, por cuanto quienes hemos recibido los bienes salvíficos de Dios estamos llamados a unirnos en la acción salvadora a favor de todos y a ser en la Iglesia signos e instrumentos del Señor. Así pues, la Iglesia es un ámbito en el que cada uno está llamado a poner al servicio del Reino su persona y a colaborar en los diferentes aspectos de la vida eclesial de acuerdo al propio estado de vida y a los dones recibidos de Dios. Esta Iglesia de comunión particularmente se edifica por la Palabra de Dios que la conduce y por la celebración de la Eucaristía, fuente y culmen de toda su existencia.

El documento de Puebla había ya insistido bastante en la necesidad de que todos los bautizados asumieran su papel en el desarrollo de la misión de la Iglesia y se refirió a los centros de comunión y participación, a los agentes, a los medios y al diálogo para la

comunidad y la participación.⁷⁹ Dicha reflexión conserva toda su vigencia en orden a la renovación de la Iglesia como comunidad misionera.

Ahora bien, dicha participación ha de extenderse no sólo a la realización de algunas tareas confiadas a diversos tipos de personas o carismas dentro de la vida de la Iglesia, sino que debe manifestarse también en la orientación y en la planeación de la vida de la Iglesia, sin que esto implique el desconocimiento del papel que le corresponde al ministerio jerárquico. La comunidad cristiana en su conjunto goza de las luces y de la fuerza del Espíritu Santo y, por ello, todos deben y pueden expresar su palabra concerniente a la vida misma de la Iglesia, al discernimiento de las llamadas de Dios en las diferentes coyunturas históricas y a la determinación de las estrategias para llevar a cabo la misión.

En el "Instrumento de trabajo" del pasado Sínodo sobre la Nueva Evangelización se afirma vigorosamente que para anunciar de modo fecundo la palabra del Evangelio, «se requiere de una profunda comunión entre los hijos de Dios que es signo distintivo y, al mismo tiempo, anuncio»⁸⁰. Además, indica cómo la transmisión de la fe, así como acción fundamental de la Iglesia, requiere que las comunidades cristianas articulen concretamente las obras propias de la vida de la fe: «caridad, testimonio, celebración y escucha, participación compartida».

Estamos entonces, como arquidiócesis de Bogotá, ante el desafío de edificarlos como verdadero Cuerpo de

Cristo, un organismo vivo que se integra desde la diversidad de sus miembros y desde la complejidad y magnitud de las tareas evangelizadoras que es necesario llevar a cabo; un cuerpo orgánico y dinámico, que actúa con un solo corazón y una sola mente; articulando a todos los miembros, y sus distintas formas de participación, de acuerdo con sus estados de vida y sus carismas y ministerios, en una acción evangelizadora orgánica y dinámica que incida, por la fuerza del mensaje que proclama, así como por su testimonio de fe y de vida comunitaria, en los contextos que la sociedad urbano-rural nos plantea.

2.5 La arquidiócesis de Bogotá llamada a vivir el dinamismo del Espíritu Santo

26. El Espíritu Santo habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. 1Cor 3,16) y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos. Es el Espíritu quien guía a la Iglesia hacia la verdad, la unifica en la comunión, la provee con diversos dones y la embellece con sus frutos.⁸¹

La común participación del pueblo de Dios en el Espíritu divino genera, entre los discípulos de Cristo, una unidad profunda, en virtud de la cual la Iglesia no es una simple organización, sino que es un organismo vivo en el que circula la vida de Cristo resucitado, un organismo en el que cada uno de sus miembros no vive para sí, sino en función de los demás y en el que cada miembro sirve al bien de todo el cuerpo.

Jesús, durante su ministerio público, no hizo en el fondo otra cosa que

formar una comunidad-familia de discípulos destinados a colaborar con él y a prolongar su misión. Una comunidad-familia caracterizada por la vinculación con el Padre celestial y por la igualdad fundamental y fraternidad entre sus miembros. Así, Jesús dio inicio a la Iglesia durante su vida terrena. Luego, esta Iglesia quedó plenamente constituida en virtud de la efusión pas-cual del Espíritu Santo.

La vida en el Espíritu que Cristo nos comunica, además de aunarnos, nos impulsa a instaurar el reinado del amor de Dios en el mundo entero y, para ello, nos convoca a la evangelización condición para que los instrumentos externos de la comunión produzcan fruto y sean renovados los ámbitos y estructuras necesarias para la expresión y el desarrollo de la comunión eclesial. Por ello, la programación de la misión eclesial debe inspirarse toda ella en el "mandamiento nuevo" y desde una "espiritualidad de la comunión"; tal como lo expresó Juan Pablo II:

«Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Es-

piritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un "don para mí", además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber "dar" espacio al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, descon-fianza y envidias».⁸²

«La Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre».⁸³ «"Gracias al apoyo del Espíritu Santo, la Iglesia crece". Él es el alma de esta Iglesia; es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio; es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por Él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado.

Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin Él. Sin Él, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu de los

hombres. Sin Él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovistos de todo valor (...) Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: Él es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación. Pero se puede decir igualmente que Él es el término de la evangelización: solamente Él suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir, mediante la unidad en la variedad que la misma evangelización querría provocar en la comunidad cristiana. A través de Él, la evangelización penetra en los corazones, ya que Él es quien hace discernir los signos de los tiempos —signos de Dios— que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia.»⁸⁴

La arquidiócesis de Bogotá, como templo del Espíritu Santo, anhela ser dócil al dinamismo que Él le infunde para continuar la obra de la salvación iniciada en Cristo. Sólo siendo una Iglesia del Espíritu puede discernir constantemente los signos de los tiempos para identificar la voluntad de Dios y saber poner al servicio de la obra del Señor todos los medios que ha recibido para su misión. Sólo el Espíritu es el que es capaz de integrar las diversidades que encontramos en nuestra arquidiócesis y nos señalará los caminos que debemos transitar para llevar a cabo el ideal que nos une y compromete.

3. PARTICIPACIÓN, CON CRISTO, EN LA TRANSFORMACIÓN EVANGÉLICA DEL SER HUMANO Y DE LA HISTORIA

«El kerygma tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad».
Francisco, EG 177

27. La Iglesia, en el ejercicio de su misión evangelizadora, busca el encuentro entre el Dios de Jesucristo y cada ser humano.

Como lo señalaba el Papa Juan Pablo II, en su primera encíclica,

«El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús. Contemporáneamente, se toca también la más profunda obra del hombre, la esfera —queremos decir— de los corazones humanos, de las conciencias humanas y de las vicisitudes humanas».⁸⁵

El encuentro del hombre con el Evangelio presupone un anuncio significativo del mismo, es decir, un anuncio que toque al ser humano en sus búsquedas

y responda a sus dramas. Por otra parte, la tarea evangelizadora se orienta a que el ser humano pueda realizarse a plenitud en conformidad con el designio de Dios. El Evangelio es Buena Nueva de salvación para el hombre porque lo libera de todo lo que lo oprime, sobre todo del pecado y del maligno y lo abre a la alegría de conocer a Dios. «El anuncio del Evangelio lleva consigo un mensaje explícito sobre los diversos aspectos de la existencia humana y sobre el sentido de la liberación humana».⁸⁶

Por ello, el plan de evangelización, en cuanto propone un nuevo paradigma misionero y plantea un horizonte futuro para nuestra ciudad-región y en cuanto señala un ideal que debe inspirar y animar la renovación de nuestra Iglesia conlleva, necesariamente, una determinada visión del ser humano.

La visión cristiana del hombre es la interpretación que la comunidad creyente realiza de la realidad humana a la luz de la revelación. Esta interpretación se lleva a cabo siempre a partir de la propia humanidad, situada en un contexto histórico determinado. Por ello, esta reflexión tiene unos elementos básicos y permanentes y otros que obedecen más a la particularidad del desarrollo de la condición humana en un determinado momento de su incesante evolución en el tiempo. A los aspectos básicos nos referiremos en un primer momento, y a los más dependientes del actual contexto histórico, en un segundo momento.

3.1 El dato fundamental de la antropología cristiana: el misterio del hombre se esclarece en el misterio del Verbo encarnado⁸⁷

28. El proyecto cristiano del hombre puede ser definido como el camino de Adán hasta Cristo (Cf. 1 Cor 15,47-49), teniendo en cuenta que Adán es sólo figura del que había de venir (Rom 5,14); en la economía de la salvación, el primer hombre está ya desde el principio bajo el signo de Cristo. Como lo afirma San Pablo en la carta a los Colosenses, «todo ha sido creado en, por y para Cristo» (Col 1,16). Por lo tanto, sólo en Cristo el conjunto de dimensiones que constituyen al ser humano encuentra su unidad. La salvación ofrecida por Cristo es la plenitud de la existencia humana y no un añadido exterior a un hombre ya constituido. Esta convicción es una motivación fundamental en la respuesta actual que queremos dar al llamado que Dios nos hace hoy a evangelizar. Reconocemos que el encuentro con Cristo y la adhesión profunda a su persona y a su proyecto del reino son vitales para que cada ser humano se realice a plenitud, alcance su plena estatura y su felicidad en comunión con sus semejantes.

De esta concepción central se derivan diversos aspectos o características de la visión cristiana del ser humano que en una perspectiva evangelizadora reflexionamos a continuación.

3.2 El ser humano, un ser siempre en búsqueda

29. El ser humano es un proyecto siempre abierto, nunca está terminado. Hay, en lo profundo de su ser, una perenne insatisfacción que lo lleva a buscar nuevas comprensiones y a fijarse nuevas metas. La insatisfacción constitutiva del ser humano es signo

de la radical orientación de su ser hacia el infinito.

El ser humano se construye en el tiempo, a partir de las opciones que toma en la cotidianidad y es, a la vez, heredero de un patrimonio familiar y cultural que lo modela y forjador de un legado que influirá en las futuras generaciones.

En el ejercicio de la misión evangelizadora es muy importante ayudar a las personas, especialmente a los jóvenes, a tomar conciencia de los dinamismos propios que los habitan y a interpretarlos en la perspectiva de la vocación divina que constituye a todo ser humano en la intimidad de su ser. Es necesaria una pedagogía que contribuya al planteamiento de las cuestiones vitales del ser humano, pues, de modo contrario, se corre el riesgo de que el Evangelio caiga en el vacío y no sea valorado.

Así mismo, desde esta perspectiva es indispensable proponer el cristianismo como un auténtico humanismo, lograr que tanto su encarnación en el contexto actual, como su conceptualización teológica, se sitúen en la perspectiva de las búsquedas humanas.

La imagen bíblica de la sal y la luz, que condensa el llamamiento que Dios nos está haciendo en este momento de la historia de nuestra Iglesia local, supone la mutua referencia entre el misterio del Cristo y la realidad del ser humano en medio de nuestro mundo urbano-rural en transición. La Buena Nueva busca, por tanto, ser fuerza y luz que impulse y oriente esas transformaciones que está viviendo el ser huma-

no, para que sea el misterio de Jesucristo, rostro divino del hombre y rostro humano de Dios, quien brille en medio de muchas otras voces y propuestas, legítimas, que expresan las búsquedas humanas. ¿Qué sería de una levadura sin una masa que fermentar? ¿Qué sería una masa sin posibilidad de ser fermentada?

3.3 El ser humano, un ser creado a imagen y semejanza de Dios

30. La apertura del ser humano hacia nuevas realizaciones y su inconformidad ante el mal son signos de la vocación trascendente del ser humano. San Agustín lo expresó claramente al exclamar: «Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en ti». La expresión bíblica del hombre creado a imagen de Dios es abierta y podría significar simplemente “parecido a Dios”. Este parecido con Dios ha sido objeto de diversas interpretaciones a lo largo de la historia del pensamiento cristiano. Algunos lo han definido en función de dos facultades características del ser humano: la inteligencia y la libertad. Otros han planteado el tema de la imagen justamente en función del dinamismo trascendental del ser humano o, en términos más clásicos, del deseo natural de Dios.

En cierto sentido, el hombre es un misterio, ya que se supera continuamente a sí mismo hacia una trascendencia que va más allá de su simple condición de criatura y de la satisfacción de sus necesidades materiales.

Así pues el hombre y Dios se parecerían precisamente en que solo Dios basta para Dios mismo y para el hombre.

El Papa Juan Pablo II, en su primera encíclica, subrayó con claridad que, por su naturaleza, el ser humano sólo puede encontrar su plena realización en el misterio de la redención:

«El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor, como se ha dicho anteriormente, revela plenamente el hombre al mismo hombre»⁸⁸

Así mismo, el Papa Francisco, al final de su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, recuerda este elemento esencial de la antropología cristiana y anota que su olvido puede ser causa del debilitamiento del fervor misionero: «A veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno».⁸⁹

Esta es, por así decirlo, la columna vertebral de la antropología cristiana. El hombre ha sido creado para el amor a Dios y para el amor al prójimo y esta columna debe darle estructura y unidad a todas las demás dimensiones del ser humano. En orden a dicha vocación la constitución del ser humano es una y plural, es un ser corpóreo-espiritual, llamado en la totalidad de su ser a responder a la llamada de Dios y a participar en la gloria de Cristo.

Este aspecto “teológico” de la antropología cristiana implica denunciar como reductor cualquier tipo de proyecto que pretenda la realización humana en la pura inmanencia, en la simple satisfacción de las necesidades materiales o en la implementación de un ordenamiento socio-político, por perfecto que éste pueda imaginarse.

En el ideal que nos une y compromete, planteado en el plan E como respuesta al problema focal de la arquidiócesis, aparece como un elemento indeclinable de la misión de la Iglesia el anuncio de Jesucristo, pues sabemos que ningún servicio a la persona humana y a la sociedad puede ser más valioso que propiciar el encuentro con Jesucristo para que, en comunión con él, las personas tengan vida y vida en abundancia.

3.4 El ser humano, un ser libre

31. El ser humano tiene la capacidad de disponer de sí de cara a Dios y a la configuración de su existencia. Esta ordenación de la vida como una totalidad se da en la medida en que la persona descubre un sentido, un ideal para su existencia y opta sin coerciones o presiones por encausarse hacia ese sentido. Nada que pretenda construir verdaderamente al ser humano puede serle impuesto desde afuera. La persona humana sólo puede ser solicitada según su naturaleza racional y libre.

En nuestros días no siempre se dan las condiciones para que las personas tomen conciencia de los dinamismos profundos que habitan su condición humana. Esto conduce, frecuentemente, a vivir la propia existencia sin un nor-

te definido, a dejarse llevar por la cultura dominante, sin adoptar una actitud crítica frente a sus valores, propuestas y modelos de vida. Así la persona, con frecuencia, descuida aspectos vitales de su humanidad, se centra sólo en unos elementos, generando un desequilibrio, a la postre frustrante y alienante.

En el ideal y en los objetivos del plan E se cualifica la actitud desde la que queremos anunciar a Jesucristo y contribuir en la construcción de una nueva sociedad con los siguientes adjetivos: dialogante, profética y propositiva. Estos adjetivos reflejan la praxis evangelizadora de Jesucristo siempre respetuoso de la libertad humana. Por eso, para la Iglesia, anunciar el evangelio en el respeto de la libertad no es una estrategia o táctica forzada por las actuales circunstancias, sino que es inherente a su fidelidad a Jesucristo.

Los tres adjetivos están íntimamente relacionados con la libertad de los interlocutores de nuestra acción evangelizadora. Se trata, en primer lugar, de una actitud dialogante. El diálogo se sitúa en el polo opuesto a la imposición, pues supone el encuentro de personas libres y pensantes que pueden enriquecerse mutuamente a través de la palabra que se dirigen. La etimología de la palabra "diálogo", "a través de la palabra", indica la opción por la palabra para acercarse al otro y, por lo tanto, la renuncia a cualquier tipo de violencia o de manipulación.

Ahora bien, esta actitud de diálogo implica que cada uno pueda expresar lo que sabe, cree y siente. Desde esta perspectiva debe entenderse el adjeti-

vo profético. Como fruto del discernimiento, es decir, de la escucha de Dios, se anuncia la verdad del Evangelio, verdad que puede bien confirmar hallazgos humanos o significar, por el contrario, una postura crítica y de denuncia.

Al mismo tiempo, se trata de una actitud propositiva, es decir, que se atreve a interpelar la libertad del otro y que plantea sin complejos utopías sociales y mediaciones para alcanzarlas, a partir de las riquezas inagotables del Evangelio. La actitud propositiva implica también renunciar a tener todas las respuestas a todos los problemas o a remplazar al otro en el necesario discernimiento de aquello que quiera asumir en la construcción de su existencia o de la sociedad.

Como muchas personas hoy viven simplemente en la lógica de la producción y el consumo, uno de los objetivos fundamentales de las acciones específicamente misioneras y aun de las catecumenales consiste, precisamente, en ayudar a captar la realidad del propio misterio, las finalidades auto-trascendentes del hombre, para que la propuesta evangélica responda a necesidades auténticas y pueda ser acogida y aceptada en libertad como un camino de realización personal y de desarrollo social.

3.5 El ser humano, un ser social

32. El hombre nace dotado de dos herencias: una genética y una cultural. Las primeras etapas de la vida exigen de tal manera la comunidad que sin ella la vida humana no subsiste. La interdependencia humana es evidente desde la concepción hasta la constatación de que tenemos siempre necesidad de

los demás para crecer y realizarnos en todos los campos. La corporeidad, a la vez que nos limita y separa frente al resto del mundo, nos pone también en inmediata relación con el mundo y con los demás seres humanos.

La psicología nos ha enseñado que la conciencia de nuestro propio yo nace en el encuentro con un tú, en primer lugar el de los padres. El dato original del que partimos en nuestra existencia no es sólo la autoconciencia, sino, simultáneamente, la relación y la diferenciación con los demás. Pensemos en el fenómeno del lenguaje con el que nos expresamos a nosotros mismos y nos comunicamos con los demás. Todo lenguaje supone una comunidad.

La influencia del medio social sobre el individuo no cesa con la llegada a la edad adulta. El ser humano en todas las etapas de la vida sigue siendo incapaz de atender por sí solo a todas sus necesidades; ha de insertarse, entonces, quiéralo o no, en una sociedad especializada.

Sin embargo, para el hombre la dimensión social de su ser no significa solamente recibir ayuda de los demás o situarse dentro de una cultura. Implica también descubrir que el sentido mismo de la existencia está ligado a la llamada del otro que quiere ser alguien delante de mí, o que me invita a ser alguien delante de él, en el amor y en la construcción de un mundo más humano. La presencia del otro es exigencia de reconocimiento y apelación a mi responsabilidad.

Así pues, la dimensión social del hombre no es exclusivamente receptiva,

sino también oblativa. El individuo no tiene solamente necesidad de recibir, sino también de dar, de comprometerse con los demás, de tal manera que si este impulso no encuentra su realización, la personalidad humana se empobrece.

De hecho, el proyecto humano se realiza siempre gracias al acompañamiento de otros y encuentra en el diálogo un potencial decisivo para su diseño, su realización y su revisión constante.

Nuestro plan de evangelización ha querido poner de relieve la dimensión comunitaria de la fe. Al fin y al cabo, nuestra fe se orienta al Dios uno y trino, al Dios del amor, al Dios que es comunidad de amor y que nos ha creado para hacernos partícipes del gozo de la comunión. Así como hay en el ser humano un deseo natural de Dios, podríamos decir que hay también en él un deseo natural de comunión sobrenatural, esto es, fundada en los vínculos que sólo el Espíritu de Dios puede suscitar entre los hombres.

En el ideal que nos une y compromete, la arquidiócesis de Bogotá se define por su condición de pueblo de Dios y propone como primer criterio de la verdad de su adhesión a la persona de Cristo y a su proyecto del Reino, que su fidelidad al Evangelio se exprese en la «vida de comunidad, mediante la participación orgánica y dinámica de todos sus miembros y la renovación constante de sus estructuras de comunión».⁹⁰

Esta insistencia en la dimensión comunitaria de la tarea evangelizadora pone de relieve la conciencia sobre el





Capilla de la Inmaculada Concepción. Vereda 36. La Calera

carácter social del plan de Dios que no ha querido llamarnos como a una polvareda de individuos, sino hacernos partícipes de la comunión divina para ser sacramento de salvación en medio del mundo. Dios es amor y la comunicación de su gracia sólo se puede efectuar y verificar en la vida de la comunidad, como espacio privilegiado para la transformación de las relaciones humanas por los valores del Reino.

Así pues, el plan E está en consonancia con la ferviente exhortación del Papa Francisco a «descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos». ⁹¹ Contrario a la sociedad que invita al anonimato, al egoísmo y al individualismo, «el evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo». ⁹² Para el mismo Papa, la dimensión comunitaria de la fe y de la vida es también contraria a todas esas «formas de espiritualidad de bienestar sin comunidad, a una teología de la prosperidad sin compromiso fraterno y a experiencias subjetivas sin rostros que se reducen a una búsqueda interior inmanentista». ⁹³

3.6 El ser humano, un ser cultural llamado a transformar la historia

33. El ser humano es un ser situado en el mundo, el mundo en cuanto entorno natural y en cuanto entorno cultural, que se construye. El mundo del hombre no es simplemente un “contenedor” en el que el individuo se

encuentre como una cosa más. El mundo antropológico va más allá del mundo físico y es el conjunto de realidades físicas, sociales, políticas, espirituales, morales, religiosas y personales que dan forma y figura a la existencia personal. La persona humana no puede ser nunca alcanzada simplemente en el ámbito de la individualidad, sino en su interacción con el mundo en el que vive.

En cuanto es un ser simbólico, es decir, capaz de generar y atribuir significados a las cosas, a las acciones, a sí mismo, humanizando su entorno, el ser humano va generando una cultura; va participando, junto con los otros, en la construcción de su realidad social, de su cultura, configurando y cultivando una identidad, un estilo particular de relacionarse con los otros, con la naturaleza y con Dios; va generando unos imaginarios, una red de significaciones desde las cuales interpreta su vida, afronta los problemas de la existencia y se proyecta en el mundo.

Según lo había ya indicado el Vaticano II, aunque haya que distinguir cuidadosamente entre Reino de Dios y progreso temporal, este último interesa grandemente al Reino de Dios. En virtud del mandamiento del amor, de la interrelación entre la persona y su entorno y de la unidad existente entre el orden de la creación y el de la salvación, la Iglesia no puede desentenderse en su quehacer evangelizador de la transformación del mundo y de los diversos órdenes socio-temporales que van tomando forma en la historia. Tampoco puede absolutizarlos, como ocurriría si estableciera una identificación

entre cualquier orden sociotemporal y el Reino de Dios que siempre trasciende las construcciones puramente humanas.

Tanto en el paradigma como en la idea fuerza de nuestro plan hay una clara referencia desde la adhesión al proyecto del reino a la fermentación de nuestra sociedad y un llamado muy claro a que cada bautizado y la Iglesia, como un sujeto social, asuma su responsabilidad en la construcción de un mundo más conforme con el designio de Dios.

Cada bautizado debe, en orden a la transformación del mundo, descubrir su condición de vida en la Iglesia, ya sea la laical, la religiosa o la del ministerio ordenado y desde ella contribuir al desarrollo de la sociedad, ya que en virtud del misterio de la encarnación toda vocación cristiana tiene una dimensión secular, esto es, tiene una referencia al servicio del mundo y de la sociedad.

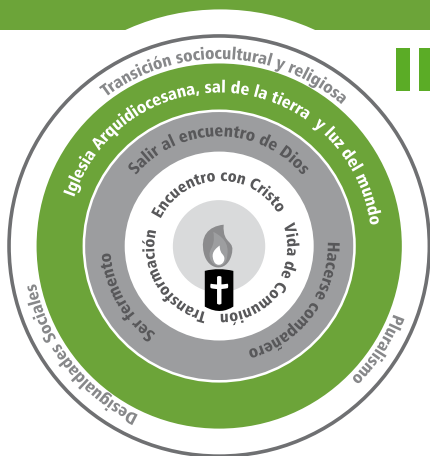
3.7 El hombre, un ser afectado por la condición histórica de la humanidad pecadora

34. Habida cuenta del carácter finito de la libertad humana, la persona puede tomar decisiones que no contribuyan a la consolidación de su identidad personal, sino que, por el contrario, la replieguen de manera destructiva sobre sí misma o sobre bienes parciales, incapaces de procurarle la auto-realización trascendente de su ser. Al mismo

tiempo, la realidad del pecado toma cuerpo en el orden de las relaciones humanas y sociales y en estructuras que, en lugar de favorecer una interacción fecunda y constructiva entre los seres humanos, generan divisiones e injusticias.

La Iglesia en el ejercicio de su misión toma distancia tanto del pesimismo, que sólo vería en el hombre y en el mundo la presencia del mal y del pecado, como de un optimismo ingenuo que cierra los ojos a esta realidad. Por ello, es siempre necesario el ejercicio de un discernimiento que, a la luz del misterio pascual, purifique las mentes y los corazones y permita reconocer y secundar la acción del Espíritu en el mundo.⁹⁴

Durante la etapa de discernimiento para la elaboración del plan E, se han evitado los extremos arriba mencionados, por eso se subrayan las luces, los signos de esperanza, no sólo a nivel de la Iglesia, sino en general del mundo. La actitud dialogante que atraviesa todo el plan supone el reconocimiento de la presencia de Dios en el mundo más allá de las fronteras intraeclesiales. Pero al mismo tiempo, no se desconoce la realidad del pecado en sus múltiples manifestaciones, la primera de ellas el debilitamiento de la adhesión a Jesucristo en quienes hemos sido llamados por el bautismo a ser testigos de la resurrección de Jesucristo.



III. LLAMADOS, POR LA PALABRA DE DIOS, A SER SAL Y LUZ EN MEDIO DEL MUNDO

Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atraviere épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina.

Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre «nueva».

Francisco, EG 11

35. En la Escritura encontramos gran variedad de recursos metafóricos que utiliza Jesús para referirse tanto a la presencia del Reino de Dios, al significado de la relación de la Iglesia con el mundo y al modo de ser discípulos suyos. Para el caso de la arquidiócesis de Bogotá las imágenes de “sal de la tierra” y “luz del mundo”, luego de un proceso de discernimiento en la construcción del plan de evangelización, se ven como aquellas que pueden orientar el ser y hacer de la Iglesia hoy. Son imágenes que van a permitir a la arquidiócesis de Bogotá realizar con fidelidad su vocación y misión de ser “sacramento” de salvación.

En efecto, como se afirma en el documento del plan E: «son imágenes que nos inspiran a realizar con fidelidad nuestra vocación

y misión de ser, en Cristo, sacramento de salvación en medio de nuestra región capital: una iglesia que viva intencionalmente su identidad, en actitud de diálogo y de interacción fecunda con la cultura en transición, el pluralismo y las condiciones de desigualdad social que nos caracterizan». ⁹⁵ Nos ayudan, entonces, a comprender y asumir la Iglesia que Dios quiere y la ciudad necesita.

Dichas imágenes también se convierten en criterio de discernimiento de los modos actuales de evangelizar y de ser Iglesia. Al hacer suyas estas alusiones en su modo de ser Iglesia y evangelizar, la Arquidiócesis acoge el llamado del Papa Francisco a la transformación misionera de la Iglesia y a la conversión pastoral guiados por el llamado del Señor a ser sal de la tierra y luz del mundo, por la acogida del Reino, en el espíritu de las bienaventuranzas.

1. LA PALABRA QUE NOS INTERPELA Y NOS ILUMINA EL CAMINO

36. Las palabras de Jesús que el evangelista Mateo nos relata en el Sermón de la Montaña, las que concluyen el discurso de las Bienaventuranzas, se han hecho particularmente significativas durante el proceso de discernimiento y se han elegido como las Palabras del Maestro que nos señalan el horizonte futuro y el paradigma de evangelización que queremos asumir en la arquidiócesis de Bogotá: ser sal de la tierra y luz del mundo. ⁹⁶

«Viendo la muchedumbre, Jesús subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les

enseñaba diciendo:

“Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.

Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que construyen la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por hacer la voluntad de Dios, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados serán cuando los injurien y los persigan y digan contra ustedes toda clase de calumnias por causa mía. Alegrarse y regocijarse, porque su recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a ustedes.

Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿cómo se salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres.

Ustedes son la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se

enciende una lámpara de aceite para cubrirla con una vasija de barro; sino que se pone sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa.

Brille así su luz delante de los hombres, para que al ver sus buenas obras, glorifiquen a su Padre que está en los cielos» Mateo 5,1-16

La declaración de Jesús: «*Ustedes son la sal de la tierra... Ustedes son la luz del mundo*» tiene una estrecha relación con las bienaventuranzas; Jesús se está dirigiendo al grupo de sus discípulos, a aquellos que serán eventualmente perseguidos por comprometerse con su persona y con su mensaje. Después de decirles a los oyentes cómo pertenecer al Reino, vivir en el proyecto del Reino, Jesús les habla de su papel en el mundo, de modo tal que no pierdan el ánimo ante las dificultades que puedan experimentar en el cumplimiento de la misión, y lo hace valiéndose de estas dos imágenes sugerentes: la sal y la luz, palabras que el evangelista recuerda con fuerza a su comunidad.

Como la sal es necesaria e insustituible en la alimentación cotidiana, así los discípulos tienen en el mundo una misión única y necesaria: dar sabor. Por otra parte, la expresión “*de la tierra*” en este versículo no se refiere al *humus* para los cultivos, sino al mundo humano. Los discípulos, por tanto, están en relación con el mundo, esto es, con la humanidad entera; aquello que la sal es para los alimentos, deben ser los discípulos para la humanidad: fuente de sabor para ellos mismos y para otros.

Pero los discípulos sólo podrán ser sal de la humanidad cuando sean verdaderamente sabios, esto es, cuando vivan según el espíritu de las bienaventuranzas, cuando encuentren el Reino de Dios, como ese tesoro escondido de la parábola y vendan todo para quedarse con Él. El sabio no es simplemente aquel que posee un conocimiento de orden intelectual, sino quien sabe vivir, porque ha descubierto aquello que le da gusto a la vida. La comunidad de los discípulos dará sabor a la humanidad en la medida en que descubre el sentido último de su existencia humana, en el encuentro con Jesucristo Resucitado, y en cuanto asume y propone a todos su estilo de vida, que confiere plenitud a la vida humana. Cristo declara que la comunidad de sus discípulos existe para interactuar con todas las personas; no vive sólo para sí misma, sino para la relación con el mundo, y de ahí la fuerza de la segunda imagen.

La imagen de la luz ha sido aplicada, en la Sagrada Escritura, a Dios, a Israel, a algunos individuos, al Siervo de Yahvé, a la Torah y a Jerusalén. Pero particularmente resuena referida a Dios, quien es reconocido como la Luz de Jerusalén, la Luz de su Pueblo, quien a su vez hace de su Pueblo una luz para otros: «*Levántate y resplandece, Jerusalén, porque viene tu luz: la gloria del Señor brilla sobre ti... Bajo tu luz caminarán los pueblos y los reyes al resplandor de tu aurora*» (Is 60, 1-3). El Evangelista Mateo reconoce cómo esta tarea es ahora confiada a todos los discípulos, quienes están llamados a asegurar la continuidad de la misión de Jesucristo en el mundo, ya que ellos se convierten

en luz del mundo en la medida en que son el reflejo auténtico de la vida y de la enseñanza de Jesús.

La Iglesia trae la luz al mundo, pero esta luz que trae no es suya; es la Luz de Cristo. La Iglesia no ha de querer ser sol, sino que debe alegrarse de ser luna, de recibir toda su luz del sol y de hacerla resplandecer en medio de la noche. La imagen de la luna ayuda a captar también la naturaleza misionera de la Iglesia. Ella es, a su modo, responsable de la Luz de Cristo que está llamada a reflejar. No se debe empañar o apagar el reflejo de esa Luz, sino que la Iglesia debe difundirla en la noche de las búsquedas del ser humano. De la misma manera que una luz encendida pero escondida no tiene sentido, no realiza su razón de ser, un discípulo que no es misionero, que no refleja la Luz de Cristo no tiene sentido; sólo al irradiar la belleza de la fe a otros y dar testimonio del encuentro salvífico con Cristo, y del plan de Dios para el universo, se realiza la verdadera identidad del discípulo.

Si la sal da sabor, y hace referencia a la sabiduría, la sal desvirtuada hace referencia a la necesidad de los discípulos. Necio es aquel discípulo que ha perdido el sentido vivo de la fe, es el cristiano sin sentido de su vocación y misión, es un discípulo y una Iglesia que han perdido su capacidad de ser fermento. La sal sosa se refiere a un cristianismo desapercibido e insignificante para el mundo; a un modo de ser discípulo e Iglesia que ha dejado de lado su condición de ser señal de contradicción, para adoptar una postura de asimila-

ción acrítica de la cultura dominante o de cómoda complicidad con el espíritu del mundo. Aparecida nos da una descripción de este tipo de fe que es sal desvirtuada: es «una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados... Es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad».⁹⁷

Por tanto, estas imágenes de la Sagrada Escritura, unidas al anuncio gozoso del programa del Reino de Dios, al cual todos somos invitados, como intérpretes del momento que vivimos en la arquidiócesis de Bogotá y como horizonte para comprender nuestra misión hacia el futuro, nos darán las luces, los caminos y criterios que estamos llamados a trabajar en la vivencia de nuestra vocación y misión como Iglesia Particular, al servicio del Reino de Dios presente en nuestra ciudad-región. Asimiladas en toda su riqueza, estas palabras del Señor nos guiarán en nuestra conversión personal, colectiva y pastoral, con el fin de superar los procesos de evangelización superficiales, desvirtuados, sin luz, y nos llevarán así a aprender a evangelizar «no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces, la cultura y las culturas del ser humano».⁹⁸

2. LA PALABRA INTERPELA NUESTRO CONTEXTO ECLESIAL ARQUIDIOCESANO ACTUAL

37. La Iglesia no es simplemente una institución, sino un organismo vivo habitado por la presencia del Espíritu de Dios. Al mismo tiempo reconocemos que está formada por seres humanos, abiertos a la acción del Espíritu, pero también frágiles y pecadores. Por eso, hemos querido hacer muchas consultas que nos han permitido reconocer nuestra situación actual, desde la cual somos llamados por el Señor a poner nos en camino de renovación.

2.1. Nuestro problema focal

38. Fruto del discernimiento de la amplia consulta que se hizo en todos los ambientes posibles de la arquidiócesis de Bogotá durante la construcción del plan E, se identificó un problema fundamental y central del que derivan las mayores dificultades de nuestra Iglesia para estar al tenor de los tiempos actuales y responder de la manera más pertinente al clamor y sufrimiento de las personas que habitan nuestra región capital. Este problema focal fue expresado de la siguiente manera:

«La arquidiócesis de Bogotá, como Pueblo de Dios que peregrina en medio de esta ciudad-región, muestra una débil adhesión a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino que le impide leer e interpretar, en las circunstancias actuales de pluriculturalidad, cambios permanentes e injusticias sociales, los signos de la presencia salvadora de Dios para ponerse a su

servicio. Consecuentemente, a pesar de sus esfuerzos evangelizadores, prevalece un modo de ser Iglesia caracterizado por una pastoral de conservación, sin ímpetu misionero, de simple gestión de prácticas religiosas, poca participación, activismo individualista y asistencialismo; así nuestra Iglesia continúa recorriendo un camino paralelo a la vida y preocupaciones de la gente».

Este problema focal, lejos de entender que todo lo que hacen actualmente los ministros ordenados, los laicos o las comunidades religiosas esté equivocado, lo que busca es llamar la atención en la pertinencia o no de las prácticas evangelizadoras que se realizan, teniendo en cuenta la realidad cambiante y el proceso de secularización que vivimos en nuestra región capital. Son muchas las acciones evangelizadoras que se realizan en la ciudad y los municipios aledaños, que han sido buenas, adecuadas y pertinentes para secundar al Espíritu, pero que quizá –y eso solo se sabrá con el discernimiento al que está llamado cada miembro del Pueblo de Dios- ya no responden tan eficazmente a las preguntas y búsquedas de las personas de nuestro tiempo.

El problema focal identificado pone el acento en una débil adhesión, una frágil unión a Jesucristo y su propuesta del Reino de Dios. No se trata de un juicio de carácter global y moral que desconozca que por la gracia del Señor no haya creyentes profundamente unidos a la persona de Jesús y estrechamente vinculados con la causa del Reino o que no haya en la mayoría de los fieles una adhesión a la persona de

Jesucristo, pero sí que está adhesión pudiera ser más vigorosa y expresarse en un compromiso más decidido con el proyecto del Reino de Dios para esta región capital.

Miremos ahora bajo el prisma del problema focal las diferentes luces y sombras que hemos percibido en el hoy de nuestra arquidiócesis de Bogotá.

2.2. El estilo evangelizador⁹⁹

39. La consecuencia primera de nuestra débil adhesión a Jesucristo es que no estamos reconociendo tan fácilmente qué es lo que Dios está haciendo aun en las dramáticas situaciones de transformación social y cultural, en la pluralidad de maneras de comprender la vida, el cuerpo, la sociedad, la cultura, la religión, etc.

«La debilidad de nuestra adhesión a Cristo y a su proyecto del Reino nos hace incapaces de leer, en las circunstancias actuales, los signos de la presencia y de los planes de Dios y por tanto de afrontar con una actitud creyente y transformadora estas mismas circunstancias. Vemos la fuerza y extensión de las dudas, los escepticismos, las falsas imágenes de Jesucristo y una vida en un gris pragmatismo que llamamos, con las palabras de Aparecida: “pastoral de conservación”». ¹⁰⁰

Esta dificultad de “leer los signos de los tiempos”, que se ha percibido con claridad en las últimas décadas a nivel mundial, nos ha llevado, a su vez, a que los importantes esfuerzos de la Iglesia Arquidiocesana, se queden en la autorreferencialidad, en acciones que no

transforman la vida cotidiana; en actos que se pueden desligar de las angustias, afanes y anhelos de las personas; en prácticas descontextualizadas y desarticuladas entre sí.

Y es precisamente esta insuficiente lectura de fe sobre la realidad la que conduce a lo que el problema focal denomina, tomando las palabras de Aparecida, una “pastoral de conservación”¹⁰¹, sin ímpetu misionero y limitada a una simple gestión de prácticas religiosas.

Sin embargo, es necesario anotar, que junto a esta toma de consciencia sobre nuestra debilidad, no dejamos por ello de reconocer que la opción de nuestro pasado Sínodo Arquidiocesano por una espiritualidad samaritana implicó también un progreso en los modos de presentación y actuación de la Iglesia arquidiocesana que ha hecho esfuerzos por aparecer más atenta a los signos de los tiempos, más acogedora, disponible para el servicio, especialmente, de los más necesitados. Es indudable la actual presencia samaritana de la Iglesia en la ciudad y en los municipios, que muestra la solidaridad y preocupación por atender a las necesidades de los demás y a la búsqueda de la justicia y de la paz. Así mismo, es grande el número de laicos, sacerdotes, diáconos y consagrados que, desde las parroquias o desde distintas organizaciones, está comprometido con los más pobres y necesitados, en una labor de promoción humana integral. Se destaca la atención hacia los enfermos y la preocupación por los privados de la libertad, así como institucionalmente es significativa la red de

ayuda que genera y apoya el Banco de Alimentos y el Centro de Atención al Migrante. También se resalta el recurso a las tecnologías de la comunicación y las posibilidades que brinda para la evangelización.

Así mismo, es necesario reconocer que el estilo evangelizador de nuestra Iglesia ha evitado los escollos de una ideologización de la fe cristiana en función de utopías meramente terrenas, así como el de un espiritualismo desencarnado, ajeno a las vicisitudes históricas.

2.3. Los sujetos evangelizadores

40. Se reconoce la existencia de un gran número de fieles católicos que, comprometidos con Jesucristo y con su Iglesia, hacen presencia en los diversos espacios eclesiales, especialmente en las parroquias, en movimientos apostólicos, en asociaciones de fieles y en comunidades religiosas, en la vivencia de los sacramentos, en la vida comunitaria y en apostolados hacia los pobres y necesitados. Muchos de ellos participaron con gran interés en el proceso de convocación y construcción del plan E y ahora esperan con anhelo los espacios y tareas para poner en marcha las acciones que nos lleven a acercarnos aún más a Jesucristo y a su Reino. «Muchos han expresado su preocupación y su clamor ante una gran cantidad de aspectos de la vida de la comunidad arquidiocesana y de su acción evangelizadora que requieren una renovación o transformación por no estar conformes con el Evangelio o por estar distantes de la realidad que estamos viviendo y ser, por tan-

to, incapaces de entrar en un diálogo evangelizador con los nuevos tiempos y circunstancias. De igual manera han sabido expresar sus esperanzas, al reconocer la fuerza y la presencia del Espíritu que nos acompaña, y han manifestado su actitud de conversión y de compromiso para que la Iglesia de Bogotá tenga un nuevo rostro más vivo y misionero».¹⁰²

Muchos sacerdotes, religiosos y religiosas, diáconos permanentes y laicos viven con radicalidad, con amor y con entrega su misión y logran transparentar a Jesucristo con sus palabras, obras y acciones, a pesar de las dificultades que la vida consagrada, ministerial y laical implica en el mundo contemporáneo.

La difusión de una nueva comprensión del bautismo como “discipulado misionero” ha aportado en la esperanza y renovación de las promesas y renunciaciones que implica. Se percibe la sed de muchos de un mayor acompañamiento espiritual, formación y trabajo sobre la propia espiritualidad y sobre su misión de ser sal y luz en el mundo.

Hay un evidente despertar de los laicos, tanto en la consciencia de su identidad como en su compromiso misionero, que los lleva a tomar iniciativas de servicio eclesial en el ámbito político, económico, ecológico y cultural. Muchos laicos buscan actualmente formación participando en talleres, conferencias y estudios sistemáticos sobre Sagradas Escrituras, liturgia y teología. Se destaca la presencia y mayor participación de la mujer en la evangelización, así como la multiplicación de pe-

queñas comunidades y movimientos de jóvenes.

Adicionalmente, se reconocen los ingentes esfuerzos de los seminarios por dar una formación inicial contextualizada a los sacerdotes y diáconos permanentes. Se valora con cariño el testimonio y presencia cercana y comprometida de muchos sacerdotes en medio de sus comunidades. Hay esfuerzos por una vida más fraterna entre los sacerdotes, con el desarrollo de las "Comunidades de Vida Sacerdotal" que se han iniciado. También se destaca la presencia comprometida y significativa de la vida consagrada.

No obstante, el dato más reiterado en toda la consulta es el reconocimiento de la pérdida de la identidad cristiana y de la falta de autenticidad en nuestra vida cotidiana. Hay un gran clamor por la fidelidad a Jesucristo, a su Reino y a su Iglesia, y por tanto una petición de testimonio y coherencia: que actuemos conforme a lo que profesamos desde nuestra fe; que haya coherencia entre lo que creemos, decimos y hacemos, cada uno y en conjunto. El debilitamiento de nuestra condición de discípulos misioneros reduce la pasión y la audacia misioneras y nos priva del principal y fundamental medio de evangelización que es el testimonio.

Sin desconocer los progresos mencionados en la auto comprensión samaritana de la Iglesia, también ha manifestado el pueblo de Dios su reclamo y su anhelo de que todos los discípulos de Jesucristo tengamos una actitud más misericordiosa y solidaria frente a los demás ciudadanos, especialmente

hacia los más pobres y hacia los que no piensan como nosotros y frente a los graves problemas sociales que marcan la vida de la ciudad y los municipios. Éste es un elemento esencial de la identidad cristiana que es necesario cultivar. Nos falta hacernos más visibles a incidir en la construcción de la ciudad querida por Dios, y por tanto, se hace urgente una formación para la presencia transformadora de los discípulos misioneros en la vida social. También se pide que haya un mayor cultivo de la vida espiritual y de la oración.

«De los ministros ordenados –obispos, presbíteros y diáconos permanentes- se espera un mejor ejercicio de sus habilidades pastorales, cercanía y acompañamiento; coherencia y criterio para saber jerarquizar adecuadamente sus múltiples responsabilidades dando la prioridad a la evangelización y confiando más en los laicos.

Se clama para que su comunicación sea con un lenguaje más cercano y claro, particularmente en la homilía. Se percibe que muchos han perdido el impulso misionero y se les ve desgastados y replegados. La tendencia al activismo, sin discernimiento pastoral, ha llevado a muchos a vivir en la simple gestión de asuntos religiosos, a sacramentalizar, sin generar comunión, participación ni crecimiento.

Resuena también el reclamo por un mayor espacio de participación para los laicos, y por un mayor compromiso y presencia de parte de ellos tanto en la vida eclesial como en su labor en las cosas del mundo. Así como se pide una mayor comunicación e integración

entre la vida de la arquidiócesis y la actividad evangelizadora de la vida consagrada». ¹⁰³

Adicionalmente, resulta oportuna la invitación del Papa Francisco a vivir la alegría del Evangelio que supere la acedia o la tristeza sin esperanza que permea a muchos católicos de la región capital. Sin esperanza, sin creerle a Dios ni a Jesucristo, sin confiar en los otros, algunos asumen actitudes de desconfianza en los cambios posibles, de decepción y desaliento ante la necesaria y constante conversión que desanima y entristece a los que están alrededor. Algunos, entonces, se retraen y caen en el activismo y en un asilamiento pastoral.

No obstante la toma de conciencia en muchos de ser Iglesia por el bautismo y de saberse llamados a evangelizar y dar testimonio, aún no es clara la idea de ser y formar parte de una Iglesia particular. Lo cual explica actitudes contrarias a una pastoral de conjunto como el parroquialismo, el clericalismo y la burocratización de la vida cristiana, problemas todos propios de la pastoral de conservación o de mantenimiento. Urge entender que el sujeto de la acción evangelizadora es la Iglesia local bajo la guía del pastor diocesano.

2.4. En los espacios de comunión

41. Se percibe un creciente sentido de pertenencia de laicos a la Iglesia arquidiócesana, que ha generado mayor responsabilidad y compromiso frente a la comunidad. Poco a poco más laicos han entendido que el ser cristiano no tiene que ver solamente con recibir los sacramentos, sino con la vivencia

de Dios en comunidad. Hoy se valoran más y se han multiplicado las experiencias de pequeñas comunidades y movimientos como espacio para vivir la fe. Así mismo, hay varias parroquias en proceso de renovación con miras a hacerse más cercanas y construir vínculos y lazos de comunión y de servicio. Se han propiciado diversos encuentros entre los presbíteros para re-conocerse, fortalecer su amistad y apoyarse mutuamente en la vivencia de su vocación. Se alimenta el sentido de pertenencia a la Iglesia universal por el acceso a mayor información sobre la Iglesia en el mundo entero, a través de los medios de comunicación.

Sin embargo, «se reconoce que falta un mayor compromiso con la construcción de vida comunitaria arquidiócesana; falta un auténtico sentido de comunión, y de reconocimiento de la presencia de Dios Trinidad en el hermano, de apoyo mutuo y de un trato fraterno entre todos los bautizados. Se reconoce que hace falta una mayor unidad en la vida eclesial y en los criterios de vida y acción. Nos reunimos, pero no somos capaces de unirnos. Especialmente se reclama el cultivo de un mayor espíritu de comunión en la vida parroquial. Falta un mayor sentido de corresponsabilidad de toda la comunidad eclesial que la lleve a una auténtica comunión de bienes y a trabajar más en comunión con todas las iniciativas evangelizadoras». ¹⁰⁴

Hay ausencia de lugares de encuentro para la escucha, el diálogo, el intercambio, la propuesta; para que realmente seamos, como comunidad, una “casa y escuela de comunión”.

2.5 Los procesos de evangelización

42. Hay una creciente conciencia sobre la necesidad de desarrollar procesos de primer anuncio y de iniciación cristiana, para buscar una verdadera conversión y superación de un "cristianismo" de sólo nombre. Han surgido, por lo mismo, nuevas experiencias kerigmáticas y de iniciación que atraen a muchos alejados. La liturgia sigue siendo el espacio de mayor participación y formación de la fe que ayuda en el conocimiento de la Palabra de Dios, especialmente por la difusión de los misales con las lecturas diarias y lleva al encuentro personal con Cristo- Eucaristía y a prolongarlo en la *lectio divina*.

La religiosidad popular sigue presente como un patrimonio de la cultura y como una manera directa y singular de vivir la fe católica. En efecto, un buen número de creyentes vive la experiencia religiosa desde las prácticas populares de la religión, en torno a las imágenes de advocaciones de María y Jesucristo, en novenas a los santos, en actos de piedad, que, si bien conducen a la cercanía con lo divino y trascendente en medio de las angustias, sufrimientos y gozos de las personas, también es cierto que cuando no son reconocidas y acompañadas, pueden debilitar la adhesión firme a Jesucristo y a su reinado. Tristemente, en contados casos, estas prácticas son promovidas más con fines económicos que con un sentido eminentemente evangelizador. Se reclama, entonces, un discernimiento más cuidadoso de los valores y de los antivalores que están presentes en la manera como se está viviendo y promoviendo la piedad popular, así

como se espera una aplicación de los criterios establecidos en la Iglesia y en el plan E para este campo de la evangelización.

«El mayor vacío que se siente es la ausencia de procesos permanentes de primer anuncio, iniciación cristiana y formación permanente de la fe; procesos integrales, comunitarios, desde la Palabra de Dios y las experiencias fundantes, que generen realmente un encuentro personal con Cristo y hagan entender la vida como una vocación».¹⁰⁵ Es necesario implementar acciones específicamente misioneras, con pedagogías y didácticas actuales, contextualizadas y coherentes con el objetivo operativo del plan E,¹⁰⁶ así como es necesario desarrollar formas nuevas de llevar al encuentro con Cristo a la gran cantidad de bautizados no convertidos.

El lenguaje en la evangelización se ha desgastado, es repetitivo, no actualizado y es poco interlocutor de la vida de la ciudad; esto se percibe de manera particular en la propuesta de la moral cristiana para nuestros tiempos.

«Se piden celebraciones de la Eucaristía más vivas, más conectadas con la vida de la gente y con homilias bien preparadas. Pero de igual manera se pide una evangelización que sepa discernir las transformaciones que está viviendo la experiencia religiosa y particularmente la religiosidad y piedad popular. Urge desarrollar una evangelización adecuada al proceso de secularización que vivimos, que muestre la capacidad del Evangelio y de la fe para entrar en diálogo con la razón y la

ciencia, y generar un enriquecimiento mutuo. También se requiere desplegar una acción evangelizadora para los distintos ambientes o sectores específicos que genera la vida urbana, particularmente con los jóvenes. Es grande el re-

clamo en este sentido, pues se siente la ausencia de los jóvenes como interlocutores del Evangelio y en la vida de la Iglesia. También se pide generar procesos de la pastoral y cultura vocacional con mayor empuje y compromiso por

La Iglesia arquidiocesana en la inauguración del Año Jubilar. Coliseo de la parroquia Santa Isabel de Hungría.



parte de todos los fieles». ¹⁰⁷

2.6. Los organismos y métodos de actuar

43. «Se reconoce un crecimiento en la actitud reflexiva y crítica sobre las me-

todologías que estamos acostumbrados a usar para la evangelización, sobre su capacidad para interactuar con los nuevos contextos culturales, sobre la tentación de asumir formas y tácticas no suficientemente conformes con el



Evangelio para llevar a cabo la pastoral.

Sin embargo, se pide que se tengan unos criterios pastorales comunes, una acción evangelizadora más articulada, y una verdadera cultura de la planeación, que junto con los organismos y estructuras adecuadas, nos conduzca hacia una evangelización más integral, eficaz, conjunta, inculturada, y nos libere de la tentación del activismo individualista y de la fragmentación pastoral. Se reclama una acción más articulada entre todas las parroquias, superando la tentación de ser islas en medio de la ciudad o el campo ».¹⁰⁸

Ante estas luces y sombras reconocidas en el proceso de elaboración del plan de evangelización hemos reconocido el llamado como diócesis a sumarnos en los esfuerzos de la Iglesia universal por estar más al tenor de las alegrías y dolores de la humanidad, con una actitud decididamente misionera.

3. LA PALABRA NOS LLAMA A LA TRANSFORMACIÓN MISIONERA DE LA IGLESIA

44. En su ya tercer milenio de historia, la Iglesia ha sufrido diversas transformaciones en su modo de estar en el mundo y de realizar su misión. Ella ha cambiado de fisonomía según los tiempos y circunstancias en las que se ha encontrado. Siempre se ha hallado ante la grave responsabilidad de mantenerse fiel a Cristo y a los hombres, sus hermanos. Pero no siempre su rostro ha reflejado el rostro de Cristo. La realidad del pecado, que a ella también condiciona, no siempre le ha permitido ser sal y luz con la fuerza y el esplendor de Cristo.

No obstante esta realidad, ella ha experimentado la fidelidad del Espíritu de Cristo que la acompaña, la purifica y la llama continuamente a la conversión. En medio de los acontecimientos históricos y de los “signos de los tiempos”, ella ha tenido el coraje, a la luz de su Maestro, de reconocer sus luces y sombras, de reconciliarse y de proceder a operar las reformas necesarias.

Desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia ha experimentado un gran movimiento de renovación que sigue adquiriendo cada vez más fuerza y claridad; y que se ha concretado en distintas iniciativas de reforma que el Espíritu ha suscitado en la Iglesia y que hoy comienzan a dar frutos de vida nueva. Los últimos Papas representan, no sin tensiones y controversias, manifestaciones de estos impulsos del Espíritu en la Iglesia.

Motivada por el Papa Francisco, la Iglesia se reconoce hoy llamada a una transformación radical, desde su dimensión misionera, que la saque de su autoreferencialidad. El Santo Padre nos ha llenado de ilusión y de ánimo compartiéndonos su sueño: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación».¹⁰⁹

La transformación misionera de la Iglesia obedece, entonces a una cuestión de fidelidad con la misión que el Señor Jesucristo le ha confiado, con la naturaleza misma de la Iglesia en su

condición peregrina y con los clamores convergentes de los hombres y mujeres contemporáneos que necesitan signos creíbles del Evangelio para creer y/o volver a creer.¹¹⁰

3.1. La transformación misionera de la Iglesia es cuestión de fidelidad a la encarnación de Jesucristo

45. Como su Maestro, la Iglesia está llamada a encarnarse en cada tiempo y en cada cultura, de tal manera que asuma, sin desvirtuar la verdad del Evangelio, rostros concretos e históricos al interior de los pueblos, potenciando aquellos valores propios que son semilla del Reino, purificando aquellos otros valores que se encuentran opacados por la realidad del pecado personal y estructural y denunciando los contravalores que amenazan la vida.

La Iglesia, santa y pecadora, está llamada a purificarse siempre y a disponerse, animada por el Espíritu, a mantener su unidad con Cristo muerto y resucitado, y cada uno de sus miembros a vivir su condición bautismal, a pasar siempre de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz sometiendo todo al servicio de la instauración del Reino de la Vida.¹¹¹

3.2. La transformación misionera es una cuestión de conversión a Dios en Jesucristo

46. Jesús mismo nos ha advertido: sin mi nada pueden hacer, permanezcan unidos a la Vid para que tengan vida y den fruto abundante (cf. Jn 15, 5). La Iglesia, Pueblo de Dios, está siempre necesitada de conversión, de volver a Dios por medio de su Hijo Jesucristo.

En Jesucristo, Dios se ha vuelto hacia nosotros y en Jesucristo, el Pueblo de Dios vuelve hacia Dios. La transformación misionera de la Iglesia es una forma de expresar y verificar esta recíproca vuelta: la de Dios hacia nosotros y la de nosotros hacia Dios, gracias a Jesucristo que, cuando estábamos perdidos y éramos incapaces de volver a Él, nos amó hasta el extremo.¹¹² Hoy es un sentir común en la Iglesia que debemos «recomenzar desde Cristo»,¹¹³ volver a Él, encontrarnos (y/o re-encontrarnos) personal y comunitariamente con Él.¹¹⁴ Conversión quiere decir encuentro y/o reencuentro con Cristo para crecer en la adhesión a Él y despertar o reavivar nuestra condición misionera.

3.3. La transformación misionera es cuestión de renovar la credibilidad

47. El mundo está cansado de discursos y de engaños. Son múltiples las voces que reclaman, dentro y fuera de la Iglesia, autenticidad, conversión, testimonio creíble. No podemos perder de vista que la Iglesia ha sido convocada y enviada para llevar la Buena Noticia de Jesucristo camino, verdad y vida. Ella debe brillar con la luz de Jesucristo, en quien no hay engaño y quien vive lo que dice. El mundo necesita testigos de la verdad de Dios revelada en Jesucristo. Testigos creíbles, testigos que vivan lo que dicen. La Iglesia necesita reconocer sus luces y sombras para que, con la gracia del Espíritu del resucitado, sus luces brillen con nuevo resplandor y sus sombras se disipen. Sólo el testimonio auténtico y coherente, fruto del encuentro y/o reencuentro con Cristo, de la adhesión a él, hará creíble el

Evangelio, como ya se ha mencionado en este documento. El modo de ser de Cristo –eucarístico: ofrenda permanente por todos-¹¹⁵ se trasluce en el modo de ser de la comunidad de los discípulos que viven unidos a él. Comunidad de discípulos no auto-referenciados, en salida, peregrinos y misioneros.

4. LA TRANSFORMACIÓN MISIONERA Y LA SUPERACIÓN DEL MODELO DE PASTORAL DE CONSERVACIÓN

48. La construcción de un nuevo paradigma evangelizador pasa necesariamente por el reconocimiento de la insuficiencia del modelo actual para responder a las nuevas circunstancias que vivimos y por la actitud de conversión hacia una nueva manera de ser Iglesia y de evangelizar. El proceso de consulta y discernimiento para la construcción del plan de evangelización ha mostrado la insuficiencia del modelo teológico pastoral actual y resalta la imperiosa necesidad de construir un modelo nuevo de presencia y de anuncio del Evangelio. El problema focal reconocido, como vimos anteriormente, señala algunos de los síntomas de los problemas generados por dicho modelo: débil adhesión a la persona de Cristo y a su proyecto del Reino, poca participación, activismo individualista, asistencialismo y, más que sacramentalismo, simple gestión de prácticas religiosas. Y como lo reafirma el Arzobispo de Bogotá en su Carta Pastoral con ocasión del Jubileo: «nos refugiamos en muchas metodologías tradicionales, nos contentamos con una pastoral de conservación que carece de ímpetu

misionero que a duras penas permite mantener una práctica religiosa fundamentalmente ritualista». ¹¹⁶

Algunos de los rasgos de la conversión que necesitamos hacer, de carácter personal y estructural, son:

a) Pasar de la gestión de las actividades devocionales y “ritualísticas” al primado de la evangelización como formación de discípulos misioneros, por el encuentro, la conversión y la adhesión personal a Jesucristo y la participación en la comunión eclesial. Frente al imaginario tradicional de lo que es ser cristiano, hay que proponer una nueva manera, fundada en el principio de la patrística: “cristiano no se nace, sino que se hace”, y por la implementación de un verdadero proceso en etapas, que desarrolle las acciones de primer anuncio, recupere el catecumenado, y fortalezca los procesos de formación permanente. La Iglesia arquidiocesana debe ser consciente de la profunda transformación que se le pide: la superación del cristianismo de talante sociológico, fundado sobre la suposición de la existencia de un vínculo natural entre el nacer en Colombia y el ser creyente, por el desarrollo urgente de procesos evangelizadores que recuperen la relación entre bautismo y conversión.

b) Pasar de una evangelización centrípeta, eclesiocéntrica, clerical, replegada del mundo o separada de él, a una reinocéntrica, de comunión y participación, así como de inculturación. Ya el Sínodo arquidiocesano nos había llamado la atención al respecto advirtiendo cómo correremos el riesgo

de ir por caminos paralelos a los de la ciudad y su cultura. Una nueva evangelización pide una acción pastoral contextualizada e inculturada, desde una presencia dialógica, que entienda a la ciudad como una interlocutora madura de su propuesta del Evangelio, en el respeto de la libertad religiosa y de conciencia. Una acción humilde, dispuesta a aprender del otro, dejando atrás actitudes de “eclesiocentrismo” y de autosuficiencia.

c) Pasar de una evangelización fragmentada y desarticulada, centrada sólo en las acciones del clero, a una evangelización de conjunto, cuyo sujeto sea la comunidad arquidiocesana entera, desde cada uno de sus espacios, que actúa como verdadero Pueblo de Dios. Y en la cual se articulan todas las mediaciones eclesiales: palabra, liturgia, comunión y caridad, al servicio de los fines de la evangelización.

Sin desconocer, como ya se mencionó, que desde el pasado Sínodo Arquidiocesano se han dado esfuerzos de renovación y signos de conversión pastoral hacia un modelo más misionero, que en su momento recibió el nombre de “Iglesia del amor y del servicio” inspirado en la parábola del buen samaritano, se es aún consciente de los rezagos y apegos del modelo de conservación y de las profundas dificultades que encuentra el abrirse paso un nuevo modelo más misionero. Un modelo que, sin abandonar la dinámica ejercida por la parábola del buen samaritano, se inspire en las palabras que Jesús dirige a sus discípulos en el sermón del monte: «ustedes son la sal de la tierra, ustedes son la luz

del mundo». Modelo que busca hacer realidad el llamado que el Espíritu dirige a la Iglesia arquidiocesana en este momento de su historia: Ser por la fe en Jesucristo, sal de la tierra y luz del mundo para la región capital de Bogotá. Un modelo que busca responder a las más variadas situaciones del momento presente y que se continuarán manifestando en el futuro: secularización, laicidad, democracia, pluralismo, complejidad, incertidumbre, violencia, injusticia, profundas transformaciones en lo religioso; reconociendo la transformación de la sociedad tradicional, y abriéndose a la creatividad del Espíritu para dar un nuevo rostro a nuestra presencia evangelizadora.

5. LA PALABRA NOS LLAMA A SERVIR AL PROYECTO DE DIOS DESDE LA TRANSFORMACIÓN DE LA CIUDAD REGIÓN ACTUAL

5.1. Siendo signo e instrumento de unos cielos nuevos y de una tierra nueva

49. El proyecto de Dios es “la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén”, que baja del cielo, junto a Dios, “engalanada como una novia que se adorna para su esposo”, que es la tienda de campaña que Dios ha instalado entre los hombres. Acampará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ha desaparecido (Ap 21, 2-4). Este proyecto en su plenitud es futuro, pero ya está realizándose en Jesucristo, “el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin” (21, 6), que nos dice “Yo hago nuevas todas las co-

sas" (21, 5).

La Iglesia arquidiocesana está al servicio de la realización de esta Ciudad Santa, a través de la proclamación y vivencia de la Palabra, de la celebración de la Liturgia, de la comunión fraterna y del servicio, especialmente, a los más pobres y a los que más sufren, y así va transformando en Cristo, como fermento del Reino, la ciudad actual.¹¹⁷

5.2. Siendo fermento de transformación en favor de una nueva sociedad urbana y rural

50. Con la convicción de la presencia operante y liberadora de Dios en medio de la ciudad y de los municipios, creemos que una mejor sociedad es posible, que este nuevo arcótipo puede llegar a tener un rostro más conforme al Reino de Vida en abundancia que Dios quiere para todo ser humano y que, de alguna manera, ya está presente en medio de nuestras luces y sombras.

Nosotros queremos ser germen y fermento de este Reinado de Vida, que ya está presente y que se nos concederá en plenitud al final de los tiempos con la venida de la Jerusalén Celestial, pero que como un anticipo lo vivimos y servimos en esperanza con nuestro compromiso como discípulos misioneros en la arquidiócesis de Bogotá. Como fruto del diálogo, el análisis y el discernimiento hecho por la familia arquidiocesana en la construcción del plan de Evangelización, vemos que la espera activa de la Jerusalén Celestial, como la plenitud del proyecto de Dios para toda la humanidad, pasa por el compromiso y colaboración de esta Iglesia Particular con la Vida, con la

construcción, a modo de fermento, de sal y luz, de actitud samaritana, como signo escatológico del Reino definitivo, de una región metropolitana más misericordiosa, es decir, justa, reconciliada, solidaria y que cuida de la creación.

5.2.1 Trabajar por una ciudad de la misericordia

51. Sentimos que la expresión "Ciudad de la Misericordia" es afortunada. Su génesis pertenece al sentir eclesial del pueblo de Dios en pleno, por ello no reclama una autoría particular. Tiene el sabor de toda inspiración espiritual, porque es voz del Espíritu Divino en el pasado Sínodo Arquidiocesano, con su particular fuerza que traspasa fronteras, que tiende a no quedarse solamente en los ámbitos eclesiales, para abrirse a la vida toda, con sus culturas, religiosidades, etnicidades, diversidades y complejidades. Es una expresión adecuada para tender puentes y crear lenguajes acordes con el cambio de época que vivimos. Permite divisar el movimiento del Evangelio que empezó en Galilea, la Buena Noticia de que nuestro Dios, cuyo rostro hemos acariciado en Jesús de Nazaret, también es humano, lo que quiere decir cercano, comprensivo, lleno de ternura, apasionado en amor ilimitado por la humanidad, esto es, un Dios Misericordioso, con entrañas conmovidas.

La particularidad de la expresión es su capacidad para reunir, convocar, juntar caminos, deshacer rigideces de pensamiento y de actitud, sentir con los demás, caminar con su condición humana, compadecerse con el sufriente que les oprime. Se refiere a

una manera de ser y de actuar, cuyo núcleo se ubica en la experiencia de lo religioso, pero centrada en el rostro, en la imagen de Dios representada en la Parábola del Buen Samaritano (Lc10, 25-37). En el relato, Jesús recupera la dignidad del hombre sufriente que ha sido invisibilizado, de tiempo atrás le ha sido negado su lugar por condiciones adversas de orden socio-cultural y religioso, dentro del conflicto judeo-samaritano. En este caso, restituir el lugar de los otros es devolverles la vida.

Acorde con esto, convivir en la región capital es un asunto de entrañas. Lo que significa sentir muy dentro de sí, la suerte de los demás. Es superar la estrechez del corazón. El planteamiento se hace simple: "no podemos pasar de largo". Hacerlo es incoherente con nuestra misión, con el seguimiento de Jesús. No es una visión sesgada o excluyente. Se trata de sentir con el mismo corazón con que sintió Jesús, quien aclaró que el amor del Padre es para buenos y malos, pero infranqueable con los enemigos de la justicia, el derecho y la paz que brotan de la fuente de la misericordia. Jesús se identificó totalmente con quienes padecen la violación de estos bienes intocables (Mt 25,31-46). Por eso, puso su mirada primero en los que sufren. Seguirlo, nos exige hacer lo mismo, denunciar el no lugar de los que sufren y propender por su restitución.

Este es el horizonte evangelizador de la Iglesia en Bogotá. Es el aporte más claro que podemos hacer a la realidad colombiana en el momento actual. Es el camino para la verdadera paz. Necesitamos, para hacer este camino, constituirnos en "Sal de la tierra y Luz del

mundo" (Mt 5,13-16). Esta expresión de Jesús es retomada por una comunidad de profetas que trata de vivir las bienaventuranzas y, aunque perseguidos, no pierden la alegría porque no están fuera de la historia de cada día y su compromiso ético es público, transformador, insobornable, colmado de confianza. Son la incesante voz de la alternativa respetuosa que trabaja por un lugar para todas y para todos, sin causar heridas que separan, enemistan y matan. En esta perspectiva, la Ciudad de la Misericordia sería la suma de los lugares desde los cuales vamos restituyendo la humanidad, la vida, el tejido social y el bien común, tarea inaplazable para el hoy de Bogotá, de la región capital, y del país.

5.2.2 Trabajar por una ciudad justa

52. La justicia social implica una realidad estructural en la configuración de la organización de la sociedad; pensar en una ciudad justa, o en un municipio justo, es pensar en una ciudad donde las personas e instituciones logren distribuir adecuadamente los derechos, deberes, cargas y beneficios fruto del desarrollo social. Esta distribución tiene consecuencias en todos los niveles de la organización social: lo económico, lo político y lo cultural; la justicia radica en el hecho de que las personas pertenecientes a una sociedad tengan oportunidad de acceder en igualdad de condiciones a todos los aspectos inherentes a la organización de la ciudad y tengan los mecanismos que les permitan realizar ese ejercicio en libertad y equidad.

De allí que para llegar a una región

capital justa es necesario que la sociedad en su conjunto propenda por la equidad y la disminución de la desigualdad y esto implica la necesidad de que las personas o grupos sociales que cuentan con menos posibilidades para el acceso y ejercicio del bienestar sean apoyadas y favorecidas por todas las instituciones sociales incluyendo la Iglesia Arquidiocesana en el ejercicio de promover la dignidad humana, el trabajo justo, el disfrute de las riquezas que la ciudad produce y el acceso completo y eficaz de sus derechos.

5.2.3 Trabajar por una ciudad reconciliada

53. En una ciudad de indiferencia, como lo es Bogotá y su región capital y una larga tradición de intolerancia, polarización y exclusión, se hace necesario un ejercicio de reconciliación, que implica la elaboración de una conciencia ética y política del pasado y el presente, en la búsqueda de la construcción de un proyecto común a partir de criterios de justicia y equidad, donde la fraternidad y solidaridad configure las relaciones sociales.

Una sociedad reconciliada es aquella que ha logrado asumir las diferencias, y reconocer al otro como legítimo interlocutor, como sujeto de derechos, como hermano. Así pues, se hace necesario superar los prejuicios, los juicios y salvar las inequidades que hacen pensar en el otro como un enemigo o como una competencia, para entender que el bienestar del otro es también el bienestar propio, que las diferencias no son distancias sino que nos hacen complementarios. Es una sociedad que

supera la tentación de la polarización, es decir, que convierte a los hermanos en enemigos, que sustenta toda clase de fundamentalismos y acciones violentas. Es una sociedad que reconoce las diferencias y, a partir de ellas, las posibles convergencias. Es una sociedad que restablece, repara y abre caminos para el perdón y la paz.

5.2.4 Trabajar por una ciudad solidaria

54. La solidaridad se constituye como valor fundamental en la construcción de un proyecto social de ciudad, es la actitud con la cual se logra propender por el bienestar común de todos los ciudadanos y surge de la necesidad recíproca entre el “yo” el “nosotros” donde los esfuerzos deben estar enfocados en un desarrollo libre y compartido por parte de todos los ciudadanos, porque se entiende al otro como “otro yo”.

La solidaridad se expresa, en primer lugar, en la labor redistributiva y de bienestar del Estado, pero para construir una sociedad solidaria es necesario y prioritario un cambio profundo en las estructuras sociales y en las mentalidades, hacia una transformación cultural, que logre superar el individualismo y la competencia desmedida en favor de la cooperación, donde el crecimiento económico no se separe jamás de la búsqueda de un desarrollo humano y social integral y equitativo.

5.2.5 Trabajar por una ciudad que cuida de la Creación

55. Dado que la ecología se refiere a la ciencia y al sentido de la casa (oikos), entendida como el lugar que habita-

mos e inscrita en la dinámica del planeta Tierra y del cosmos en general, y que para el Magisterio de la Iglesia, la crisis ecológica refleja la profundidad de la crisis ética de la humanidad, comprendemos que el territorio de la región capital no es un mero “recurso natural” para ser explotado ni simple “naturaleza” para ser manipulada, sino obra creada por Dios para ser administrada con actitud diaconal. En esta perspectiva, los miembros de la arquidiócesis de Bogotá nos reconocemos como parte de la Creación y asumimos la responsabilidad de salvaguardar el ambiente, como patrimonio común de las generaciones presentes y futuras, en calidad de co-creadores según el designio revelado en Cristo.

Para tal efecto, leemos e interpretamos en los “signos de los tiempos” y las señales del territorio un llamado a evangelizar las relaciones que caracterizan la cultura (consigno mismo, los demás, la naturaleza y con Dios) con el fin de promover la justicia, la paz y desarrollo alternativo, integral y solidario y así, llevar la Creación a su plenitud en Cristo, en comunión con el Espíritu Creador y la voluntad amorosa del Padre.

En consecuencia, la arquidiócesis de Bogotá opta por buscar un estilo de vida en el que los procesos de extracción, transformación, distribución, consumo y descarte, minimicen la huella de los impactos humanos en los ecosistemas para que los circuitos naturales de la vida se conserven, preserven y restauren. Por eso, cada parroquia, convento, establecimiento educativo, centro de formación, casa de familia,

cada lugar de encuentro de comunidades católicas se comprende como un santuario de la vida e implementa sistemas de gestión ambiental con el interés de contribuir a la sustentabilidad del planeta y así dar gloria al Dios que ama tanto la vida (Sab 11,24).

Asimismo, los cristianos católicos velamos para que en la región capital se adopten medidas estructurales orientadas a la adaptación al cambio climático mediante el cuidado del agua, la protección de la biodiversidad, el ordenamiento responsable del territorio y los mecanismos democráticos de diálogo y participación para defender la vida en todas sus manifestaciones. A través de dichos comportamientos y actitudes reflejamos el compromiso moral por asumir cotidianamente un modo de vivir más acorde con el Evangelio, basado en la austeridad, la vivencia comunitaria y la solidaridad, para cuidar a los seres de la Creación que están en condiciones de mayor fragilidad y vulnerabilidad.

6. LAS ACTITUDES Y EL ESTILO EVANGELIZADOR ACORDES AL LLAMADO A LA TRANSFORMACIÓN MISIONERA DE LA IGLESIA

56. En la *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco recuerda a la Iglesia «la dulce y confortadora alegría de evangelizar». Lo hace como un modo de llamar a la Iglesia entera a no perder las motivaciones más profundas para anunciar siempre la Buena Noticia, en un mundo tan cambiante como el nuestro, que pone en crisis o en duda el actual proceso de “transmisión del evangelio”.

Situación que fue objeto de discernimiento del pasado Sínodo de obispos sobre la Nueva Evangelización y transmisión de la fe cristiana.

Desde el comienzo de su ministerio el Papa Francisco ha sido recurrente en llamar a una nueva “salida” misionera de la Iglesia o, mejor aún, a ser una Iglesia en salida. Muchas son las comunidades que han iniciado procesos de discernimiento pastoral a fin de llevar a la práctica esta invitación del Papa.

La arquidiócesis de Bogotá hace años que acogió el llamado a la conversión pastoral y fruto maduro de este proceso es el actual plan de evangelización y el nuevo paradigma de evangelización misionera que lo fundamenta. Paradigma que perfila un determinado estilo evangelizador que ha de guiar todas las acciones que se van a realizar.

El Papa pide además que «todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están». ¹¹⁸ Para la arquidiócesis de Bogotá, el medio fundamental es el actual plan de evangelización.

Un estilo o paradigma de evangelización es algo más de fondo que de forma. Estilo de evangelización expresa un determinado modelo de evangelización, que en la caso de la Iglesia arquidiocesana de Bogotá, se ha llamado de «evangelización misionera». ¹¹⁹

Se denomina así, porque se considera que «las figuras tradicionales y ya establecidas –que por convención son in-

dicadas con las expresiones “países de cristiandad” y “tierras de misión”– junto con su claridad conceptual muestran sus límites. Son demasiado simples y hacen referencia a un contexto en vía de superación, para poder funcionar como modelos de referencia para la construcción de las comunidades cristianas actuales». ¹²⁰ «Es necesario que la práctica cristiana oriente la reflexión hacia un lento trabajo de construcción de un nuevo modelo de ser Iglesia, siempre en fidelidad a su vocación y misión». ¹²¹

Hoy se reconoce, tanto desde el Magisterio de la Iglesia como desde la investigación teológica y pastoral actual, que el contexto evangelizador hoy es misionero. Con lo cual se afirma que, en todas partes, con algunas diferencias propias de los contextos particulares, ha desaparecido o está desapareciendo lo que suele llamarse “contexto de cristiandad”. De modo tal, que «la nueva evangelización nos permite aprender que la misión ya no es un movimiento norte-sur o este-oeste, porque es necesario desvincularse de los confines geográficos. Hoy la misión se encuentra en todos los cinco continentes». ¹²²

El término “nueva evangelización”, dentro de sus muchas y posibles comprensiones, señala hoy a todos en la Iglesia la novedad del contexto y sus implicaciones para la evangelización. Novedad que solicita y urge un nuevo tipo de presencia eclesial en la sociedad y en la ciudad secular, global, democrática, laica, plural y de profundas y marcadas exclusiones y sus nuevos rostros de pobreza.

6.1. Características fundamentales de la Iglesia y su evangelización en el paradigma “sal y luz”

57. Siguiendo el texto bíblico sobre el llamado de Jesús a sus discípulos para que sean sal de la tierra y luz del mundo es posible identificar una serie de características que nos ayudan a definir los rasgos de la Iglesia y de su acción evangelizadora en medio de la ciudad región de Bogotá. A continuación vamos a reflexionar sobre estos rasgos.

6.1.1. Humildad

58. Una característica común a todas estas imágenes es la de la humildad, la modestia, la pequeñez, muy cercana a la insignificancia. La sal y la luz, en tiempos de Jesús, como también entre nosotros hoy, son elementos de la vida cotidiana, de lo común. Incluso hoy lo son más, pues son realidades tan cotidianas y ordinarias, que pasan casi desapercibidas, así sigan siendo importantes y necesarias. Estas realidades nos recuerdan que la presencia de Dios se encuentra muchas veces en lo pobre, en lo desapercibido, en lo que no cuenta. Esa pequeñez, es valorada muy positivamente por Jesús. Los evangelios nos muestran a Jesús que hace visible lo que la sociedad hace invisible. Nos hablan de un Dios que en Cristo ama lo sencillo y se hace presente en lo sencillo.

La Iglesia debe anunciar el evangelio hoy no desde el poder, sino desde el servicio. Ha de dejar atrás toda forma de prepotencia, de arrogancia, de considerarse la única dueña de la verdad. La imagen de la sal invita a la Iglesia a

superar toda forma de eclesiocentrismo en su manera de pensarse y hacer presencia en el mundo. Su misión, al igual que la sal y la luz, es para el servicio de otros, en este caso de Dios y de su Reino, y desde allí de los más pobres. Así como la sal sirve para condimentar los alimentos y dar sabor, la Iglesia no existe para sí misma, existe para algo fuera de sí.

La imagen de la sal de la tierra y luz del mundo como presencia de servicio de la Iglesia en el mundo, remite de nuevo a una Iglesia samaritana. Una Iglesia en la que nada de lo humano le es ajeno. Una Iglesia que sigue las huellas de Jesús, el buen samaritano, que no vino a ser servido sino a servir, y que en la última cena lavo los pies de discípulos para que sus discípulos de todos los tiempos y lugares hicieran lo mismo (Juan 13, 15).

Si hay algo que creyentes y no creyentes esperan de la Iglesia hoy, es que se incline como Jesús ante los sufrimientos y las miserias humanas y fomente una cultura de la solidaridad. En esta misma línea, el Papa Francisco nos ha invitado a ratificar y a ahondar la opción por los pobres. El servicio a los pobres es una de las características de la Iglesia desde sus comienzos, tal como lo atestiguan los testimonios del Nuevo Testamento, de modo particular en el libro de los Hechos de los Apóstoles.¹²³ Es una opción que nace de la fe en Jesucristo. No es una opción cualquiera. Los pobres interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral y de las actitudes cristianas. Es una opción que debe incidir en los comportamientos y acciones de la Iglesia.¹²⁴

La parábola del Buen samaritano la asumió el Concilio Vaticano II como paradigma de la Iglesia en su encuentro con la modernidad. Invita a ser, como lo asumió la arquidiócesis en el sexto sínodo, Iglesia del diálogo y del servicio. Modo de ser Iglesia que pide una pedagogía propia, la de la solidaridad y del servicio como diaconía del Reino de Dios. La Iglesia sirve al Reino y a la persona por medio de todo lo que ella es y hace. Por el anuncio, por el testimonio, por el compromiso transformador y la promoción humana, por el diálogo, por la celebración, por los sacramentos. Sirve además al Reino difundiendo los valores del Evangelio, que son expresión de ese Reino. Todo ello lo realiza desde la actitud de hacerse prójimo con un claro y gratuito talante dialogal.

La pastoral de servicio al Reino es una pastoral encarnada. Una pastoral que aprende del mundo, asume sus valores, pero también lo cuestiona proféticamente en profundidad. La Iglesia y su pastoral han de ser alternativa a este mundo. Implica asumir la relación Iglesia – mundo a modo de lo pedido por el Concilio Vaticano II. Desde dentro del mundo, la Iglesia deberá reafirmarse y presentarse continuamente como don de Dios a favor del mundo. Es una Iglesia presente en el mundo, ya no ni frente a él, ni contra él. Es una Iglesia que está con todos y para todos, particularmente con los más pobres, como una de las dimensiones más fundamentales de su actuar hoy. Pone su vida y su acción al servicio del compromiso solidario en la transformación de la sociedad, en cuya labor colabora con todos, dialoga con todos, aprende de todos.

6.1.2. No debe aspirar a acaparar

59. Tanto la sal en exceso como la luz en exceso no cumplen con su misión. El exceso de sal indigesta y el exceso de luz ennegrece. Por eso, la Iglesia no puede pretender abarcarlo todo, saberlo todo, tener respuesta para todo. Si bien tampoco puede callar, ni volverse insignificante e intrascendente, también debe estar dispuesta a escuchar, a aprender de los otros, a construir junto con otros.

La Iglesia no debe aspirar a acaparar, dominar o monopolizar la realidad, sino a mejorarla discretamente, respetando y acogiendo la riqueza de todo lo creado. Si todo fuera sal en los alimentos, sería de todo punto indigesto; si todo fuera luz, no veríamos nada, porque se produciría nuestro total deslumbramiento; la acumulación de levadura no da como resultado ningún producto comestible; las semillas, sin suelo, no pueden desarrollarse.

Todo ello pide a la Iglesia superar la tentación del exclusivismo. Si bien tenemos un gran tesoro que ofrecer a la humanidad, no podemos desconocer que muchas otras realidades y experiencias humanas, así como las demás formas de vida cristiana como todas las religiones son también sal de la tierra y luz del mundo. Lo cual anhela de la Iglesia diálogo, aprendizaje, apertura y construcción conjunta con todos los que, sin ser de la Iglesia, hacen presente los valores del Reino. Todo ello surge del reconocimiento de la presencia de Dios en la ciudad.

6.1.3. Necesidad de mezclarse

60. Otra característica común a la sal, la luz, la semilla y la levadura es que necesitan mezclarse con otros elementos para poder cumplir con su finalidad. Si no se da esta mezcla, no hay fecundidad posible. La sal tiene sentido con el alimento, la luz sin objetos que iluminar permanece oscura como ocurre en el espacio, la semilla necesita introducirse en la tierra para generar una nueva planta y la levadura sin la masa de harina no puede producir el pan. La enseñanza es clara: los cristianos tienen que juntarse con todos –superando toda tentación elitista o sectaria– si quieren aportar sabor y color a la vida común; si quieren ofrecer desarrollo y alimento para una sociedad mejor.

No ha sido fácil para la Iglesia entenderse y pensarse en esta nueva condición plural, que abarca todos los campos de la vida, incluyendo lo religioso. De una sociedad homogénea en lo religioso, en donde la Iglesia católica era el único referente religioso de la sociedad, pasamos en Bogotá y el país a una amplia heterogeneidad y diversidad. La tentación hoy, para muchos en la Iglesia, es quedarse en espacios cerrados que eviten el contacto con los ajenos y extraños. No falta quienes busquen reforzar su identidad, que se cierran a la posibilidad de mezclarse y de encontrarse. El encerrarnos nos hace insignificantes e inútiles; el mezclarnos no.

Las imágenes del Evangelio nos invitan a pensar en una Iglesia abierta al diálogo con el mundo. Una Iglesia, que, en términos del Concilio, hace suyos los anhelos y las esperanzas de los seres humanos, así como sus dolores y

sus tristezas; que anuncia el Evangelio como un gran don para la humanidad.

El hecho de mezclarnos, como forma de presencia profética en el mundo, pide, a la Iglesia arquidiocesana, hacer realidad el modo de ser Iglesia expresado en uno de los documentos más antiguos de la experiencia cristiana, la Carta a Diogneto. Los estudios sobre este escrito afirman que es un documento del siglo II, por un autor aún desconocido. Tampoco se sabe quién es Diogneto, ni a quien se dirige la carta. Lo que sí se puede decir, por el tono del escrito, es que es alguien interesado por comprender mejor el hecho cristiano, por el modo de vida de los cristianos. El autor del escrito no usa un tono impositivo, ni mucho menos de rechazo a quien piensa distinto. Da testimonio del hecho cristiano con un modo de hablar humilde, sencillo, amoroso y propositivo. Presenta un modo de ser cristiano atractivo y profundamente contradictorio y alternativo con la sociedad de su tiempo. Un modo de ser cristiano, totalmente distinto al del cristianismo como religión oficial, en donde se confunde el ser cristiano con el ser ciudadano. Es un modo de decir lo que Jesús dijo acerca de sus discípulos en el Evangelio de Juan: «No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno» (Juan 17,15). Una lectura de estas palabras de Jesús trae la carta a Diogneto en los siguientes términos: «Para decirlo con brevedad, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y los cristianos lo están por todas las ciudades del mundo. El alma habita ciertamente en el cuerpo, pero

no es del cuerpo, y los cristianos habitan también en el mundo, pero no son del mundo». ¹²⁵

La sal que se mezcla para dar sabor y una lectura actual de la Carta a Diogneto sirven como imágenes de la Iglesia, en la ciudad plural de hoy; en la que ya no es posible identificar de modo simple el ser ciudadano con el ser cristiano. En el mundo urbano actual sólo unos, de entre los ciudadanos, se reconocen como cristianos, discípulos de Jesús. Y como tales habitan este mundo y han de vivir, no aparte, sino, como lo dice la Carta a Diogneto, mezclados con todos, para dar testimonio y servir a todos.

6.1.4. El mezclarse no es pérdida de su naturaleza, ni pérdida de significatividad o de espacios.

61. Estas imágenes hacen ver que el obrar de esta manera, con humildad, mezclándose y desde el diálogo y el servicio, no implica para la Iglesia pérdida, ni en su naturaleza, ni en significatividad, ni de espacios, ni mucho menos de poder. Al contrario, muestran una Iglesia verdaderamente misionera, con energía y fuerza expansiva. En este sentido, pequeño o humilde no quiere decir débil o mediocre. Al contrario, la fuerza difusora o dinamizadora de estos elementos es muy grande. Basta un poco de sal para aliñar mucha comida y poca levadura para levantar una buena porción de masa. Son realmente duras las palabras de Jesús sobre la sal que se vuelve sosa o la luz que se esconde debajo del celemín (Mt 5, 13-16), por no hablar de la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30). Se nos anima, pues,

a mantener el mayor gozo misionero posible sin ceder a la tentación del acomodamiento o la cobardía, sin pesimismo y quejas estériles, sin sentirnos más o menos que otros.

El mezclarnos, además de reconocer el llamado a un nuevo tipo de presencia en la sociedad plural y heterogénea de hoy bien distante a las homogéneas y estáticas a las que estamos acostumbrados, es un llamado a pensarnos como Iglesia desde la “diáspora” o una Iglesia en “la intemperie” como la señalan diversos estudios sobre la condición cristiana hoy. Con este modo de hablar se expresa un modo de ser Iglesia y de evangelizar, ya no desde el poder o con apoyos externos al ser mismo de la Iglesia, sino desde lo más propio de su ser y misión. Invita a una presencia gratuita, agradecida, cordial, afable, con toda la confianza puesta en el Señor de la historia y en Dios su Padre, y no tanto en las fuerzas humanas. Es una Iglesia que ya no obra por conveniencia, sino toda ella movida por el Espíritu Santo.

6.1.5. Mezclarse evangelizando la cultura

62. Jesús usa palabras del lenguaje común para referirse a la vocación y misión de la Iglesia y de sus discípulos en el mundo. Sal y luz son elementos de la vida cotidiana de todos los pueblos de todas las culturas.

La sal debe mezclarse. Si deja sobre la mesa en el salero, aunque no pierde su realidad de ser sal, solo llega a ser verdaderamente sal si mezcla con los alimentos y demás condimentos. Puede decirse que la necesidad de mezclarse

de la sal nos habla de la dinámica de la encarnación tanto de Cristo como de su Iglesia.

La Iglesia en Puebla tomó conciencia de esta realidad, al mostrar la necesidad de anunciar la verdad de Cristo, de la Iglesia y del ser humano. Frente a imágenes reduccionistas de Jesús y de su Evangelio, los obispos reunidos en Puebla anuncian sin dejar lugar a equívocos, el misterio de la encarnación: tanto la divinidad de Jesucristo, como la realidad de su dimensión humana es histórica. Presenta así a Jesús compartiendo la vida, las angustias y las esperanzas de su pueblo. Jesús al encarnarse ha penetrado, purificado y fecundado su propia cultura originaria.¹²⁶ Él se ha hecho así, sal de la tierra y luz del mundo.

Cristo envió a su Iglesia a anunciar el Evangelio a todos los pueblos. Puesto que cada ser humano nace en el seno

de una cultura, la Iglesia busca alcanzar, con su acción evangelizadora, no solamente al individuo sino a la cultura del pueblo. La Iglesia, Pueblo de Dios, cuando anuncia el Evangelio y los pueblos acogen en la fe, se encarna en ellos y asume sus culturas. Así, instaura no una identificación, sino una estrecha vinculación con ella.

Las culturas no son un terreno vacío, carente de auténticos valores. La evangelización de la Iglesia no es un proceso de destrucción, sino de consolidación y fortalecimiento de dichos valores; una contribución a las semillas del verbo presente en dichas culturas. Con mayor interés asume la Iglesia los valores específicamente cristianos que encuentra en los pueblos ya evangelizados y que son vividos por estos según su propia modalidad cultural. Pero, también la Iglesia, al proponer la Buena Nueva, denuncia y corrige la presencia del pecado en las culturas: purifica y

Lunada y Cine Foro en la Casa Cultural de la Catedral de Bogotá



exorciza los desvalores. Establece, por consiguiente, una crítica a las culturas.¹²⁷

La imagen de la sal, al mezclarse para ser sal y dar sabor, permite asumir el principio pastoral de la encarnación formulado por San Ireneo y recordado por Puebla: «lo que no es asumido no es redimido».

Esta misma imagen permite entender que «evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad». Con ello, la Iglesia busca «alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el diseño de salvación».¹²⁸

De este modo, la imagen de la sal y su necesidad de mezclarse permite ver cómo «la fe tiene el poder de alcanzar el corazón de toda cultura para purificarlo, fecundarlo y enriquecerlo y darle posibilidad de desplegarse en la medida inconmensurable del amor de Cristo».¹²⁹

Se dice que la “necesaria mezcla de la sal” no es pérdida de identidad. De hecho, el encuentro entre la fe y las culturas se opera entre dos realidades que no son del mismo orden, lo cual excluye toda forma de sincretismo y evita pensar que el encuentro entre la fe y las culturas es simple adaptación.

Lo que acontece es que «el Evangelio penetra vitalmente las culturas, se encarna en ellas, superando sus elementos incompatibles con la fe y con la vida cristiana y elevando los valores al misterio de la salvación que proviene de Cristo».¹³⁰

6.1.6. Lo que se ofrece: sabor de la vida transformada desde Cristo

63. Otra característica que se deduce de las dinámicas naturales de la luz, la sal la levadura y la semilla es que, el resultado o la finalidad del proceso de su interacción con la realidad, consiste en el sabor y la iluminación de la vida transformada, no el fortalecimiento institucional. También en este ámbito querer salvar la identidad puede significar perderla. Si la sal se reserva y no se mezcla para no desaparecer a nuestra vista, la comida no tendrá el sabor adecuado. Una proporción adecuada de sal realza el sabor de los alimentos sin enmascararlos; su ausencia o su exceso no. Y lo mismo podemos decir de la luz, la levadura y la semilla. Su objeto es producir para otros, volcarse hacia fuera. En cierta manera, morir para renacer.

En esta dinámica de ofrecer un sabor evangélico a la vida, la Iglesia no se queda en el humanismo. Llama también a la conversión, a la adhesión a Jesús y al discipulado misionero, y a una plenitud de vida que va más allá de la misma historia. En este mundo plural, el mandato misionero sigue siendo vigente y urgente. Aunque el diálogo es un modo de ser discípulos de Jesús hoy, y no una técnica más, la Iglesia sabe que se siente llamada a evange-

lizar, a anunciar a Cristo y su Reino, a llamar a la conversión y al discipulado, a formar discípulos misioneros de Cristo. Que, como lo dice el documento de Aparecida, «responden a la vocación recibida y comunican por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo (...) No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias. Este es el mejor servicio – su servicio – que la Iglesia puede ofrecer a las personas y a las naciones».¹³¹

6.1.7. Ser visible: no ocultarse, ni pasar desapercibida

64. En la parábola de la sal y de la luz dice Jesús: «Vosotros sois la luz del mundo. No puede estar oculta una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa» (Mateo 5,14-15).

Estas palabras de Jesús llaman la atención sobre la “necedad del discípulo”, es decir de aquel que ha perdido el sentido vivo de la fe, o de aquel que se esconde, se oculta, se hace invisible, se encierra, no se mezcla, ni se abre, ni entra en diálogo con el mundo. De aquel que ve el mundo como una amenaza y no como una oportunidad para dar testimonio de su fe.

Hoy son muchas las tentaciones de la Iglesia a este respecto. Ante todo,

el peso social, cultural y de transformación de lo religioso que tiende a hacer de lo religioso un asunto privado, reducido al ámbito de la conciencia personal. El peso de una sociedad laicista que quiere ocultar a la Iglesia, hacerla intrascendente en el ámbito de la verdad pública y de los intereses de todos, encerrándola en las sacristías. También de parte de la Iglesia existe la tendencia de encerrarse fortaleciendo su identidad y ocultarse de esta forma a los ojos de todos. Una Iglesia así es una Iglesia ensimismada, preocupada solo por sí misma, por su pequeño mundo institucional, y no por hacerse servidora de la humanidad a ejemplo de Cristo.

El mundo plural de hoy nos desafía. Pero es un reto no negativo, sino propositivo. Ahora más que antes, cuando se pensaba que toda la sociedad era cristiana. Cuando se identifica la sociedad con lo cristiano, el llamado a ser luz del mundo de diluye, se desvirtúa como la sal cuando pierde su sabor.

La realidad sacramental y visible de la Iglesia le pide presentarse ante el mundo en una actitud de diálogo y de escucha. El diálogo nos hace sensibles al desafío de la pluralidad de las religiones, de la secularidad y de la autonomía del mundo, de los avances y progresos del conocimiento y de la ciencia.

La Iglesia ha de participar de modo significativo y dialogante en la actual sociedad plural del debate y de la deliberación. El ser hoy una voz más entre otras no es motivo para perder visibilidad y presencia, sino para garantizar que la palabra del evangelio sea hoy

escuchada por todos de un modo nuevo. No puede la Iglesia hacerse al margen, así la sociedad no quiera oír su voz. Aunque para muchos hoy la palabra de la Iglesia suena a añejo y a retrógrado, ella no puede guardar silencio, dejar de ser profética, dejar de denunciar la injusticia y toda otra forma de pecado que deshumanice y destruya lo creado.

Factor de primer orden es la participación de la Iglesia en la cultura del debate y de la deliberación propia de la ciudad. Nadie debe excluir a la Iglesia del debate y la Iglesia tampoco debe marginarse. Es un modo de hacer presencia desde la fe en lo público, en todo aquello atañe con la vida de la ciudad. Ella lo hace como madre y maestra, pero también como interlocutora y dispuesta a aprender. Y ha de hacer presencia en el debate acogiendo las reglas del mismo. Consciente de que sus puntos de vista, como los de todos los partícipes en el debate, han de ser debatidos, discutidos, cuestionados, criticados, controvertidos. Ha de participar bajo la forma de una argumentación razonada.

Aparecida llama a esta acción misionera en la urbe presencia profética. Su tarea es «levantar la voz en relación a cuestiones de valores y principios del Reino de Dios, aunque contradiga todas las opiniones, provoque ataques y se quede sola en el anuncio».¹³²

Sin usar esta expresión de cultura del debate, el Papa Benedicto XVI en la encíclica *Deus Caritas Est* aborda esta cuestión urgente para la Iglesia hoy, entendiendo dicha presencia de la Iglesia como un servicio a la caridad y

a la búsqueda de la justicia. La tarea de la Iglesia en este campo es la “purificación de la razón”. En palabras del Papa Benedicto, lo anterior significa:

«El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política (...) Tratándose de un que-hacer político, esto no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia. Pero, como al mismo tiempo es una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables.

«La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar».¹³³

«En esto, la tarea de la Iglesia es mediata, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la razón y reavivar las fuerzas morales».¹³⁴

Las palabras de Jesús sobre la ciudad puesta en lo alto del monte, como de la luz que se enciende para que alumbré e ilumine a todos en la casa hablan de la urgencia e importancia del testimonio. Un testimonio que ha de ser

personal, comunitario y público. Solo así la Iglesia arquidiocesana será luz del mundo y sal de la tierra. La Iglesia es protagonista del cambio, no solo espectadora o su víctima.

6.1.8. Se cuida de la “necedad” del discípulo.

65. Las imágenes de la luz y de la sal no remiten a propósitos moralizantes sino a la pregunta por la autenticidad de la experiencia de fe. El texto bíblico no dice “deben ser” la luz, la sal o la semilla sino “son” sal, luz, semilla. La cosa está clara: si la sal no sala es que no es sal, si la luz no ilumina es que no es luz, si la semilla no germina es que no lo era.

En los evangelios, la palabra griega para decir sal viene de otra palabra griega que también, de modo figurado, puede ser entendida como prudencia. Lo cual ayuda a entender cómo evitar la necedad el llamado de Jesús a que la sal no se vuelva sosa o se desvirtúe («Más si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará?»).

Con esta expresión Jesús llama la atención de sus discípulos a no ser necios. Y necio es aquel discípulo que ha perdido el sentido vivo de la fe. Son cristianos sin sentido alguno de su vocación y misión. Es un discípulo y una Iglesia que han perdido su capacidad de ser fermento. Por lo mismo, es un cristianismo inofensivo, aplanado, prudente, neutro, diplomático y razonable. Es un modo de ser discípulos e Iglesia, cómodo, que ha dejado de lado su condición de ser señal de contradicción.

En el documento de Aparecida encontramos una descripción de este tipo de sal desvirtuada: Es “una fe ca-

tólica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados”. Es, citando al Papa Benedicto, «el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad».¹³⁵

La tentación del discípulo de obrar con necedad, como la necedad característica de algunos modos de evangelizar hoy, también hace ver que la Iglesia es santa, pecadora y llamada permanentemente a la conversión. Es una Iglesia peregrina llamada a una constante y permanente purificación.

Conversión personal, comunitaria y pastoral se manifiestan hoy más que nunca como necesarias. La Iglesia así evita no solo todo tipo de “triumfalismo”, sino que además invita a pensar los procesos evangelizadoras de un modo distinto que superen la situación actual de una fe sin dinamismo, anónima y con escaso compromiso social. Algo ya pedido por el Papa Pablo VI: «Lo que importa es evangelizar –no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces- la cultura y las culturas del ser humano».¹³⁶

6.1.9. Señal de contradicción y comunidad de vida alternativa

66. Las palabras de Jesús en el ser-

món del monte de la cual forma parte la parábola de la sal y de la luz, expresan tanto la vocación–misión de la Iglesia, como la relación de ella con el mundo. Una lectura de la parábola debe hacerse a la luz de todo el discurso del monte, el cual comienza con las bienaventuranzas que muestran un estilo de vida completamente alternativo y contradictorio a las formas de ser sociedad contrarias al proyecto del Reino de Dios. Las bienaventuranzas expresan el carácter de aquellos que han dado una respuesta positiva a ser ciudadanos del Reino de Dios. En la bienaventuranza final, Jesús describe la actitud de quienes se oponen al proyecto del Reino. Si la Iglesia asume de modo radical y excelente, será objeto de persecución y de rechazo (Mateo 5, 12).

En relación con la parábola de la sal y de la luz, hay una relación de contraste que muestra el texto de Mateo. Al final de las bienaventuranzas Jesús les dice a sus discípulos que van a ser perseguidos, pero después los llama luz y sal, es decir que deben ser señal de contradicción, testigos de Dios y de su Reino.

Varios elementos son comunes en el rostro de la Iglesia, la de ayer, la de hoy y la del futuro. Primero, y muy trabajado entre nosotros, el hecho de ser comunidad de discípulos. Este rasgo, para el caso de Bogotá, ha sido subrayado y exigido tanto por el VI sínodo, como por el plan global de evangelización que surgió como su consecuencia. Basta recordar a este propósito el objetivo de dicho plan: formar comunidades al estilo del buen samaritano.

Otros dos rasgos, señalados por distintos hoy como connaturales al ser de la Iglesia, no han sido objeto de preocupación mayor entre nosotros. Estos son: el ser comunidad reconciliada y el ser comunidad de contraste. Con el primero se entiende que la Iglesia como comunidad, derriba las barreras sociales, los prejuicios y todos aquellos muros que separan a los seres humanos, y los reconcilia con Dios y los hace en verdad hermanos. El privilegio en esta comunidad de hermanos reconciliada, lo tienen los pobres y los marginados de la sociedad. Contrario al “imperio” o al ambiente social, que excluye, margina y separa, la Iglesia reconcilia. Todo ello es producto de la acción del Espíritu en la comunidad y en el creyente: «Sólo en el Espíritu es posible desmontar las barreras nacionales y sociales, los intereses de grupo, las diferencias jerárquicas y el predominio de un sexo». ^{136a}

Este modo de vivir y de pensar, es factor clave en el comprender a la Iglesia como sociedad de contraste. Y es contraste porque es signo de contradicción, porque es signo de una realidad nueva, porque no se acomoda en su ser y en su actuar a los criterios imperantes de su tiempo. En palabras de Jesús, da a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. En la medida en que la comunidad es comunidad reconciliada, ella es también comunidad “nueva creación”. No en el sentido de algo que ha de venir al final de la historia, sino algo ya presente en la sociedad, al hacerse presente como comunidad de contraste, alternativa.

Si bien el término “comunidad de contraste” no es un término bíblico, su

contenido sí está presente en toda la Biblia. En la Biblia se entendió siempre al Pueblo de Dios como sociedad de contraste. Pueblo de Dios no es sinónimo de la forma nacional existente. Pueblo de Dios no es sinónimo de estado de Israel. Pueblo de Dios es aquel Israel que se sabe elegido y llamado por Dios con toda su existencia, con toda su dimensión social. Pueblo de Dios es aquel Israel que, por voluntad de Dios, debe diferenciarse de todos los restantes pueblos de la tierra. El comportamiento del pueblo tiene que ajustarse por completo a la actuación liberadora de Dios. Tiene que ser un pueblo santo, con un orden social que lo diferencie de las restantes naciones y que lo sitúa en un fuerte contraste con el ordenamiento social de todos los pueblos restantes.

El hecho de que Dios haya elegido y santificado su pueblo para convertirlo en una sociedad de contraste entre las naciones restantes, es el trasfondo evidente de toda la actuación de Jesús y de su querer la Iglesia como comunidad de contraste. El hecho de que haya desaparecido o esté en proceso de desaparecer la situación "cristiandad", nos puede ayudar a redescubrir este carácter fundamental del ser de la Iglesia, de ser comunidad de contraste, tan característico en la Iglesia de los orígenes, pero tan olvidado y refundido entre nosotros.

Dos rasgos caracterizan a la Iglesia como comunidad de contraste y presencia del Reino de Dios. El primero, es la asunción de la no violencia como principio ético de construcción y trans-

formación de la sociedad y del ser Iglesia. Quienes estudian el sermón del monte reconocen en Jesús una opción clara por la no-violencia activa. Al asumir la no-violencia activa, la Iglesia es auténtica comunidad de contraste que rechaza la violencia en todas sus formas y manifestaciones.

El otro rasgo es la opción por los pobres. Como ya se dijo, es una opción que nace de la fe en Jesucristo. No es una opción cualquiera. Los pobres interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral y de las actitudes cristianas. Es una opción que debe incidir en los comportamientos y acciones de la Iglesia.¹³⁷

6.1.10. Para dar gloria al Padre

67. «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos». Con estas palabras, Jesús hace ver que el ser sal o luz no tienen un fin en sí mismo. El ser sal y luz tiene como propósito fundamental conducir a la humanidad a encontrarse con el verdadero rostro de Dios. La Iglesia debe ser tal que toda su vida, su forma de organizarse, su manera de actuar, las pedagogías de evangelización, el modo de ejercer la autoridad, toda ella en definitiva "transparente" a Dios. La Iglesia, afirma el Concilio Vaticano II, es en Cristo signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano.¹³⁸

En el pasado Sínodo sobre la nueva evangelización la cuestión de Dios es uno de los asuntos más sobresalientes. En la sociedad de hoy, se extiende

el fenómeno de la indiferencia como mentalidad y como cultura. Por eso, la Iglesia asume la urgencia de mantener abierta la cuestión de Dios en todos los ámbitos de la vida.

La importancia actual de la cuestión de Dios refleja también los profundos y diversos cambios en lo religioso. Pasamos de modo rápido y acelerado de una época donde la Iglesia católica era el único referente religioso de la sociedad, a otra donde la Iglesia es un referente más entre otros. De una época en la que se valoraba grandemente la presencia institucional de la Iglesia, a otra marcada por la desinstitucionalización de lo religioso. Diversos modos de pensar y de actuar reflejan estos cambios vertiginosos en lo religioso. "Cristo sí, Iglesia no"; "Dios sí, Iglesia no"; "Dios no, religión sí"; "Dios no, Iglesia no"; y "Dios es el mismo en todas las religiones", expresan la mentalidad heterogénea de la época frente a Dios, la Iglesia, la religión y las religiones.

La nueva evangelización pide, por lo mismo, a la Iglesia, poner a Dios en el centro. Volver a Dios es un reto para todos en la Iglesia. Es la única forma en que la Iglesia puede dejar de ser vista como un elemento más del folclor de la ciudad o como una organización humanista más honesta o eficiente que otras. La Iglesia solo puede mostrar su verdadero rostro si muestra en todo lo que hace y dice su relación con Dios. Por lo demás será superflua, o en términos de la parábola, sal desvirtuada o luz escondida en un cajón.

En un contexto de amplio pluralismo religioso y de formas difusas y ambi-

guas de religiosidad la pregunta sobre Dios es un asunto público. La Iglesia hoy debe preguntarse seriamente por qué la búsqueda de Dios por parte de los hombres y mujeres de hoy no los lleva a encontrarlos en la Iglesia, sino en variadas y ambiguas formas de religiosidad. Para ser sal y luz, la Iglesia debe acompañar la búsqueda de Dios de la humanidad.

Lo importante es Dios, no nosotros, ni mucho menos la Iglesia como institución. Hay que pasar de una Iglesia que se busca a sí misma, que vive preocupada en sus propios problemas, a una Iglesia que pone en el centro de su vocación y misión a Dios. Si hoy se habla más de la Iglesia que de Dios, nuestra luz no brilla con la claridad y transparencia que pide Jesús en el sermón de la montaña.

La cuestión de Dios para la Iglesia es inseparable de la pregunta por Jesús y la pregunta por el ser humano.

«El perenne anuncio misionero de la Iglesia es puesto hoy en peligro por teorías de tipo relativista, que tratan de justificar el pluralismo religioso, no sólo de facto sino también de iure (o de principio). En consecuencia, se retienen superadas, por ejemplo, verdades tales como el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo, la naturaleza de la fe cristiana con respecto a la creencia en las otras religiones, el carácter inspirado de los libros de la Sagrada Escritura, la unidad personal entre el Verbo eterno y Jesús de Nazaret, la unidad entre la economía del Verbo encarnado y del Espíritu Santo, la

unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Jesucristo, la mediación salvífica universal de la Iglesia, la inseparabilidad —aun en la distinción— entre el Reino de Dios, el Reino de Cristo y la Iglesia, la subsistencia en la Iglesia católica de la única Iglesia de Cristo». ¹³⁹

Con estas preguntas lo que está en juego es la credibilidad de todo el hecho cristiano.

La actual crisis de Dios ha de ser entendida también como una verdadera y profunda crisis antropológica. El ser humano se cierra a la búsqueda plena del sentido, a la plenitud de la vida en Dios. La sociedad actual es una sociedad cada vez más secularizada, que llega al extremo del secularismo y se cierra por completo a la pregunta de sentido y a la pregunta sobre Dios. Tarea de la Iglesia en esta ambiente cultural es mostrar cómo «el misterio del ser humano sólo se esclarece en el misterio del verbo encarnado». ¹⁴⁰

Cuando la Iglesia evangeliza anuncia la verdad de Dios, la verdad de Cristo, la verdad de la Iglesia, la verdad sobre el ser humano y la verdad sobre la creación. Por este anuncio de la verdad, la Iglesia es sal de la tierra y luz del mundo.

6.2. Pedagogía en clave misionera

68. En otros apartes de este documento se ha recordado el llamado del Papa Francisco a la “transformación misionera de la Iglesia”. La invitación es a poner todo en clave misionera, que supera las tentaciones del siempre se ha hecho así, del cambiar por cambiar sin

horizonte y sin sentido, del activismo y del empirismo.

El Concilio Vaticano II contiene la clave de comprensión para que la Iglesia hoy se piense en clave misionera, de diálogo y de servicio. Y cuando se habla de Concilio Vaticano II, no sólo pensemos en los documentos conciliares, sino también en todo el magisterio posterior. En todos ellos, desde el Concilio hasta nuestros días, la Iglesia ha discernido desde la fe los signos de los tiempos, buscando los llamados que Dios le hace a una conversión pastoral y misionera.

De ahí que todo este rico magisterio sea fundamental para la comprensión de la transformación misionera de la Iglesia, del estilo que le es propio a la evangelización misionera, como a las características fundamentales de la pedagogía misionera. Sin embargo, del Concilio el decreto *Ad Gentes* toma hoy día una fuerza inusitada y debe ser leído con nuevos ojos, de modo que lleve a pensar y a actuar a la Iglesia en clave misionera.

6.3. Desde una perspectiva “Ad Gentes”

69. Al hablar de la “misión *Ad Gentes*” tenemos que reconocer que su horizonte se ha ampliado de tal manera al campo social, cultural y antropológico, razón por la cual no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas y jurídicas. Por tanto, los destinatarios de la actividad misionera del Pueblo de Dios son hoy tanto los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, como también los nuevos ámbitos socioculturales y, sobre todo, los cora-

zones.¹⁴¹ Las grandes urbes y su gran diversidad de areópagos se reconocen hoy como lugares de misión *ad gentes*; son escenarios de diálogo y de encuentro, de puesta en marcha de lo que hoy día se llama “atrio de los gentiles”, en el respeto de las características propias de una acción misionera como esta.

Con ello, se afirma algo que toma ahora más importancia después del pasado Sínodo sobre la Nueva Evangelización: la situación sociocultural “ad gentes” también está entre nosotros, en nuestra Iglesia de América Latina, en Bogotá. No en el sentido tradicional del término, sino como lo indicaba el mismo documento conciliar: «Los grupos en que vive la Iglesia cambian completamente con frecuencia por varias causas, de forma que pueden originarse condiciones enteramente nuevas. Entonces la Iglesia tiene que ponderar si estas condiciones exigen de nuevo su actividad misional».¹⁴²

Podemos referirnos, entonces hoy, al término “misión ad gentes” en los siguientes sentidos: Primero, en el sentido clásico que aún se conserva y no pierde vigencia: llevar el Evangelio a lugares donde Cristo y su palabra no son conocidos. Segundo, asumir los ámbitos socioculturales nuevos como escenarios para la evangelización, tal como acontece hoy en todo el mundo, especialmente por las dinámicas de la globalización y de la secularización y de los cuales no escapa una metrópoli como Bogotá. Tercero, también como una mirada, un paradigma, una perspectiva de análisis y de proyección de la situación evangelizadora del momento.

La arquidiócesis de Bogotá ha de asumir la perspectiva “ad gentes” en la comprensión de la situación eclesial de hoy. En la práctica, esto significa que la arquidiócesis ha de enriquecer su mirada eclesiológica sobre sí y sobre los problemas evangelizadores hoy con el decreto conciliar *Ad Gentes*, junto a lo señalado por *Lumen Gentium* (Iglesia Pueblo de Dios, sacramento, comunión) y *Gaudium et Spes* (Iglesia en diálogo con el mundo e Iglesia servidora de la humanidad).¹⁴³

La perspectiva “ad gentes”, aplicada a la evangelización presente, permite entender que la situación actual es más compleja que la del pasado. Hoy día el modo de comprender la acción de la Iglesia que dividía entre países de misión y países de tradición cristiana, ya no es tan clara ni tan precisa. Esta realidad fue asumida como criterio orientador en los documentos preparatorios.

A la luz de esta perspectiva queremos abordar el desafío planteado por el problema focal identificado dentro del plan: la necesidad de pasar de la pastoral de conservación o de mantenimiento, a una pastoral misionera; considerar el contexto actual como un contexto misionero. En la práctica evangelizadora, dicho cambio pide otro, no menos significativo: pasar de una pedagogía de conservación o pedagogía de Iglesia establecida a una pedagogía misionera, de Iglesia enviada, en salida. La razón para este cambio la encontramos expresada en el “Directorio General para la Catequesis”: «La “misión *ad gentes*”, sea cual sea la zona o el ámbito en que se realice, es la responsabilidad más específicamente misionera que Je-

sús ha confiado a su Iglesia y, por tanto, es el paradigma del conjunto de la acción misionera de la Iglesia». ¹⁴⁴

A grandes rasgos, se puede caracterizar el modelo en clave misionera, en contraposición con el modelo de conservación o de subsistencia, de la siguiente manera:

- Es una pastoral comunitaria, orgánica y de corresponsabilidad, superando la pastoral clerical e individualista
- Es una pastoral que articula todas las mediaciones eclesiales, superando la pastoral ritualista o sacramentalizadora
- Es una pastoral de iniciación y de personalización de la fe. Contraria a una pastoral que no acompaña la conversión, que se queda en la tradición social y cultural del hecho cristiano
- Es una pastoral orientada a formar comunidades
- Es una pastoral abierta y en diálogo significativo con el mundo
- Es una pastoral para un mundo pluralista como el de hoy
- Es una pastoral del diálogo y del servicio

Uno de los aspectos que merece ser resaltado tiene que ver con la superación de esa pedagogía uniforme, única e igual para todos, que no reconoce, ni se apropia de las diferentes situaciones personales y comunitarias frente a la fe y el Evangelio. En términos de Aparecida, se requiere una pedagogía

respetuosa de los procesos personales y los ritmos comunitarios, que requiere itinerarios diversificados, continuos y graduales. ¹⁴⁵

La perspectiva ad gentes, y la pedagogía misionera que le es propia, pide que en Bogotá se haga realidad lo dicho en su momento por el Concilio Vaticano II: «Pues, aunque la Iglesia contenga en sí la totalidad o la plenitud de los medios de salvación, ni siempre ni en un momento obra, ni puede obrar, con todos sus recursos, sino que, partiendo de modestos comienzos, avanza gradualmente en su esforzada actividad por realizar el designio de Dios; más aún, en ocasiones, después de haber incoado felizmente el avance, se ve obligada a deplorar de nuevo un regreso, o a lo menos se detiene en un estado de semiplenitud y de insuficiencia. En cuanto se refiere a los hombres, a los grupos y a los pueblos, tan sólo gradualmente, establece contacto y se adentra en ellos, y de esta forma los trae a la plenitud católica. A cada condición o situación deben corresponder acciones propias o medios adecuados». ¹⁴⁶

Lo anterior sugiere a la Iglesia arquidiocesana asumir los siguientes criterios pedagógicos, señalados en su momento por el “Directorio General para la catequesis”:

- a) «Los agentes de la evangelización han de saber operar con una “visión global” de la misma e identificarla con el conjunto de la misión de la Iglesia.
- b) El mandato misionero de Jesús comporta varios aspectos, íntima-

mente unidos entre sí: “anunciad” (Mc 16,15), “haced discípulos y enseñad”, “sed mis testigos”, “bautizad”, “haced esto en memoria mía” (Lc 22,19), “amaos unos a otros” (Jn 15,12). Anuncio, testimonio, enseñanza, sacramentos, amor al prójimo, hacer discípulos: todos estos aspectos son vías y medios para la transmisión del único Evangelio y constituyen los elementos de la evangelización.

c) Algunos de estos elementos revisan una importancia tan grande que, a veces, se tiende a identificarlos con la acción evangelizadora. Sin embargo, “ninguna definición parcial y fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización”. Se corre el riesgo de empobrecerla e, incluso, de mutilarla. Al contrario, ella debe desplegar “toda su integridad” e incorporar sus intrínsecas bipolaridades: testimonio y anuncio, palabra y sacramento, cambio interior y transformación social»¹⁴⁷

d) «La Iglesia, aun conteniendo en sí permanentemente la plenitud de los medios de salvación, obra de modo gradual. El decreto conciliar *Ad Gentes* ha clarificado bien la dinámica del proceso evangelizador: testimonio cristiano, diálogo y presencia de la caridad (nn.11-12), anuncio del Evangelio y llamada a la conversión (n. 13), catecumenado e iniciación cristiana (n. 14), formación de la comunidad cristiana, por medio de los sacramentos, con sus ministerios (n.15-18)»¹⁴⁸

e) «El proceso evangelizador, por consiguiente, está estructurado en etapas o “momentos esenciales”: la *acción mi-*

isionera para los no creyentes y para los que viven en la indiferencia religiosa; la *acción catequético-iniciatoria* para los que optan por el Evangelio y para los que necesitan completar o reestructurar su iniciación; y la *acción pastoral* para los fieles cristianos ya maduros, en el seno de la comunidad cristiana. Estos momentos, sin embargo, no son etapas cerradas: se reiteran siempre que sea necesario, ya que tratan de dar el alimento evangélico más adecuado al crecimiento espiritual de cada persona o de la misma comunidad».¹⁴⁹

f) «Según esto, hemos de concebir la evangelización como el proceso, por el que la Iglesia, movida por el Espíritu, anuncia y difunde el Evangelio en todo el mundo, de tal modo que ella: –Impulsada por la *caridad*, impregna y transforma todo el orden temporal, asumiendo y renovando las culturas; –da *testimonio* entre los pueblos de la nueva manera de ser y de vivir que caracteriza a los cristianos; –y proclama explícitamente el Evangelio, mediante el “*primer anuncio*”, llamando a la conversión. –Inicia en la fe y vida cristiana, mediante la “*catequesis*” y los “*sacramentos de iniciación*”, a los que se convierten a Jesucristo, o a los que reemprenden el camino de su seguimiento, incorporando a unos y reconduciendo a otros a la comunidad cristiana. –Alimenta constantemente el don de la comunión en los fieles mediante la educación permanente de la fe (homilía, otras formas del ministerio de la Palabra), los sacramentos y el ejercicio de la caridad; –y suscita continuamente la misión, al enviar a todos los discípulos de Cristo a anunciar el Evangelio,

con palabras y obras, por todo el mundo». ¹⁵⁰

g) «El ministerio de la Palabra se ejerce “de forma múltiple” (...) Las principales funciones del ministerio de la Palabra son las siguientes: –Convocatoria y llamada a la fe, la función de iniciación, la educación permanente de la fe, la función litúrgica, la función teológica.» ¹⁵¹

h) «El ministerio de la Palabra está al servicio del proceso de conversión permanente. El primer anuncio tiene el carácter de llamar a la fe; la catequesis el de fundamentar la conversión, estructurando básicamente la vida cristiana; y la educación permanente de la fe, en la que destaca la homilía, el carácter de ser el alimento constante que todo organismo adulto necesita para vivir». ¹⁵²

i) «La situación actual de la evangelización postula que las dos acciones, el anuncio misionero y la catequesis de iniciación, se conciban coordinadamente y se ofrezcan, en la Iglesia particular, mediante un proyecto evangelizador *misionero* y *catecumenal* unitario». ¹⁵³

La pedagogía misionera pide, como novedad, ofrecer variedad y multiplicidad en los itinerarios, que acompañen a la personas en su situación y en su proceso de apropiación personal y comunitaria de la fe. El actual pluralismo no permite pensar en situaciones uniformes frente a la fe. La Iglesia se encuentra, hoy día, frente a una gran variedad de situaciones. En un mundo pluralista, dinámico, heterogéneo e incierto, la Iglesia ha de transmitir la

fe o anunciar el Evangelio conforme a las necesidades de cada uno, deseos y disposiciones, de un modo más personalizado.

Personas diversas han de encontrar caminos diversos, abiertos y plurales, respetuosos de su situación, de su ritmo, de su caminar, de su proceso. Hemos de superar el repertorio, en muchos casos monótonos, de acciones únicas y repetidas para todos, como si todos se encontraran en la misma situación. Por lo demás, no se puede esperar que todos se sientan motivados por la misma mediación. En la actual situación urbana donde es posible encontrar personas con culturas distintas (tradicional, moderna o posmoderna), hay que reconocer que a algunos les dice más la mediación litúrgica, a otros más la palabra, a otros más el servicio, a otros lo comunitario. Sin desarticular las acciones eclesiales o priorizar una o unas sobre otras, sí es necesario reconocer y valorar dicho pluralismo y catolicidad.

Lo anterior exige una pedagogía misionera, plural y heterogénea, distinta de la homogeneidad característica, hasta el día de hoy, en la arquidiócesis. Solicita pensar en lugares y espacios de encuentros donde toda esta diversidad y dinamicidad en las formas de pertenencia tenga cabida y sea reconocida. La Iglesia arquidiocesana puede abrir grupos humanos de diversa índole en los que se generen espacios de encuentro, de diálogo, de reflexión, donde haya cabida distintos tipos de personas, con intereses diversos, más allá de los habituales espacios de formación para los sacramentos o para la

formación de agentes de pastoral. Con ello, se obra a modo de Jesús que se encontró con todos, que tuvo palabras para todos, tanto con sus discípulos, como con las autoridades romanas y judías, con los curiosos, con los desprevénidos, con los más cercanos. Se asume así el paso de lo que algunos llaman pastoral del encuadramiento, para dar el paso –en términos de estos mismos estudiosos- a una pastoral del engendramiento que, en términos del magisterio pastoral de hoy, se llama pastoral misionera. Pastoral que se caracteriza por una presencia abierta, dialógica, propositiva y significativa en los espacios humanos donde transcurre la vida, más allá de los tradicionales, sin descuidarlos ni olvidarlos, pero dándoles perspectiva misionera.

La pastoral misionera y su correspondiente pedagogía misionera piden prestar mayor atención a la educación de la conversión como respuesta humana de adhesión a la persona de Jesús. Más aún, en un contexto como el nuestro donde el problema focal en nuestra arquidiócesis reconoce una débil o vacilante adhesión a la persona de Jesús y su proyecto del Reino, razón por la cual en la idea fuerza del plan de evangelización, se muestra la urgente necesidad de cambiar esta situación y llevar a una viva, consciente y plena adhesión.

Ad gentes, como perspectiva de comprensión de las situaciones de evangelización hoy, solicita de nosotros ofrecer espacios evangelizadores que acompañen la fe en sus comienzos. La arquidiócesis, en su proceso de discernimiento, ha reconocido en este

momento de su peregrinar un vacío o ausencia de acciones misioneras propiamente dichas. Lo cual va a requerir pensar en estructurar e institucionalizar las acciones de primer anuncio y de catecumenado, tanto para los que piden el bautismo, como a bautizados de toda edad que se encuentren en situación de reiniciación cristiana o, como se llama hoy día, de volver a empezar. Toda esta pedagogía misionera del don de la fe y de conversión como respuesta humana agradecida a dicho don, debe ir acompañada y estimulada por una adecuada teología de la conversión cristiana, con la cual se pueden acompañar los procesos humanos de encuentro significativo con Cristo, en relación y diálogo con la autonomía y libertad humanas, valores muy característicos y apreciados en las sociedades urbanas y seculares de hoy, de modo tal que la fe gane en credibilidad y razonabilidad.

6.4. Los medios acordes a los fines

70. A pocos años de terminado el Concilio Vaticano II y como resultado de un sínodo sobre la evangelización, el Papa Pablo VI no sólo dijo que la evangelización es la vocación propia de la Iglesia, sino que además «el esfuerzo orientado al anuncio del Evangelio es sin duda el servicio que la Iglesia presta a la comunidad cristiana e incluso a toda la humanidad». ¹⁵⁴

Hoy, luego de un nuevo sínodo sobre la evangelización (año 2013), la pregunta que el Papa Pablo VI formuló en su momento sigue siendo actual y de suma importancia para la Iglesia hoy: «la Iglesia ¿es más o menos apta para

anunciar el Evangelio y para insertarlo en el corazón del hombre con convicción, libertad de espíritu y eficacia?»¹⁵⁵

Todos –continúa- tenemos la necesidad urgente de dar a tal pregunta una respuesta, leal, humilde, valiente, y de obrar en consecuencia. La arquidiócesis de Bogotá, fiel al envío de Jesucristo, se ha renovado de modo constante en su actuar, y ha dado así respuesta a la pregunta del Papa. Hoy, con su nuevo plan de evangelización, vuelve y busca caminos y medios para ser más fiel y asumir el llamado a una renovación misionera de la evangelización.

Un largo proceso de discernimiento llevó a la iglesia arquidiocesana a identificar un problema focal y un ideal hacia el cual caminar. Y, como medio particular para dar el paso de esta situación problemática a la deseada, se propone actuar desde un nuevo paradigma de evangelización misionera.

Un plan de evangelización es siempre un medio, no un fin. Por más completo y actualizado, no es un fin en sí mismo. Todo plan está al servicio de la evangelización y a su finalidad que le es propia, la renovación de la humanidad:

«Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior. La Iglesia evangeliza cuando trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que

ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos. De alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el diseño de salvación»¹⁵⁶

Como fue dicho antes, en esta dinámica de ofrecer un sabor evangélico a la vida, la Iglesia no se queda en el humanismo. Llama también a la conversión, a la adhesión a Jesús y al discipulado y a formar parte activa de la comunidad eclesial.

Por eso, el propósito de la acción evangelizadora en su conjunto es la apropiación personal de la fe y la adhesión libre al misterio de la fe cristiana. Para que en la pedagogía evangelizadora los medios sean acordes a los fines, ha de ser claro entre nosotros que esta finalidad no es solo la meta del proceso, sino clave configuradora de su concepción y su desarrollo. De este modo, la Iglesia arquidiocesana asume el reto de pasar de una débil adhesión a la persona de Jesús y su proyecto del Reino, a una adhesión plena, madura, libre y consciente.

Al anunciar el evangelio e invitar a la fe, la Iglesia –si quiere respetar el principio pedagógico anotado- debe ser consciente de varias cosas. Primero, realizar un serio diagnóstico sobre la situación de la fe y de su educación. Con lo cual, se hace consciente que en este contexto es común hablar de crisis en varios sentidos, todos ellos

complementarios: crisis de transmisión de la fe, crisis de fe, crisis de Dios, crisis en los modos de educar en la fe. Con la palabra crisis, se resalta el hecho de los cambios, no la negación o la imposibilidad de anunciar el evangelio, tal como lo reconocen estudios recientes sobre la evangelización y la fe. Los cuales subrayan el hecho del cambio de todo el contexto de anunciar, acoger y decidir la fe ha cambiado radicalmente.

Segundo, si bien es cierto que la fe no cambia en su contenido esencial, lo que ha cambiado es el marco donde esa fe ha de ser nuevamente confesada y comprendida; por tanto, la pedagogía misionera ha de asumir retos antiguos y nuevos retos en lo que respecta a la educación en la fe, expresado en unas dicotomías que desconocen la eclesialidad de la fe: “creer sin pertenecer”, “creer pero no eclesialmente”, con lo cual ha entrado en crisis la clásica confesión de “creo lo que cree la Iglesia”.

Problema que no es sólo consecuencia del contexto como suele pensarse. También hay muchas prácticas educativas en la Iglesia que no educan a la eclesialidad de la fe, a creer eclesialmente. Prácticas pastorales o evangelizadoras que pueden alimentar cierta religiosidad, diversos modos de creer en Dios, pero que no necesariamente educan en creer en Dios en la Iglesia.

El Papa Francisco, en su primera encíclica sobre la fe, llama la atención sobre esta serie de problemas educativos, relacionados con los cambios sociales y religiosos y malas e inadecuadas prácticas evangelizadoras, que no edu-

can en la fe sino que la deforman. Con lo cual, se contradice la relación acorde entre fines y medios en el anuncio del evangelio y en la educación en la fe. Señala la urgencia de mostrar que «la fe no es únicamente una opción individual que se hace en la intimidad del creyente (...) (que) no es una relación exclusiva entre el yo del fiel y el tu divino, entre un sujeto autónomo y Dios (...) (que) no puede ser una mera confesión que nace del individuo».¹⁵⁷ También muestra que la fe «no es algo privado, una concepción individualista, una opinión subjetiva».¹⁵⁸ Así mal comprendida, continúa, «se queda en una bella fábula, proyección de nuestros deseos de felicidad, algo que nos satisface únicamente en la medida en que queremos hacernos una ilusión. O bien, se reduce a un sentimiento hermoso, que consuela y entusiasma, pero dependiendo de los cambios en nuestro estado de ánimo o de la situación de los tiempos, e incapaz de dar continuidad al camino de la vida».¹⁵⁹

El Papa Benedicto, en sus catequesis en el año de la fe, también llamó la atención sobre otros graves peligros en relación con la fe, su vivencia y su educación: «Frecuentemente, el cristiano ni siquiera conoce el núcleo central de la propia fe católica, del Credo, de forma que deja espacio a un cierto sincretismo y relativismo religioso, sin claridad sobre las verdades que creer y sobre la singularidad salvífica del cristianismo. Actualmente, no es tan remoto el peligro de construirse, por así decirlo, una religión auto-fabricada».¹⁶⁰

Muchas prácticas pastorales ofrecen imágenes inadecuadas y deformadas

de Dios, con las que se alimenta el ego-centrismo religioso, el infantilismo religioso, la superstición y la concepción de Dios como el “tapagujeros”. Otras desarrollan formas de fe individualistas, subjetivistas y poco eclesiales. No faltan prácticas que generan y alimentan una fe impersonal. Otras se organizan a partir de una comprensión desencarnada de la fe. Su formación más que moral es moralizante.

Todas estas formas deformadas y reductoras de la fe contienen mucho de religiosidad, pero poco de adhesión y de conversión a la persona de Jesús y su proyecto del Reino. El plan de evangelización, y el paradigma que le es propio, invita a que en la arquidiócesis de Bogotá la pedagogía de educación en la fe, eduque en la fe evangélica y eclesial y que esta sea asumida de modo libre, maduro y consciente. Ello lleva a que se ponga el primado de la *“educación al auténtico sentido de la fe cristiana”* como uno de los elementos más característicos del nuevo paradigma de evangelización misionera en la arquidiócesis, ya que la situación actual no sólo es de pastoral sacramentalizadora, sino algo más profundo y hasta deformante del verdadero sentido de la fe en Cristo: “la gestión de simples prácticas religiosas”.

En la arquidiócesis habría que acoger el siguiente llamado del Papa Benedicto en una de sus catequesis en el año de la fe: hoy se pide «una renovada educación en la fe, que comprenda ciertamente un conocimiento de sus verdades y de los acontecimientos de

la salvación, pero que sobre todo nazca de un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo, de amarle, de confiar en Él, de forma que toda la vida esté involucrada en ello».¹⁶¹

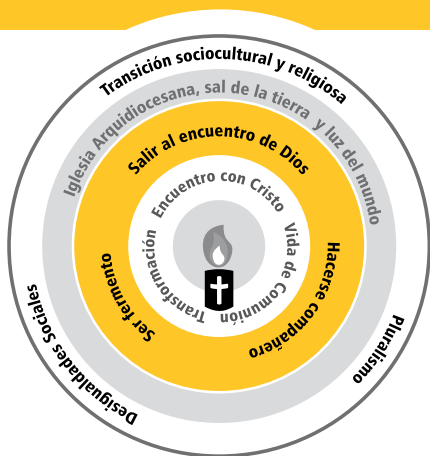
Ante todos estos nuevos retos, el evangelizador ha de mantener en alto sus motivaciones y también ser conscientes de posibles tentaciones. Unas y otras, descritas con profunda espiritualidad por el Papa Francisco, caracterizan la pedagogía misionera que le permita a la arquidiócesis no sólo no continuar en un camino paralelo a la vida de la ciudad, como lo reconoció el VI Sínodo, sino además educar a una verdadera adhesión a la persona de Jesús y su proyecto el Reino.

En esta perspectiva, la pedagogía misionera se caracteriza por: su entusiasmo, alegría, esperanza, los procesos comunitarios, el amor fraterno, el diálogo, la confianza y el gozo. Pero, lo más importante, como lo ha sido siempre en la Iglesia, es una pedagogía que se caracteriza por «una decidida confianza en el Espíritu Santo». En la evangelización, «no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse donde Él quiera. Él sabe bien lo que le hace falta a cada época y en cada momento».¹⁶²

Vista aérea del Santuario de Monserrate y sus peregrinos que son más de un millón al año







IV. DINAMISMOS DEL PARADIGMA MISIONERO DE EVANGELIZACIÓN¹⁶³

«Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia (...): prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades»

Francisco, EG 49

71. Al analizar los datos de las consultas y particularmente las propuestas que se hicieron sobre el itinerario que podemos recorrer desde la situación presente hacia el escenario futuro, hemos identificado, como un cuarto componente del paradigma, unos dinamismos que materializan la comprensión renovada sobre la identidad de la evangelización en la arquidiócesis y un conjunto de criterios generales que se desprenden de estos dinamismos y deben acompañar todas nuestras acciones evangelizadoras.

Los tres dinamismos que hemos discernido como necesarios para responder a los desafíos que el tiempo presente y el contexto le pone a nuestra condición como discípulos misioneros, y que deben inspirar y caracterizar toda nuestra acción evangelizadora

para llegar a ser una Iglesia sal de la tierra y luz del mundo, en medio de la región capital, son¹⁶⁴ : **a)** Salir al encuentro de Dios que vive en nuestra región capital, **b)** Hacernos compañeros de camino para cuidar y anunciar la obra de Dios en la vida de todos, y **c)** Fermentar la sociedad, desde el Reinado de Dios, por la comunión y el servicio.

Estos dinamismos, que esperamos sean asumidos por todos los católicos de la arquidiócesis, se fundamentan en la vivencia personal y comunitaria de la experiencia de encuentro, amor y seguimiento del Señor Jesucristo, en el cultivo de las relaciones de comunión que brotan de este seguimiento, y en la consciencia y compromiso de ser llamados por el Señor a participar en la transformación evangélica de la historia hasta la manifestación plena del Reino de Dios, que la tradición bíblica llama la venida de la Jerusalén Celestial.¹⁶⁵

1. SALIR AL ENCUENTRO DE DIOS QUE VIVE EN LA REGIÓN CAPITAL

72. El primer dinamismo que debe caracterizar la evangelización en la arquidiócesis de Bogotá es un movimiento de adentro hacia afuera, un movimiento de salida, que se entiende en varios sentidos:

- Nuestra acción evangelizadora, en cuanto servicio al plan de la salvación que Dios sigue llevando a cabo en la historia de la humanidad y en la historia particular de esta región capital, debe caracterizarse por un permanente dinamismo de salida; pues este plan tiene su origen en la infinita sabiduría y misericordia de Dios quien, por su Hijo Jesucristo y el Espíritu Santo, ha querido salir de sí para hacer a todos los seres humanos partícipes de su vida de comunión, liberándolos de todo aquello que les impide vivir en plenitud este don. El mismo Jesucristo, primer evangelizador, origen y modelo de nuestra acción evangelizadora, salió de sí mismo para ser fiel a la misión del Padre y a su amor por los hombres, sus hermanos: «siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría divina, al contrario se anonadó y tomó la condición de esclavo, y pasó por uno de tantos. Y en su condición de hombre se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz.» (Fil 2,5ss). Este dinamismo de salida misericordiosa, propio de la pedagogía divina, hoy más que nunca debemos asumirlo como el corazón mismo de nuestra misión evangelizadora. El Misterio de la Encarnación es en primera instancia un misterio de salida para ir al encuentro de

” Los tres dinamismos que hemos discernido como necesarios para responder a los desafíos que el tiempo presente y el contexto le pone a nuestra condición como discípulos misioneros, y que deben inspirar y caracterizar toda nuestra acción evangelizadora.

la humanidad. La vida entera de Jesús fue un permanente movimiento de salida, de sí mismo, para ir al servicio de la voluntad salvífica del Padre, quien actúa en la historia en favor de toda la humanidad, como Él mismo lo dijo: «Jesús, pues, tomando la palabra, les decía: “En verdad, en verdad les digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace Él, eso también lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que él hace. Y le mostrará obras aún mayores que estas, para que se asombren.”» (Jn 5,19-20).

• Todos los miembros del pueblo de Dios, en virtud de nuestro bautismo, somos llamados a ser evangelizadores. El bautismo nos hace a todos partícipes de esta tarea, puesto que nos inicia en una nueva identidad como **discípulos misioneros de Jesucristo**, la cual nos pone en movimiento de salida hacia la trascendencia, hacia la vida de comunión y hacia la misión de comunicar vida a los demás; por el bautismo, somos todos enviados a compartir con la humanidad entera la alegría de nuestro encuentro con Jesucristo y la vida plena que Él nos comunica, apartándonos de la tendencia actual al encerramiento sobre sí mismos, a buscar sólo el propio bienestar, al margen del bien de los demás. La tarea evangelizadora nace en este dinamismo propio de la condición bautismal que nos une a todos los católicos y que hoy, más que nunca, debemos cultivar, para que todos vivamos intensamente nuestra misión y superemos la tentación que muchos tienen de reducir el ser católico a la realización de ciertos ritos religiosos, al margen de la vida concreta

que llevamos en la ciudad o en los municipios.¹⁶⁶

• El Señor Jesucristo ha congregado a su Iglesia y la ha enviado al mundo, con la fuerza del Espíritu Santo, a evangelizar: «Vayan al mundo entero y hagan discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19). Este es el mandato del Señor, un mandato para salir e ir al encuentro de los otros, no para esperar a que los otros vengan.¹⁶⁷ Sin embargo, reconozcamos que a veces nos acostumbramos a encontrarnos con Dios dentro de las mediaciones eclesiales, olvidando que es el Dios de la misericordia en la historia, a quien le interesa lo que pasa en la vida concreta de cada ser humano en medio de la ciudad y de los municipios, y es allí donde en primer lugar quiere ser reconocido, alabado y servido.¹⁶⁸ Promover entonces una **Iglesia y una evangelización “en salida”**, de acuerdo con el mandato misionero, implica en primer lugar para nosotros redescubrir a Dios en la historia concreta de los habitantes de la ciudad y los municipios, reconocer y salir al encuentro de Jesús presente en la vida de la sociedad, en medio de sus luces y de sus sombras; reconocerlo en las actividades cotidianas, en aquellos que sufren y en sus clamores, para así redescubrir el valor de la Eucaristía y los demás sacramentos como celebración que actualiza el Misterio Pascual de Cristo en la historia concreta que viven hombres y mujeres de nuestra región capital. Salir implica por tanto el desarrollo de la capacidad de contemplar ¹⁶⁹, para reconocer en el cambio constante de la historia la

presencia actuante y misericordiosa de Dios que no busca otra cosa que la libertad y la vida plena para todos, y así ponernos a su servicio, desde una espiritualidad encarnada y misericordiosa, con toda la riqueza de dones e instrumentos que el Señor le ha dado a su Iglesia.

- Salir, como actitud y criterio permanente de cualquier actividad evangelizadora que realicemos en la región capital, implica además asumir las consecuencias de estar afuera: **dejar nuestras seguridades**, bajándonos de nuestra cabalgadura, de nuestra comodidad, de nuestros vanos orgullos e intolerancia, de nuestra “autoreferencialidad”, para vivir la cultura del encuentro desde la humildad del Evangelio; para asumir el riesgo de la inseguridad, de la persecución, del rechazo, de ser uno más en medio de otros; pero de igual manera, para abrirnos a las sorpresas de Dios, a su creatividad y novedad constantes. Salir, despojándonos de nosotros mismos, como Jesús lo hizo, para hacernos más capaces de amar y servir. «Entre una Iglesia accidentada por salir a la calle y una Iglesia enferma de autorreferencialidad, prefiero sin duda la primera», ha dicho explícitamente el Papa Francisco en sus enseñanzas.¹⁷⁰

- Salir, como dinamismo de nuestra evangelización, significa también la determinación de ponernos en camino **hacia las periferias del sufrimiento humano**, pues es allí donde el Señor Jesús quiere ser escuchado, reconocido, servido, con prontitud. Sólo podemos corresponder a la iniciativa de Dios que nos amó primero, saliendo a

amar primero a aquellos que sufren, que están excluidos, que necesitan de nuestra ayuda; movimiento que el Papa Francisco llamó “primerear”.¹⁷¹ Salida que asume en primer lugar el rostro y las actitudes del buen samaritano, es decir, de la misericordia, que está atenta a lo que pasa al borde del camino, se conmueve y actúa hasta alcanzar la libertad, el bien, la vida plena para los otros.

- Afrontar el pluralismo y la transición cultural que vivimos nos plantea el desafío de **diversificar nuestras formas de evangelizar**, nuestros lenguajes, nuestras actitudes, nuestras metodologías; para poder así salir y hacernos también presentes, con una actitud dialogante, profética y propositiva, en los contextos culturales modernos y posmodernos, en los mundos virtuales, en las dinámicas de la globalización y en los procesos de transformación de la experiencia religiosa, del pluralismo religioso actual. Necesitamos salir de la creencia de que todos los colombianos somos católicos y hemos nacido católicos, para asumir el gran desafío de la acción misionera; de proponer con creatividad el Evangelio; de ir a buscar a los alejados, a los heridos por causa de nuestros antitestimonios; de ir a buscar a aquellos que, estando en sintonía con el Evangelio, no hallan un lugar en la Iglesia en el cual se sientan interlocutores.¹⁷² De igual manera, las injusticias sociales, la necesidad profunda de reconciliación y paz, de un diálogo social que fomente el bien común; así como el dolor de las víctimas, de los excluidos, de quienes sufren en nuestra región capital son hechos

que interpelan nuestra condición como discípulos misioneros y nos llaman a salir de la indiferencia y a ponernos en camino para asumir el compromiso que nuestra opción de servicio al Reino de Dios nos pide.

Buscamos, por tanto, que todos los católicos vivan en actitud de salida, que nuestros programas y proyectos evangelizadores sean pensados y diseñados desde una opción de salida.

2. HACERNOS COMPAÑEROS DE CAMINO PARA CUIDAR Y ANUNCIAR

” Jesús, con toda su actividad evangelizadora, se puso al servicio de la misericordia del Padre Celestial, haciéndose compañero de camino de todos, particularmente de los más débiles. Compartió el camino, la mesa, la palabra; se hizo solidario con los sufrimientos y necesidades de aquellos con quienes se encontró y los hizo partícipes de la misericordia del Padre.

73. El segundo dinamismo que debe caracterizar nuestra acción evangelizadora en la arquidiócesis de Bogotá, en medio del pluralismo, los cambios culturales y las desigualdades sociales, es el movimiento de hacernos cercanos y de caminar juntos para cuidar y anunciar la obra de Dios en cada uno, particularmente en aquellos que más sufren. Un movimiento que hace referencia a varios aspectos que debemos tener en cuenta:

- Los católicos de la arquidiócesis de Bogotá estamos llamados, hoy más que nunca, a asumir en nuestra vida como evangelizadores la misma actitud de Dios, quien, para liberarnos y hacernos partícipes de su vida de comunión en el amor, ha querido no sólo darse a conocer, sino además hacerse cercano, solidario y compañero de camino de la humanidad. Es Dios quien, por su amor infinito, ha tomado la iniciativa de establecer un **diálogo de salvación**¹⁷³, una alianza, hasta el extremo de enviar a su Hijo único para asumir en toda nuestra condición humana, menos en el pecado; para poder compadecerse de nosotros, como verdadero hermano de los hombres y hacernos partícipes de la salvación¹⁷⁴. Jesús, con toda su actividad evangelizadora, se puso al servicio de la misericordia del Padre Celestial, haciéndose compañero de camino de todos, particularmente de los más débiles. Compartió el camino, la mesa, la palabra; se hizo solidario con los sufrimientos y necesidades de aquellos con quienes se encontró y los hizo partícipes de la misericordia del Padre. Y para dar continuidad a su misión llamó y constituyó a sus discípulos en el nuevo pueblo de Dios, en torno al grupo de los Doce Apóstoles, haciéndolos a todos compañeros de camino y enviándolos a evangelizar. Su cercanía y compromiso de amor por todos llega hasta su entrega total en la Cruz y la participación del triunfo de su Resurrección, para hacernos partícipes de una vida nueva de comunión. Hoy, nuestra acción evangelizadora en la región capital de Bogotá

debe responder y ser expresión de esa voluntad de cercanía, encuentro, diálogo y acompañamiento propios de la pedagogía divina a lo largo de la historia de la salvación.

- La acción evangelizadora, que ya estamos llevando a cabo, así como la que debemos crear, debemos realizarla con actitud de cercanía y solidaridad hacia todos los habitantes de la región capital; es decir, desde la iniciativa de hacernos compañeros de camino de los cercanos, de los lejanos, de los extraños, de los creyentes y no creyentes; aprendiendo a escuchar primero a los otros, a entablar el diálogo respetuoso con otros, sin imponer, sin juzgar, cultivando así una **cultura del encuentro**¹⁷⁵. Hay que trabajar por hacernos **solidarios con todo lo humano** que se teje en la región capital,¹⁷⁶ para que caminando juntos podamos hacernos capaces de identificar las necesidades profundas de los otros, sus inquietudes, sus aspiraciones vitales, como Jesús en el camino de Emaús y, así, poder ponernos a su servicio, como el Buen Samaritano, para sanar las heridas, curar los dolores, atender a los sufrimientos, especialmente de quienes están en las periferias de nuestra sociedad urbana y rural; y para anunciar de manera más encarnada la alegría del Evangelio. Esta actitud de acompañamiento, de interés y solidaridad efectiva por las necesidades y sufrimientos de la gente nos hará ser testigos coherentes, hará crecer la confianza de los otros en nuestro anuncio y se reconocerá el valor y la importancia de nuestra propuesta. Evangelizar no es hacer proselitismo con el Evangelio, sino compartir

con aquellos con quienes vamos caminando juntos la alegría de nuestro encuentro con Jesucristo que nos lanza a ser profundamente solidarios y comprometidos por amor con todos.¹⁷⁷

- La cercanía respetuosa a los que piensan distinto, la actitud de encuentro y diálogo, el hacer camino juntos, el ser misericordiosos con los que sufren es lo que nos lleva a discernir y **reconocer la obra de salvación que Dios está haciendo en cada historia personal**, en la historia de familias y comunidades, para ponernos a su servicio, ayudando a cada uno a tomar conciencia de esa gracia del Señor y de su reinado de misericordia y a ser dóciles a ella. Cultivar esta actitud de encuentro y discernimiento nos permite poner al servicio de la obra del Señor en cada persona y comunidad los maravillosos instrumentos que hemos recibido del mismo Señor para la evangelización y que son signos del Reinado de Dios: el anuncio de la Palabra, la celebración de los sacramentos, la acción caritativa, la vida de comunidad. Cada uno de estos instrumentos de gracia debe adaptarse, inculturarse, encarnarse en este contexto de pluralismo y de transición cultural, para servir eficazmente a esa presencia salvífica del Señor que quiere hacer de cada historia de los hombres y mujeres de nuestra región capital una historia de salvación.

- Este dinamismo nos recuerda además que, al evangelizar, lo hacemos como discípulos misioneros **llamados a vivir como pueblo de Dios y a servir a la comunión**¹⁷⁸; por tanto, a la hora de evangelizar debemos buscar siempre la edificación de una vida en

comunidad, por la participación activa y orgánica de todos, cada uno desde su estado de vida, desde su ministerio o carisma propio, venciendo la tentación del individualismo que contamina nuestra sociedad y actuando auténticamente como el Cuerpo de Cristo que somos. Hay que desarrollar las habilidades comunicativas y comunitarias necesarias, cultivar los lazos de fraternidad y el sentido de pertenencia de unos hacia otros; de tal manera que nos sintamos responsables unos de otros, atentos a sus necesidades y comprometidos con ellos en una caridad efectiva, particularmente con los que más sufren¹⁷⁹. Se trata, entonces, de caminar juntos viviendo el don de la comunión como Iglesia, desde el ejercicio de una ética del cuidado, de la misericordia, del encuentro, que nos permita conformar comunidades alternativas a los modelos actuales y ser fuente de esperanza para la vida de las relaciones humanas en el mundo.

- Hacernos compañeros de camino nos lleva a la comprensión de los múltiples procesos de primer anuncio, de iniciación cristiana y de formación permanente de la fe, que realizamos dentro de la actividad evangelizadora, no como un adoctrinamiento, o un acto simple de transmisión de conocimientos, sino como el acompañamiento y anuncio que la comunidad entera ofrece a cada uno de sus miembros para que madure en su vida de fe, en su conversión al Señor Jesús, en el desarrollo de sus carismas, en el ejercicio de su compromiso misionero. **Procesos de formación desde una pedagogía del cuidado**, es decir, pensados desde lo

que los otros necesitan en su proceso de conversión, desde el discernimiento de la obra de Dios en cada uno, poniendo así los medios al servicio del fin y no al contrario. Entendiendo, entonces, todo el servicio de la formación, no como una instrucción que se imparte, sino como un camino que se comparte desde el testimonio de nuestra fe.

- La complejidad de los desafíos que implica la evangelización de una sociedad urbana y rural en transición, así como la superación de la situación de desbordamiento de las actividades, nos exige un **verdadero trabajo eclesial de conjunto, con unidad de criterios, en el que se desarrolle la complementariedad de los carismas y ministerios**, el liderazgo de equipo; y por tanto, un trabajo en el cual, como nos lo pide el Papa Francisco, se superen las actitudes contrarias al amor, entre ministros ordenados y laicos, entre ministros ordenados y la vida consagrada, entre comunidades, grupos o movimientos etc.¹⁸⁰ Hoy, más que nunca, debemos trabajar en la arquidiócesis de Bogotá por una evangelización orgánica y de conjunto que congrege las diversidades, que articule las fuerzas vivas eclesiales y nos permita actuar y caminar con un solo corazón y una sola alma, de manera pertinente, eficaz y que incida evangélicamente sobre nuestra sociedad.

3. FERMENTAR LA SOCIEDAD POR LA COMUNIÓN Y EL SERVICIO

74. El tercer dinamismo que debe caracterizar toda acción evangelizadora en la arquidiócesis de Bogotá, y que es complementario a los dos anteriores, es la referencia permanente al proceso transformador y liberador que el Reinado de Dios despliega en la región capital, en medio de las desigualdades sociales, el pluralismo y la transición cultural, y al servicio del cual debe ponerse toda actividad eclesial. Este dinamismo, de ser fuente de transformación a modo de fermento, nos lleva a tener presente varios aspectos:

- Jesús describe el Reino de Dios como la levadura que hace crecer la masa; discreta pero, efectivamente, va haciendo que las realidades humanas se vayan impregnando de la vida de comunión divina y se transformen evangélicamente conforme al plan de la salvación.¹⁸¹ «¿A qué compararé el Reino de Dios? Es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo» (Lc 13,20-21) La evangelización en cuanto servicio al Reino debe asumir la misma forma: **ser fermento de la sociedad**, desde el reconocimiento y servicio a la obra de Dios en cada persona, espacio y comunidad en esta región capital.¹⁸² Por tanto, toda acción evangelizadora que realicemos debe desarrollar esta dimensión transformadora de la cultura y de la sociedad, como lo enseñó el Papa Pablo VI.¹⁸³

- La vida nueva que brota del encuentro con Cristo, nos recuerdan los obispos en Aparecida, «toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana en su dimensión personal, familiar, social y cultural... No podemos concebir una oferta de vida en Cristo sin un dinamismo de liberación integral, de humanización, de reconciliación y de inserción social»¹⁸⁴; de ahí que pueda entenderse la evangelización en términos de un servicio a la Vida Plena en Cristo para todos los seres humanos. Hoy la práctica evangelizadora en la región capital está llamada a ponerse al servicio de esa Vida Plena, que genera una transformación de todo el ser humano y de todos los seres humanos, promoviendo el compromiso de cada bautizado, desde su estado de vida, y de cada comunidad, por la justicia, la reconciliación, la solidaridad y el cuidado de la creación.

- Asumir este tercer dinamismo implica, además, el reconocimiento de nuestra ciudad y su cultura en expansión, al igual que

” La evangelización en cuanto servicio al Reino debe asumir la misma forma: ser fermento de la sociedad, desde el reconocimiento y servicio a la obra de Dios en cada persona, espacio y comunidad en esta región capital.

de la sociedad rural, como una obra humana, fruto del ingenio y de las capacidades humanas, que goza de una legítima autonomía, sin por ello dejar de estar enriquecida por la presencia salvífica del misterio de la Pascua de Cristo.¹⁸⁵ La consecuencia fundamental de esta convicción es que la Iglesia y su acción evangelizadora están llamadas a **reconocer el mundo urbano-rural**, en toda su riqueza, complejidad y drama humano, **como un interlocutor con quien interactúa**, dando y recibiendo mutuamente, desde la riqueza del Evangelio.¹⁸⁶

- También este dinamismo nos invita al necesario reconocimiento de la **capacidad transformadora del pueblo de Dios**, llamado en virtud de la alianza, **a ser forjador de la historia**, como lo recordaban los obispos en Puebla: «Para los mismos cristianos, la Iglesia debería convertirse en el lugar donde aprenden a vivir la fe experimentándola y descubriéndola encarnada en otros. Del modo más urgente, debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino... Para que América Latina sea capaz de convertir sus dolores en crecimiento hacia una sociedad verdaderamente participada y fraternal, necesita educar hombres capaces de forjar la historia según la «praxis» de Jesús, entendida como la hemos precisado a partir de la teología bíblica de la historia. El continente necesita hombres conscientes de que Dios los llama a actuar en alianza con él. Hombres de corazón dócil, capaces de hacer suyos

los caminos y el ritmo que la Providencia indique. Especialmente capaces de asumir su propio dolor y el de nuestros pueblos y convertirlos, con espíritu pascual, en exigencias de conversión personal, en fuente de solidaridad con todos los que comparten este sufrimiento y en desafío para la iniciativa y la imaginación creadoras»¹⁸⁷ Hablamos de un poder transformador, propio del amor misericordioso de Dios, que es descrito por Jesús mediante las metáforas del “fermento”, de la “semilla”, de la “sal” y de la “luz”, que desde una presencia discreta, a veces vista, a veces no vista, pero sentida, que crece y hace crecer, va comprometiendo las libertades humanas en una opción por comunicar la vida en abundancia que el mismo Dios quiere para todos los seres humanos.

- Este tercer dinamismo nos mueve a tomarnos en serio el **mandamiento del amor al prójimo**, puesto que la caridad efectiva debe guiar e inspirar toda la dimensión social de la evangelización. Como nos lo enseñó Jesús, es la vivencia del amor misericordioso del Padre en toda circunstancia de la vida –particularmente en la solidaridad y ayuda a los más pobres y a quienes sufren– lo que hace que se haga visible y se manifieste el Reinado de Dios y el proceso transformador y liberador que genera. Nos recuerda el Papa: «Desde el corazón del Evangelio reconocemos la íntima conexión que existe entre evangelización y promoción humana, que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora. La aceptación del primer anuncio, que invita a dejarse amar por Dios

y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás».¹⁸⁸

- La acción evangelizadora de la arquidiócesis debe ser, entonces, una actualización permanente del compromiso por el cuidado de los otros, cercanos y lejanos, por la solidaridad con el que sufre, con los pobres, y aquellos que están excluidos en medio de nuestra ciudad y municipios, y que necesitan una ayuda concreta; debe llevar a que todos trabajemos, personal y comunitariamente por ser instrumentos de reconciliación, de justicia, de inclusión social de los pobres, de diálogo social; debe promover el trabajo, junto con otros, por la construcción de una sociedad más en consonancia con el reino de la vida plena en Cristo, de una sociedad más justa, equitativa, respetuosa, promotora de la dignidad humana y de la creación, de una sociedad cuyos valores y realizaciones sean anticipo y preparación de la Jerusalén celestial, que aguardamos de lo alto, y de la cual somos germen y fermento.

- Pensarnos como católicos que fermentan la sociedad urbano-rural, desde nuestro servicio al reinado de Dios presente, nos lleva a reconocer nuestra condición como ciudadanos, **como actores sociales junto a otros**, y a trabajar por asumir una actitud dialogante, humilde, propositiva; a buscar participar en los debates sociales propios de una sociedad democrática y plural, como la colombiana, con los argumentos de la razón iluminada por la fe y de la doctrina social de la Iglesia. Y por lo

mismo nos lleva a diseñar una evangelización que promueva desde todas las instancias la participación de los laicos y el ejercicio de su responsabilidad profética, sacerdotal y real en los asuntos del mundo, con el acompañamiento respetuoso, competente y cercano de los ministros ordenados.

- La vida de comunidad que el pueblo de Dios busca asumir, como un don de la Trinidad y desde las diversidades de sus miembros, también tiene el potencial para ser fuente de transformación evangélica de nuestra sociedad. Es el **don que podemos comunicar a la humanidad** y de la cual somos signo e instrumento. El compromiso por la vivencia auténtica en nuestra Iglesia arquidiócesana de la espiritualidad de comunión¹⁸⁹, de la fraternidad y de la solidaridad, puede contribuir mucho a la reconstrucción del tejido social, a la reconciliación, al fomento de una conciencia de la unidad humana, de la integración social. Esta conciencia se genera no sólo mediante enunciados verbales, sino sobre todo mediante la irradiación que produce la vivencia gozosa de la comunión al interior de las comunidades cristianas, que se convierte en signo profético, en modelo alternativo de vida, en comunidad contraste que señala nuevas comprensiones de la vida social. Toda nuestra acción evangelizadora debe asumir este dinamismo, y debe reconocer y potenciar su fuerza transformadora.

75. Estos tres dinamismos conforman entonces el estilo de evangelización, más claramente misionero, que queremos asumir para responder a los desafíos que nos plantea el nuevo contexto

de nuestra sociedad. Ya sea a la hora de pensar en la organización de la arquidiócesis, o en el trabajo del arciprestazgo, en la catequesis de iniciación, en el plan de trabajo con un grupo apostólico, o en el grupo de oración, o en un grupo de animación de la liturgia o de la pastoral social, en la asociación para la defensa de los derechos humanos, o en el proyecto vicarial de pastoral familiar etc., se trata de pensar, planear, organizar, realizar todo esto y cualquier otra actividad evangelizadora, teniendo en cuenta estos tres dinamismos y la mística evangelizadora misionera que impulsan.

Por esto, queremos –durante esta primera etapa de tres años- familiarizarnos, apropiarnos, comprender los fundamentos bíblicos, teológicos y pastorales de estos dinamismos, para hacernos capaces de construir –con una nueva mentalidad, con una nueva actitud misionera- los grandes procesos evangelizadores que orientarán la vida de nuestra arquidiócesis: los procesos de cuidado y promoción de la vida de comunión y participación (la evangelización de la familia, de la vida parroquial, de la juventud, de la edad adulta, del ministerio ordenado, la interacción con la vida consagrada, con las asociaciones de laicos, etc.), los que se refieren al anuncio, formación en la fe y diálogo con las culturas (animación bíblica, primer anuncio, iniciación cristiana, vida litúrgica, evangelización de la cultura, la educación, la comunicación etc.) y los que se refieren a la animación de la dimensión social de la evangelización (promoción de la cultura de la vida, la evangelización de la

vida económica, de la movilidad humana, la promoción de la cultura ciudadana, de la justicia, la reconciliación y la paz, etc.)

Reiteramos que estos dinamismos no se entienden como algo externo o ajeno a nosotros que pretendamos asumir, sino que se originan y se fundamentan, como se ha señalado¹⁹⁰, en la propia vivencia de la condición bautismal, es decir, en el encuentro, conocimiento, amor y seguimiento del Señor Jesucristo, en la experiencia de vida de comunión que Él nos lleva a vivir, y en la tarea de transformar con Él la historia hasta la venida de la Jerusalén Celestial. Experiencias que se hacen más radicales, en los ministros ordenados, en virtud de su vocación y de su ordenación, así como en los consagrados, en virtud de su decisión y de sus votos de vivir en una vida de particular santidad por la práctica de los consejos evangélicos.

No pensemos en los dinamismos como si fueran una estrategia en tres pasos o como una secuencia obligatoria que debamos seguir, sino como actitudes permanentes necesarias y complementarias que deben llevar a reflexiones, decisiones y acciones evangelizadoras más pertinentes y dialogantes con el contexto que vivimos. Más que ser un punto de llegada son un punto de partida para pensar, planear y vivir nuestra condición evangelizadora en las nuevas circunstancias.

EN EL UMBRAL DE LA ESPERANZA¹⁹¹

76. Queremos mirar con ojos de fe hacia nuestro futuro, con el corazón lleno de alegría, sin el escepticismo, los temores y tristezas que se difunden en el tiempo presente. Decía el Papa Benedicto: «La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una “prueba” de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro “todavía-no”. El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras».¹⁹²

El plan de evangelización se inserta en este dinamismo de la esperanza cristiana, que nos lleva a reconocer cómo el ideal futuro anhelado, que hemos discernido como la voluntad de Dios para nuestra arquidiócesis, y que se constituye como una promesa de Dios, de alguna manera, no siempre evidente a los ojos, ya está dándose en nuestro presente y, por lo mismo, se convierte en una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente, seguros de que la meta que nos espera justifica los esfuerzos y sacrificios del camino.

La esperanza nos lleva entonces, por un lado, a la contemplación de Dios en el mundo, en medio de sus luces y

sombras; pero, por otro lado, nos lanza, desde nuestra condición limitada, al compromiso creativo con el futuro anhelado, al trabajo abnegado, a la conversión, a la profecía, a la resistencia, al riesgo, al acompañamiento, hasta encontrar los caminos necesarios que contribuyan a la realización de los planes de Dios.

El fundamento de esta esperanza está en el amor incondicional de Cristo y en su promesa de permanecer siempre con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo, y se hace nuestra por el gozo del encuentro personal con Cristo que nos lleva a ser sus discípulos, a vivir en comunión y a dar testimonio y anunciar a otros la alegría de este encuentro salvífico

De ahí que entendemos la puesta en marcha del plan de evangelización, de su paradigma, como un acontecimiento de esperanza, que se funda en la relación personal que cada uno de nosotros tenemos con Jesucristo y que está llamada a renovarse; como bien los expresó el Papa Francisco:

«Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque “nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor”»¹⁹³

Además, reconocemos que la puesta en marcha del nuevo plan de evangelización es un acontecimiento que renueva y actualiza nuestra alegría, puesto que el sentido profundo del plan es ser un instrumento al servicio del impulso de comunicar a otros y dar testimonio personal y comunitario de la alegría del encuentro con Cristo, que ha transformado nuestras vidas. La puesta en marcha del plan debe ser ocasión para reavivar nuestra alegría y hacemos auténticos discípulos misioneros, que comunican a otros el gozo y la alegría que han recibido en el encuentro personal con el Señor Jesucristo.

El Papa Benedicto decía en el Mensaje a los Jóvenes de 2012, las siguientes palabras que hacemos enteramente nuestras:

«Id a contar a los demás jóvenes vuestra alegría de haber encontrado aquel tesoro precioso que es Jesús mismo. No podemos conservar para nosotros la alegría de la fe; para que ésta pueda permanecer en nosotros, tenemos que transmitirla (...) A veces se presenta una imagen del Cristianismo como una propuesta de vida que oprime nuestra libertad, que va contra nuestro deseo de felicidad y alegría. Pero esto no corresponde a la verdad. Los cristianos son hombres y mujeres verdaderamente felices, porque saben que nunca están solos, sino que siempre están sostenidos por las manos de Dios. Sobre todo vosotros, jóvenes discípulos de Cristo, tenéis la tarea de mostrar al mundo que la fe trae una felicidad y alegría verdadera, plena y duradera. Y si el modo de vivir de los cristianos parece a veces cansado y

aburrido, entonces sed vosotros los primeros en dar testimonio del rostro alegre y feliz de la fe. El Evangelio es la "buena noticia" de que Dios nos ama y que cada uno de nosotros es importante para Él. Mostrad al mundo que esto de verdad es así. Por lo tanto, sed misioneros entusiasmados de la nueva evangelización. Llevad a los que sufren, a los que están buscando, la alegría que Jesús quiere regalar. Llevadla a vuestras familias, vuestras escuelas y universidades, a vuestros lugares de trabajo y a vuestros grupos de amigos, allí donde vivís. Veréis que es contagiosa. Y recibiréis el ciento por uno: la alegría de la salvación para vosotros mismos, la alegría de ver la Misericordia de Dios que obra en los corazones. En el día de vuestro encuentro definitivo con el Señor, Él podrá decirnos: "¡Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu señor!" (Mt 25,21)».

Vivamos, entonces, este tiempo de gracia que el Señor nos concede, guiados por el fruto del discernimiento realizado y plasmado en el plan de evangelización; haciendo de él un acontecimiento de profunda esperanza y alegría. Que el renovado encuentro personal y comunitario con Cristo nos ayude a hacer del ideal futuro la fuerza que nos una y comprometa, nos ayude a hacer del nuevo paradigma de evangelización el estilo propio de vida que nos acerca hacia el ideal, y nos ayude a recorrer juntos el itinerario propuesto para dejar de hacer una pastoral de conservación y asumir una acción evangelizadora decididamente misionera en medio de nuestras circunstancias actuales.

NOTAS

1. LEITE. “Consideraciones sobre el término “paradigma””. En M. F. ANJOS, Teología y nuevos paradigmas (págs. 17-36). Bilbao, Mensajero, 1999.
2. Piénsese, en el campo de las ciencias naturales, en el paso del paradigma industrial (mecánico, newtoniano) al virtual (abierto, flexible, ecológico y holístico) inspirado en los principios de la física cuántica (autorregulación, interdependencia y sostenibilidad) o, en la así llamada Era de la información y el paradigma de la interdiscursividad multivocal o polifónica.
3. LIBANIO, J. “Diferentes paradigmas en la historia de la teología”. En M. F. ANJOS (ed.), Teología y nuevos paradigmas. Bilbao, Mensajero, 1999, p. 37.
4. LIBANIO, J. “Diferentes paradigmas en la historia de la teología”, 1999
5. Este Plan E, como así se ha querido llamar, se encuentra ya publicado y ha comenzado a ser trabajado en las distintas instancias de la vida arquidiocesana. El documento comprende cinco numerales fundamentales: en el primer numeral reconoce la vocación evangelizadora de la arquidiócesis de Bogotá, en el segundo hace referencia a la región capital como campo de evangelización, en el tercero presenta el fruto del discernimiento llevado a cabo en la construcción del plan, en el cuarto y más extenso formula la respuesta a los desafíos de la evangelización y en el quinto invita a ubicarnos en el umbral de la esperanza y la alegría como actitudes básicas para seguir el nuevo camino.
6. Cf. NMI 29a
7. Cf. NMI 29b
8. Cf. PE 35-53; GG 33-35
9. Documento Plan de Evangelización, Arquidiócesis de Bogotá, 2013, 1
10. E.S. Rubén Salazar, “Carta Pastoral con ocasión de la celebración jubilar de los 450 años de la Arquidiócesis de Bogotá”, Septiembre 1 de 2012
11. EG 50
12. EG 71
13. E.S. Rubén Salazar, Carta Pastoral, p.6.
14. Cf. DA 515
15. EG 71
16. Esta categoría de Región Capital, está definida desde los documentos de planeación distritales, los cuales establecen a Bogotá como nodo principal de la red de ciudades de la Región Bogotá- Cundinamarca, la vinculan al sistema de planeación regional en términos económicos, sociales y territoriales y la articula a las políticas y proyectos de servicios públicos de la región. Así mismo, desde las políticas públicas, Bogotá está concebida bajo el modelo de “ciudad abierta y competitiva” por su localización estratégica, su infraestructura y equipamiento, su nivel de desarrollo financiero, tecnológico y científico, la cualificación del capital humano y su papel en las economías de mercado. Además, se reconoce en estrecha interdependencia con el territorio rural regional, lo cual tiene implicaciones no solo en cuanto al uso del suelo y el consumo de recursos naturales, el uso de los ecosistemas productores y reguladores de agua, energía y alimentos, sino en cuanto a la sostenibilidad del hábitat, las formas socio –culturales, la vivienda, la accesibilidad a los servicios públicos y la movilidad (Decreto 190 de 2004). Esta interdependencia que la configura como región, es indicador del fenómeno de expansión metropolitana, propio de las ciudades latinoamericanas. Es fundamental comprender el significado de este fenómeno, para no caer en el reduccionismo de la contraposición entre lo urbano y lo rural como dos formas opuestas, o para justificar el tratamiento en los mismos términos urbanos, de los municipios correspondientes a la arquidiócesis; sino más bien, para identificar los matices existentes entre lo urbano y lo rural en los nuevos imaginarios que se construyen desde el concepto de Región Capital.
17. Cf. DA 511- 512
18. EG 50
19. Plan Global de Pastoral, Arquidiócesis de Bogotá, 1999-2008, “Mirada sinodal so-

bre la Arquidiócesis y la Región Metropolitana de Santafé de Bogotá”, p.17

20. EG 50

21. Plan de evangelización 35

22. Documento No. 3 del Plan E: “Unidos y comprometidos por un ideal”, Cap. 1-3

23. EG 51

24. Cardenal Jorge Mario Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires, en el Primer Congreso Regional de Pastoral Urbana (Buenos Aires, 25 de agosto de 2011)

25. AUGUSTIN, G., “El Fenómeno de la Secularización” en *¿Cómo evangelizar en la era secular?* Seminario Conciliar de Bogotá, 2014, pág. 9

26. RINCÓN, A., “La Secularización: una visión diferente” en *¿Cómo evangelizar en la era secular?* Seminario Conciliar de Bogotá, 2014, pág. 29

27. Documento No. 3: Unidos y comprometidos por un ideal, 15

28. GÓMEZ, C. M., Conferencia “La transformación post-secular de la religión”, marzo 2013

29. TOURAINE, A, *Un nuevo paradigma*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 15.

30. Ph. JONNAERT, *Compétences et socio-constructivisme: un cadre théorique*, Bruxelles, De Boeck, 2002, p. 67.

31. Juan Pablo II, *Fides et ratio* 5

32. Cf. EN 41

33. LF 24

34. Cf. LIPOVETSKY, G., *La felicidad paradójica*, Barcelona, Anagrama, 2010

35. LIPOVETSKY, G., *La felicidad paradójica*, Barcelona, Anagrama, 2010, 37

36. LIPOVETSKY, G., *La felicidad paradójica*, Barcelona, Anagrama, 2010, 63

37. EG 2.

38. ELZO, J., *Los jóvenes y la felicidad*, Madrid, PPC, 2006, pp. 22-23.

39. Cf. BAUMAN, Z., *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Buenos Aires, 2006.

40. Para el desarrollo de este punto nos

basamos en el artículo de L. AERENS, “La catéchese confrontée à l’ère de l’Homme Cyberneticus”, en *Lumen Vitae*, Vol. LIX, n. 1, p. 47-59.

41. M. SERRES, *Petite poucette*, Paris, 2012, pp. 11-13.

42. CA 46; además, en este punto también son válidas las palabras del Papa Benedicto XVI quien volvió sobre estas ideas en un discurso dirigido a los miembros de la Comisión Teológica Internacional, el 5 de octubre de 2007. Tras señalar la existencia de “una concepción positivista del derecho” según la cual “la humanidad, o la sociedad, o de hecho la mayoría de los ciudadanos se convierte en la fuente última de la ley civil”, lo cual implica buscar el poder y dejar de lado el bien, el Papa añadía: “En la raíz de esta tendencia se encuentra el relativismo ético, en el que algunos ven incluso una de las condiciones principales de la democracia, pues el relativismo garantizaría la tolerancia y el respeto recíproco de las personas. Pero si fuera así, la mayoría de un momento se convertiría en la última fuente del derecho. La historia demuestra con gran claridad que las mayorías pueden equivocarse”.

43. Según ONU Hábitat, Bogotá es la quinta capital más desigual de América Latina después de Brasilia, Santo Domingo, La Paz y Santiago. Aunque la pobreza ha disminuido en la ciudad –y en Colombia– y el coeficiente de Gini –que mide la distribución de la riqueza entre los habitantes de un territorio– ha decrecido –de 0,58 a 0,49 en 2012–, sigue siendo muy alta la desigualdad entre ricos y pobres.

44. En Bogotá, «la riqueza que se produce sigue dirigiéndose más a los ricos y menos a los sectores pobres. En Bogotá hay profundas disparidades de ingreso: el ingreso promedio del estrato 6 (alto), es 5 veces más alto que el del estrato 3, 10 veces más alto que el del estrato 2 y 14 veces más alto que el del estrato 1 (bajo)». ONU Hábitat, *Construcción de ciudades más equitativas: Políticas públicas para la inclusión en América Latina*, 2014, recuperado en: <http://publicaciones.caf.com/media/39869/cons->

truccion_de_ciudades_mas_ equitativas_ web0804.pdf

45. Según Bogotá cómo vamos, el 48% de los bogotanos están en estrato 1 y 2, mientras que el 5% está en estrato 5 y 6.

46. Cf. NMI 29a

47. DA 12, 41, 549

48. Cf. EG 7

49. DCE 1

50. EG 120

51. DA 11

52. Benedicto XVI, Discurso a la Asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana, 24 de mayo de 2012

53. EG 264

54. DA 11

55. «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» GS 22

56. Cf. Jn 1,1-9

57. GS 22

58. Cf. DP 170-219

59. GS 22: «El que es imagen de Dios invisible (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado... Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él, Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gal 2,20). Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido».

60. Cf. GS 22

61. Benedicto XVI, Discurso en la visita pas-

toral al Santuario de La Verna, 13 de mayo de 2012

62. GS 10

63. «Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que, bajo la superficie de lo cambiante, hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época». GS 10

64. Cf. GS 2

65. Cf. LG 1

66. DA, Discurso inaugural 4

67. Plan de evangelización 44

68. Cf. Jn 5,15-21; Mt 25, 31-46

69. RMi 18

70. DA 356 - 292

71. Cf. BAENA, G., «Ejercicios Ignacianos y comunidad», recuperado en: <http://www.cpalsj.org/publicue/media/CIREEjercicios%20IgnacianosGustavoBaena.pdf>

72. Cf. CD 11

73. LG 23

74. Cf. EG 30: «La Iglesia particular es el sujeto primario de la evangelización, ya que es la manifestación concreta de la única Iglesia en un lugar del mundo, y en ella verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo.»; además en la Proposición 41, Synodus Episcoporum bollettino, XIII Asamblea Generale Ordinaria del Sinodo dei Vescovi 7-28 Octubre 2012, No. 33 - 27.10.2012

75. Congregación para la Doctrina de la fe, Nota sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión; CFL 14, 19-

118 Plan de Evangelización. Fundamentos teológicos y pastorales

- 21; 32; FORTE, B., Iglesia icono de la Trinidad, Ed Sígueme, Salamanca, 2003
76. Cf. LG 9
77. Cf. LG 1
78. NMI 29b
79. Cf. DP 555
80. XIII Asamblea del Sínodo de los Obispos, Instrumentum Laboris, 19
81. Cf. LG 4
82. NMI 43
83. AG 2
84. EN 75
85. RH 10
86. Cf. EN 29
87. GS 22
88. RH 10
89. EG 266
90. Plan de evangelización 31
91. EG 87
92. EG 88
93. EG 90
94. Cf. GS 38
95. Plan de evangelización 26
96. Cf. PE 24-30.
97. DA 12
98. EN 20
99. Las principales ideas de este apartado están tomadas del Plan de evangelización, Documento No. 3: "Unidos y comprometidos por un ideal". Bogotá, 2012.
100. MANCERA, J. A., "La nueva evangelización y sus implicaciones en la planeación pastoral" en ¿Cómo evangelizar en la era secular? Seminario Conciliar de Bogotá, 2014, pág. 114
101. Cf. DA 370
102. Documento No. 3: Unidos y comprometidos por un ideal, 16
103. Documento No. 3: Unidos y comprometidos por un ideal, 19
104. Documento No. 3: Unidos y comprometidos por un ideal, 18
105. Documento No. 3: Unidos y comprometidos por un ideal, 20
106. El objetivo operativo del Plan E es «Los miembros de la arquidiócesis de Bogotá, sal de la tierra y luz del mundo, mediante el diálogo con las culturas urbanas y el discernimiento de la presencia salvadora de Dios en medio de las nuevas circunstancias que vive nuestra sociedad, impulsan procesos renovados de evangelización para vivir más intensamente su adhesión a la persona de Jesucristo y, como discípulos misioneros, participar en su propia edificación como Pueblo de Dios, llevar el Evangelio a todos los ambientes de la sociedad y ser, por su compromiso en la realización del proyecto de Dios para estar región capital, signo de esperanza de unos cielos nuevos y una tierra nueva». Plan de evangelización 34.
107. Documento No. 3: Unidos y comprometidos por un ideal, 20
108. Documento No. 3: Unidos y comprometidos por un ideal, 21
109. EG 27
110. Cf. DA 370
111. Cf. DA 366
112. Plegaria de la reconciliación 1
113. DA 11
114. EG 3
115. Plegaria Eucarística III; MND, n. 25
116. Cardenal Rubén Salazar, Carta Pastoral con ocasión del Jubileo – 450 años, 10
117. DA 515-516
118. EG 5
119. En palabras del Papa Francisco esto significa: «es una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agen-

tes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad» (EG 27)

120. IL 76

121. IL 83

122. Sínodo de los Obispos, XIII Asamblea General Ordinaria, La Nueva Evangelización para la Transmisión de la Fe Cristiana, Lineamenta

123. DCE 22

124. DA 391 - 398

125. Carta a Diogneto, recuperado en: <http://www.mercaba.org/TESORO/427-10.htm>

126. Cf. Para una pastoral de la cultura, 3

127. DP 385-405

128. EN 18-19

129. Consejo Pontificio de la Cultura, Para una pastoral de la cultura, 3

130. Consejo Pontificio de la Cultura, Para una pastoral de la cultura, 5

131. DA 14

132. DA 518,i

133. DCE 28a

134. DCE 29

135. DA 12

136. EN 20

136a. Gerhard Lohfink, "La Iglesia que Jesús quería", Bilbao, 1986

137. DA 391-398

138. LG 1

139. DI 4

140. GS 22

141. Cf. DA 375

142. AG 6

143. Cf. Benedicto XVI, Homilía de inauguración del Año de la fe, 11 de octubre de 2012: «Pero, con el fin de que este impulso interior a la nueva evangelización no se quede solamente en un ideal, ni caiga en la confusión, es necesario que ella se apoye en una base concreta y precisa, que son los documentos del Concilio Vaticano II, en

los cuales ha encontrado su expresión. Por esto, he insistido repetidamente en la necesidad de regresar, por así decirlo, a la «letra» del Concilio, es decir a sus textos, para encontrar también en ellos su auténtico espíritu, y he repetido que la verdadera herencia del Vaticano II se encuentra en ellos. La referencia a los documentos evita caer en los extremos de nostalgias anacrónicas o de huidas hacia adelante, y permite acoger la novedad en la continuidad. El Concilio no ha propuesto nada nuevo en materia de fe, ni ha querido sustituir lo que era antiguo. Más bien, se ha preocupado para que dicha fe siga viviéndose hoy, para que continúe siendo una fe viva en un mundo en transformación.»

144. DGC 59

145. DA 281

146. AG 6

147. DGC 46

148. DGC 47

149. DGC 49

150. DGC 48

151. DGC 51

152. DGC 57

153. DGC 277

154. EN 1.14

155. EN 4

156. EN 18 - 19

157. LF 39

158. LF 22

159. LF 24

160. Benedicto XVI, Audiencia General del 17 de octubre de 2012, en L'Osservatore Romano, 21 de octubre de 2012, número 43.

161. Benedicto XVI, Audiencia General del 31 de octubre de 2012, en L'Osservatore Romano, 4 de noviembre de 2012, número 45.

162. EG 280

163. Los párrafos introductorios de este cuarto capítulo son los numerales del 36 al 64 del Documento No. 6 del Plan de evangelización titulado: "El Gran Giro: Orienta-

ciones generales”

164. Cf. PE 35-53.

165. Cf. Ap 21

166. Cf. S.S. Francisco, Mensaje al Comité de Coordinación del Celam, Río de Janeiro, Julio 28 de 2013: «El discipulado misionero es vocación: llamado e invitación. Se da en un “hoy” pero “en tensión”. No existe el discipulado misionero estático. El discípulo misionero no puede poseerse a sí mismo, su inmanencia está en tensión hacia la trascendencia del discipulado y hacia la trascendencia de la misión. No admite la autorreferencialidad: o se refiere a Jesucristo o se refiere al pueblo a quien se debe anunciar. Sujeto que se trasciende. Sujeto proyectado hacia el encuentro: el encuentro con el Maestro (que nos unge discípulos) y el encuentro con los hombres que esperan el anuncio. Por eso, me gusta decir que la posición del discípulo misionero no es una posición de centro sino de periferias: vive tensionado hacia las periferias... incluso las de la eternidad en el encuentro con Jesucristo. En el anuncio evangélico, hablar de “periferias existenciales” des-centra, y habitualmente tenemos miedo a salir del centro. El discípulo-misionero es un des-centrado: el centro es Jesucristo, que convoca y envía. El discípulo es enviado a las periferias existenciales.».

167. Cf. S.S. Francisco, EG 20: «En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de “salida” que Dios quiere provocar en los creyentes. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (cf. Gn 12,1-3). Moisés escuchó el llamado de Dios: “Ve, yo te envío” (Ex 3,10), e hizo salir al pueblo hacia la tierra de la promesa (cf. Ex 3,17). A Jeremías le dijo: “Adondequiera que yo te envíe irás” (Jr 1,7). Hoy, en este “id” de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva “salida” misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan

la luz del Evangelio»

168. Cf. DA 514^a: «La fe nos enseña que Dios vive en la ciudad, en medio de sus alegrías, anhelos y esperanzas, como también en sus dolores y sufrimientos. Las sombras que marcan lo cotidiano de las ciudades, como por ejemplo, violencia, pobreza, individualismo y exclusión, no pueden impedirnos que busquemos y contemplemos al Dios de la vida también en los ambientes urbanos»

169. Cf. EG 71: «Necesitamos reconocer la ciudad desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubre al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas. La presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas. Él vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada sino descubierta, develada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa»

170. S.S. Francisco, Mensaje para la 48^a. Jornada Mundial de las Comunicaciones (2014): «Lo repito a menudo: entre una Iglesia accidentada por salir a la calle y una Iglesia enferma de autorreferencialidad, prefiero sin duda la primera. Y las calles del mundo son el lugar donde la gente vive, donde es accesible efectiva y afectivamente. Entre estas calles también se encuentran las digitales, pobladas de humanidad, a menudo herida: hombres y mujeres que buscan una salvación o una esperanza. Gracias también a las redes, el mensaje cristiano puede viajar «hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8). Abrir las puertas de las iglesias significa abrirlas asimismo en el mundo digital, tanto para que la gente entre, en cualquier condición de vida en la que se encuentre, como para que el Evangelio pueda cruzar el umbral del templo y salir al encuentro de todos.»; Cf. S.S. Francisco, Mensaje a los jóvenes argentinos, Río de Janeiro, Julio 25 de 2013: “Quiero que la Iglesia salga a la calle”

171. Cf. S.S. Francisco, EG 24 (“primerear”) y 197-201 (El lugar privilegiado de los pobres en el pueblo de Dios)

172. Cf. S.S. Francisco, Mensaje a los Obispos Brasileños, Río de Janeiro, julio 27 de 2013, No. 3: «Releamos una vez más el episodio de Emaús desde este punto de vista (Lc 24, 13-15). (...) Es el misterio difícil de quien abandona la Iglesia; ...Tal vez la Iglesia se ha mostrado demasiado débil, demasiado lejana de sus necesidades, demasiado pobre para responder a sus inquietudes, demasiado fría para con ellos, demasiado autorreferencial, prisionera de su propio lenguaje rígido; tal vez el mundo parece haber convertido a la Iglesia en una reliquia del pasado, insuficiente para las nuevas cuestiones; quizás la Iglesia tenía respuestas para la infancia del hombre, pero no para su edad adulta.[4] El hecho es que actualmente hay muchos como los dos discípulos de Emaús.»

173. Cf. S.S. Pablo VI, Ecclesiam Suam, 29: 29. «Hace falta que tengamos siempre presente esta inefable y dialogal relación, ofrecida e instaurada con nosotros por Dios Padre, mediante Cristo en el Espíritu Santo, para comprender qué relación debemos nosotros, esto es, la Iglesia, tratar de establecer y promover con la humanidad. El diálogo de la salvación fue abierto espontáneamente por iniciativa divina: Él nos amó el primero; nos corresponderá a nosotros tomar la iniciativa para extender a los hombres el mismo diálogo, sin esperar a ser llamados. El diálogo de la salvación nació de la caridad, de la bondad divina: De tal manera amó Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito; no otra cosa que un ferviente y desinteresado amor deberá impulsar el nuestro.»

174. cf. Heb 5,1-14

175 Cf. S.S. Francisco, Mensaje para la 48ª. Jornada Mundial de las Comunicaciones (2014): «Comunicaciones al servicio de una cultura del encuentro»

176. Cf. Concilio Vaticano II, GS 1: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos

sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia».

177. Cf. S.S. Francisco, EG 87: «Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación. De este modo, las mayores posibilidades de comunicación se traducirán en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos. Si pudiéramos seguir ese camino, sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos». Y además en: 81-83; 87-92.

178. S.S. Francisco, Mensaje al Comité de Coordinación del CELAM, Río de Janeiro, julio 28 de 2013: «El discipulado misionero es vocación: llamado e invitación. Se da en un “hoy” pero “en tensión”. No existe el discipulado misionero estático. El discípulo misionero no puede poseerse a sí mismo, su inmanencia está en tensión hacia la trascendencia del discipulado y hacia la trascendencia de la misión. No admite la autorreferencialidad: o se refiere a Jesucristo o se refiere al pueblo a quien se debe anunciar. Sujeto que se trasciende. Sujeto proyectado hacia el encuentro: el encuentro con el Maestro (que nos unge discípulos) y el encuentro con los hombres que esperan el anuncio».

122 Plan de Evangelización. Fundamentos teológicos y pastorales

179. Cf. S.S. Benedicto XVI, Mensaje para la cuaresma 2012 y 2013.

180. Cf. S.S. Francisco, EG 81-83; 98-101

181. Cf. S.S. Francisco, EG 180: «La propuesta es el Reino de Dios (cf. Lc 4,43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales. Buscamos su Reino: “Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás vendrá por añadidura” (Mt 6,33).»

182. Cf. DA 366: «La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de Vida.»

183. Cf. S.S. Pablo VI, EN 18-20; Arquidiócesis de Bogotá, “El Plan E y su construcción”, Documento 2 del Plan de Evangelización, 63-67

184. DA 142

185. Cf. GS 41: «El Evangelio anuncia y proclama la libertad de los hijos de Dios, rechaza todas las esclavitudes, que derivan, en última instancia, del pecado; respeta santa-

mente la dignidad de la conciencia y su libre decisión; advierte sin cesar que todo talento humano debe redundar en servicio de Dios y bien de la humanidad; encomienda, finalmente, a todos a la caridad de todos. Esto corresponde a la ley fundamental de la economía cristiana. Porque, aunque el mismo Dios es Salvador y Creador, e igualmente, también Señor de la historia humana y de la historia de la salvación, sin embargo, en esta misma ordenación divina, la justa autonomía de lo creado, y sobre todo del hombre, no se suprime, sino que más bien se restituye a su propia dignidad y se ve en ella consolidada.»

186. Cf. GS 40-45: Cap. IV Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo

187. DP 273-279

188. S.S. Francisco, EG 178

189. Cf. S.S. Juan Pablo II, NMI 43

190. Cf. PE 36: El corazón de todo paradigma de evangelización.

191. Texto tomado del Documento del Plan de Evangelización No. 4.

192. SS 7

193. EG 3

BIBLIOGRAFÍA

AERENS, L., “La catéchese confrontée à l’ère de l’Homme Cyberneticus”, en *Lumen Vitae*, Vol. LIX, n. 1

Arquidiócesis de Bogotá, Plan Global de Pastoral 1999-2008, “Mirada sinodal sobre la Arquidiócesis y la Región Metropolitana de Santafé de Bogotá”

Arquidiócesis de Bogotá, Documento No. 3 del Plan E: Unidos y comprometidos por un ideal, 2011

Arquidiócesis de Bogotá, Documento No. 4 del Plan E: Documento Plan de Evangelización, 2013

Arquidiócesis de Bogotá, Documento No. 6 del Plan E: El Gran Giro: Orientaciones generales, 2014

AUGUSTIN, G., “El Fenómeno de la Secularización” en *¿Cómo evangelizar en la era secular?* Seminario Conciliar de Bogotá, 2014

BAENA, G., «Ejercicios Ignacianos y comunidad», recuperado en: <http://www.cpalsj.org/publique/media/CIREEjercicios%20Ignacianos-GustavoBaena.pdf>

BAUMAN, Z., *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006

BENEDICTO XVI, Audiencia General del 17 de octubre de 2012, en *L’Osservatore Romano*, 21 de octubre de 2012

BENEDICTO XVI, Discurso a la Asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana, 24 de mayo de 2012

BENEDICTO XVI, Discurso en la visita pastoral al Santuario de La Verana, 13 de mayo de 2012

BENEDICTO XVI, Homilía de inauguración del Año de la fe, 11 de octubre de 2012

BENEDICTO XVI, Mensaje para la cuaresma 2012 y 2013

BERGOGLIO J. M., Discurso en el Primer Congreso Regional de Pastoral Urbana, Buenos Aires, 25 de agosto de 2011

Carta a Diogneto, recuperado en: <http://www.mercaba.org/TESORO/427-10.htm>

Congregación para la Doctrina de la fe, Nota sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión, 1992

Consejo Pontificio de la Cultura, *Para una pastoral de la cultura*, 1999

ELZO, J., *Los jóvenes y la felicidad*, Madrid, PPC, 2006

FORTE, B., *Iglesia icono de la Trinidad*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2003

FRANCISCO, Discurso al Episcopado Brasileño, Río de Janeiro, julio 27 de 2013

FRANCISCO, Mensaje al Comité de Coordinación del Celam, Río de Janeiro, Julio 28 de 2013

FRANCISCO, Mensaje para la 48ª. Jornada Mundial de las Comunicaciones, 2014

FRANCISCO, Evangelii Gaudium, 2013

GÓMEZ, C. M., Conferencia “La transformación post-secular de la religión”, marzo 2013

JONNAERT, Compétences et socioconstructivisme: un cadre théorique, Bruxelles, De Boeck, 2002

LEITE, “Consideraciones sobre el término “paradigma””. En M. F. ANJOS, Teología y nuevos paradigmas (págs. 17-36). Bilbao, Mensajero, 1999

LIBANIO, J. “Diferentes paradigmas en la historia de la teología”. En M. F. ANJOS (ed.), Teología y nuevos paradigmas. Bilbao, Mensajero, 1999

LIPOVETSKY, G., La felicidad paradójica, Barcelona, Anagrama, 2010

MANCERA, J. A., “La nueva evangelización y sus implicaciones en la planeación pastoral” en ¿Cómo evangelizar en la era secular? Seminario Conciliar de Bogotá, 2014

ONU Hábitat, Construcción de ciudades más equitativas: Políticas públicas para la inclusión en América Latina, 2014, recuperado en: http://publicaciones.caf.com/media/39869/construccion_de_ciudades_mas_equitativas_webo804.pdf

RINCÓN, A., “La Secularización: una visión diferente” en ¿Cómo evangelizar en la era secular? Seminario Conciliar de Bogotá, 2014

SALAZAR, R., “Carta Pastoral con ocasión de la celebración jubilar de los 450 años de la Arquidiócesis de Bogotá”, Septiembre 1 de 2012

SERRES, M., Petite poucette, Paris, 2012

Sínodo de los Obispos, XIII Asamblea General Ordinaria, La Nueva Evangelización para la Transmisión de la Fe Cristiana, Lineamenta

TOURAINÉ, A, Un nuevo paradigma, Barcelona, Paidós, 2005





«Ustedes son la sal de la tierra.
Ustedes son la luz del mundo»

Mat 5, 13



Arquidiócesis de Bogotá